Ursula K. Le Guin

LOS LIBROS DE TERRAMAR

II

LAS TUMBAS DE ATUAN

MINOTAURO

SHOUT
SHARE
IT

Annotation

En el mundo de Terramar hay dragones y espectros, talismanes y poderes, y las leyes de la magia son tan inevitables y exactas como las leyes naturales. Un principio fundamental rige en ese mundo: el delicado equilibrio entre la muerte y la vida, que muy pocos hombres pueden alterar, o restaurar. Pues la restauración del orden cósmico corresponde naturalmente al individuo que se gobierna a sí mismo, el héroe completo capaz de dar el paso último, enfrentarse a su propia sombra, que es miedo, odio, inhumanidad.

Han pasado más de diez años desde que Ged se enfrentara a su propia sombra en “Un mago de Terramar”. Capaz ahora de actuar en beneficio de otros, decide recobrar la “runa de la unión”, la mitad perdida del anillo de Erreth-Akbé, guardado, se cuenta, en las Tumbas de Atuan. La sacerdotisa de las Tumbas es Arba, que lleva el significativo apodo de la Devorada, y que no tiene identidad, pues la ha perdido para ponerse al servicio de los Sin Nombre, las potestades tenebrosas de Terramar.

- Ursula K. Le Guin
  - Prólogo
  - 1. La Devorada
  - 2. La Muralla alrededor del Lugar
  - 3. Los prisioneros
  - 4. Sueños e historias
  - 5. Una luz bajo la colina
  - 6. La trampa
  - 7. El Gran Tesoro
  - 8. Nombres
  - 9. El Anillo de Erreth-Akbé
  - 10. La cólera de las tinieblas
  - 11. Las montañas de poniente
  - 12. La travesía
  -

Ursula K. Le Guin
Las tumbas de Atuan

Prólogo

—¡Vuelve, Tenar! ¡Vuelve a casa!

En el hondo valle, a la luz del crepúsculo, los manzanos estaban en víspera de florecer; aquí y allá entre las ramas sombrías se había abierto una flor temprana, blanca y rosada, como una estrella débil. Entre los árboles del huerto, sobre la hierba nueva, tupida y húmeda, la niña corría por la alegría de correr; al oír que la llamaban no regresó en seguida, y dio una larga vuelta antes de mirar otra vez hacia la casa. La madre esperaba en la puerta de la cabana, con el hogar encendido detrás de ella, y contemplaba la figura diminuta que corría y saltaba, revoloteando como una pelusa de cardó por encima de la hierba cada vez más oscura bajo los árboles.

En una esquina de la cabana, el padre rascaba el barro seco adherido a la azada y dijo de pronto:

—¿Por qué estás tan pendiente de la niña? El mes que viene se la llevarán. Para siempre. Tanto daría enterrarla y olvidarla. ¿De qué sirve aferrarse a lo que tienes que perder? Ella no nos hace ningún bien aquí. Si pagaran por llevársela, al menos serviría de algo, pero no lo harán. Se la llevarán y eso será el fin de todo. La madre no respondió, observando a la niña, que ahora se había detenido a mirar el cielo a través e los árboles. Sobre las altas colinas, sobre los huertos, brillaba la luz penetrante del lucero vespertino.

—No es nuestra, no ha sido nuestra desde el día en que vinieron y dijeron que sería la Sacerdotisa de las Tumbas. ¿Por qué no quieres entenderlo? —La voz del hombre era áspera, quejosa y amarga.— Tienes otros cuatro. Se quedarán aquí y ésta no. De modo que no vivas pendiente de la niña. ¡Déjala ir!

—Cuando llegue el día —dijo la mujer—, dejaré que se vaya. —Se inclinó para recibir a la pequeña que se acercaba corriendo con los blancos piececitos descalzos por el suelo fangoso, y la levantó en brazos. Al volverse para entrar en la cabana inclinó la cabeza y besó los cabellos de la niña, que eran negros; en cambio los suyos eran rubios a la trémula luz de las llamas.

El hombre siguió fuera, con los pies descalzos y fríos sobre el suelo de tierra y el limpio cielo primaveral que se oscurecía sobre él. La cara en la penumbra tenía una expresión de dolor, un dolor sordo, opresivo y colérico que él nunca podría expresar con palabras. Por último se encogió de hombros y entró detrás de la mujer en la habitación iluminada donde resonaban unas voces de niños.

1. La Devorada

Un corno alto chilló y calló. Luego, en el silencio, se oyó un rumor de pasos acompasados, y un tambor que redoblaba con golpes lentos como un corazón. En las grietas del techo del Palacio del Trono, y en las hendiduras entre las columnas donde se había desplomado toda una porción de manipostería y tejas, brillaban los rayos oblicuos de un sol vacilante. Era una hora después del alba. El aire flotaba tranquilo y frío. Las hojas muertas de los hierbajos que habían crecido entre las losas de mármol, tenían un borde de escarcha, y crepitaban, adhiriéndose a las largas vestiduras negras de las sacerdotisas.

Avanzaban de cuatro en cuatro por el amplio salón, entre las dobles hileras de columnas. El tambor golpeaba monótono. Nadie hablaba, nadie miraba. Las antorchas que llevaban las jóvenes vestidas de negro, ardían bajo los rayos del sol con una luz propia que parecía avivarse en los intervalos de penumbra. Afuera, en las escalinatas del Palacio del Trono estaban los hombres: guardias, trompeteros, tamborileros; sólo las mujeres habían cruzado las grandes puertas, vestidas de oscuro y encapuchadas, caminando lentamente de cuatro en cuatro hacia el trono vacío.

Dos de ellas, altas e imponentes en sus vestiduras negras, una enjunta y rígida, corpulenta la otra, avanzaban balanceándose sobre las plantas de los pies. Entre ambas iba una niña de unos seis años. Vestía una camisa blanca y recta. Tenía la cabeza, los brazos y las piernas desnudos, y estaba descalza. Parecía pequeñísima. Al pie de las gradas que conducían al trono, donde ya aguardaban las otras en filas sombrías, las dos mujeres se detuvieron. Empujaron a la niña para que se adelantara unos pasos.

El trono, en su elevada plataforma, parecía estar guarnecido a uno y otro lado por unas colgaduras negras que bajaban de las tinieblas del techo; no se alcanzaba a ver si eran cortinajes o sólo sombras más oscuras. El enorme trono también era negro, con apagados reflejos de oro o piedras preciosas en los brazos y el respaldar. Sentado allí, un hombre hubiera parecido un enano; no era un trono de dimensiones humanas. Y estaba vacío. Nada se sentaba en él sino las sombras.

Sola, la niña subió cuatro de los siete escalones de mármol veteado de rojo. Eran tan anchos y tan altos que ella tenía que poner los dos pies en cada peldaño antes de pasar al siguiente. En el del medio, frente al trono, había un gran bloque de madera ahuecado en la cara superior. La niña se arrodilló y metió la cabeza en el hueco, doblándola ligeramente a un lado. Y así permaneció, inmóvil. De pronto, de entre las sombras a la diestra del trono salió una figura

ceñida en una túnica blanca, y descendió por los escalones hasta la niña. Llevaba el rostro pintado de blanco; empuñaba una espada larga, de acero bruñido. Sin decir una palabra, sin titubeos, alzó la espada, que sostenía con ambas manos, sobre el cuello de la pequeña. El tambor dejó de redoblar.

Cuando la hoja de la espada se alzó en un arco y se detuvo apuntando el techo, una figura vestida de negro irrumpió por el ala izquierda del trono, bajó de un salto los escalones y detuvo los brazos del ejecutor con unos brazos más delgados. La espada afilada centelleó en el aire. Así permanecieron un instante, como danzarinas en equilibrio, la figura blanca y la negra, ambas sin rostro, sobre la niña inmóvil, que esperaba con los cabellos apartados y la nuca al descubierto.

En silencio, las dos figuras se separaron de un salto y volvieron a subir los escalones, desvaneciéndose en las tinieblas detrás del trono. Una sacerdotisa se adelantó y derramó sobre los peldaños el líquido de un cuenco, junto a la niña arrodillada. En la penumbra de la sala la mancha oscura parecía negra.

La niña se puso de pie y descendió con dificultad los cuatro escalones. Cuando estuvo abajo, las dos sacerdotisas altas la vistieron con una túnica, una capucha y un mantón negros, y la pusieron otra vez de cara a las gradas, la mancha oscura y el trono.

—¡Que los Sin Nombre contemplen a la niña que se les entrega, en verdad la única que haya nacido sin nombre! ¡Que acepten la vida y los años de la vida de esta niña hasta que le llegue la muerte, que también les pertenece! ¡Que acepten esta ofrenda! ¡Que ella sea devorada!

Otras voces respondieron, ásperas y estridentes como trompetas:
—¡Devorada! ¡Devorada!

Bajo el negro capuz, la niña seguía mirando el trono. El polvo empañaba las joyas de los enormes brazos ganchudos y del respaldo tallado, cubierto de telarañas y manchas blancuzcas de excrementos de búho. Ningún mortal había hollado nunca los tres últimos escalones, encima de aquél donde se había arrodillado la niña. Había tanto polvo que los escalones parecían un montículo de tierra, con los mármoles de vetas rojas sepultados bajo las capas grises, inertes e intactas después de tantos años, de tantos siglos.

—¡Devorada! ¡Devorada!

De repente volvió a oírse el tambor, ahora a un ritmo más vivo.

En silencio y arrastrando los pies, la procesión se alejó del trono hacia el este, hacia el lejano y brillante rectángulo del portal. A ambos lados, las macizas columnas dobles, como las pantorrillas de unas enormes piernas pálidas, se elevaban hasta las tinieblas del techo. Entre las sacerdotisas, y toda de negro ahora como ellas, caminaba la

niña, pisando solemnemente con los piececitos descalzos las hierbas escarchadas y las piedras heladas. Cuando la luz oblicua del sol se colaba entre las ruinas del techo y centelleaba delante, ella no alzaba los ojos.

Los guardias abrieron de par en par las puertas y la negra procesión salió a la luz pálida y fría y al viento del amanecer. El sol enceguecedor navegaba sobre la inmensidad del levante. La luz amarilla se reflejaba en las montañas del oeste y en la fachada del Palacio del Trono. Los demás edificios, más abajo en la colina, aún estaban envueltos en sombras purpúreas, excepto el Templo de los Dioses Hermanos, situado al otro lado del camino sobre una loma baja; en el techo recién dorado brillaba todo el esplendor del día. La negra hilera de las sacerdotisas, siempre de cuatro en cuatro, serpenteaba descendiendo la Colina de las Tumbas, y en un cierto momento empezaron a entonar un canto dulce. Era una melodía de sólo tres notas, en la que se repetía una y otra vez una palabra tan antigua que ya no tenía significado, como un mojón todavía en pie junto a una carretera desaparecida. Una y otra vez entonaban aquella palabra hueca. Durante todo aquel día de la Resurrección de la Sacerdotisa se oyó el apagado coro de las voces de las mujeres, una especie de zumbido ronco e inacabable.

La pequeña fue llevada de sito en sitio, de un templo a otro.

En uno le pusieron sal en la lengua; en otro tuvo que arrodillarse de cara al oeste mientras le cortaban el pelo y la untaban con óleos y vinagre aromático; en otro se tendió de bruces sobre la losa de mármol negro que había detrás del altar, mientras unas voces agudas cantaban un lamento por los muertos. Ni ella ni ninguna de las sacerdotisas comió ni bebió durante todo aquel día. Cuando el lucero vespertino se puso, la acostaron desnuda entre unas mantas de piel de cordero, en una alcoba donde nunca había dormido antes. La casa había estado cerrada durante años, hasta ese día. Era un cuarto más alto que largo, sin ventanas, y había en él un olor rancio, estancado y marchito. Las silenciosas mujeres la dejaron allí, en la oscuridad.

La niña quedó tendida e inmóvil, esperando un largo rato en la misma posición, con los ojos muy abiertos.

Vio una luz que temblaba en el muro alto. Alguien se acercaba con pasos sigilosos por el corredor, resguardando con la mano una vela de junco, de modo que no daba más luz que una luciérnaga. Un ronco susurro: —Eh, ¿estás aquí, Tenar?

La niña no respondió.

Una cabeza asomó por el vano, una cabeza extraña, calva como una patata pelada y del mismo color amarillento. Los ojos eran como los ojos de las patatas, pardos y diminutos. La nariz parecía minúscula entre las anchas mejillas achatadas, y la boca era una ranura sin

labios. La niña contempló aquel rostro sin moverse, con ojos oscuros y fijos.

—Eh, Tenar, mi pequeño panal de miel, ¡estabas aquí!

La voz era ronca, aguda como la de una mujer, pero no una voz de mujer.

—Yo no tendría que estar aquí, mi sitio está afuera, en el pórtico, que es adonde voy. Pero necesitaba ver cómo estaba mi pequeña Tenar después de este día tan largo. Eh, ¿cómo está mi pequeño panal de miel?

Silencioso y fornido, el hombre avanzó hacia la niña y extendió la mano como para alisarle los cabellos.

—Yo ya no soy Tenar —le dijo la niña, alzando los ojos.

La mano se detuvo y él no la tocó.

—No —asintió al cabo de un momento, susurrando—. Lo sé, lo sé. Ahora eres la pequeña Devorada. Pero yo…

Ella no dijo nada.

—Ha sido un día pesado para una pequeña como tú —dijo el hombre, arrastrando los pies por el suelo, con la diminuta llama parpadeando en la mano grande y amarilla.

—Tú no deberías estar en esta Casa, Manan.

—No. No. Ya lo sé. Yo no debería estar en esta Casa. En fin, buenas noches, pequeña… Buenas noches.

La niña no dijo nada. Despacio, Manan dio media vuelta y se marchó. El tenue resplandor se extinguió en los altos muros de la celda. La niña, que ya no tenía otro nombre que el de Arha, la Devorada, siguió tendida de espaldas, mirando con fijeza la oscuridad.

2. La Muralla alrededor del Lugar

Pasaron los años y olvidó por completo a la madre, sin saber que la había olvidado. Ella era de aquí, del Lugar de las Tumbas, y siempre lo había sido. Sólo en las largas tardes de julio, contemplando las montañas del oeste, áridas y leonadas por los reflejos postreros del crepúsculo, recordaba a veces un fuego encendido en un hogar, en tiempos lejanos, que ardía con la misma luz clara y amarilla. Y a la vez tenía entonces un vago recuerdo de brazos que la estrechaban, un recuerdo extraño, pues aquí casi nunca la tocaban siquiera; y el recuerdo de un olor agradable, la fragancia de unos cabellos recién lavados y enjuagados con agua de salvia, de unos cabellos largos y rubios, del mismo color que el ocaso y la lumbre del hogar. Eso era cuanto le quedaba.

Ella sabía mucho más, por supuesto, pero sólo porque le habían contado toda la historia. Cuando tenía siete u ocho años y empezó a preguntarse por primera vez quién era en realidad esa persona a quien llamaban «Arha», buscó al guardián, el eunuco Manan, y le dijo: —Cuéntame cómo me eligieron, Manan.

—Tú ya sabes todo eso, pequeña.

Y en verdad lo sabía; Thar, la alta sacerdotisa de voz seca, se lo había contado una y otra vez hasta que la pequeña aprendió las palabras de memoria; y las recitó: —Sí, lo sé. A la muerte de la Sacerdotisa Única de las Tumbas de Atuan, en el curso de un mes, según el calendario de la luna, se celebran las ceremonias funerarias y de purificación. Más tarde, ciertas sacerdotisas y ciertos guardianes del Lugar de las Tumbas se ponen en camino, cruzan el desierto y recorren las ciudades y aldeas de Atuan, buscando e indagando. Buscan una niña que haya nacido la misma noche en que murió la Sacerdotisa. Cuando la encuentran, observan y aguardan. La niña ha de ser sana de cuerpo y de espíritu, y mientras crece no ha de tener raquitismo ni viruela ni ninguna deformidad, ni quedarse ciega. Si llega intacta a la edad de cinco años, se reconoce entonces que el cuerpo de la niña es en verdad el nuevo cuerpo de la Sacerdotisa muerta. Y la niña es presentada al Dios-Rey de Awabath y traída aquí, a este Templo, e instruida durante un año. Y al término de ese año es conducida al Palacio del Trono, y el nombre de la niña es restituido a quienes son sus Amos, los Sin Nombre, porque ella es la sin nombre, la Sacerdotisa Siempre Renacida.

Ésa era, palabra por palabra, la historia que Thar le había contado, sin que ella nunca se atreviera a pedir una palabra más. La enjuta sacerdotisa no era cruel; pero era fría de carácter y vivía bajo una ley de hierro, y Arha la temía y respetaba. A Manan en cambio no

lo temía ni lo respetaba, todo lo contrario, y le ordenaba a menudo: —¡A ver, cuéntame cómo me eligieron! —Y Manan volvía a contárselo.

—Partimos de aquí, hacia el norte y el oeste, el tercer día de luna creciente, porque la que fue Arha había muerto el tercer día de la luna anterior. Y ante todo fuimos a Tenacbah, que es una gran ciudad, aunque quienes han visto las dos dicen que comparada con Awabath parece una pulga al lado de una vaca. Pero para mí es bien grande: ¡más de mil casas ha de haber en Tenacbah! Y luego fuimos a Gar. Pero en esas ciudades no había nacido ninguna niña el tercer día de luna del mes anterior; algunos habían tenido hijos varones, pero los varones no sirven… De modo que entramos en la región montañosa del norte de Gar, y fuimos a las aldeas y ciudades. Ésa es mi tierra. Allí nací yo, en esas montañas, donde corren los ríos y la tierra es verde. No en este desierto. —La voz ronca de Manan tenía un tono extraño cuando lo decía, ocultando los ojos pequeños bajo los párpados; callaba un momento y luego continuaba:— Así que buscamos a todos los padres de criaturas nacidas en los últimos meses, y hablamos con ellos. Y algunos nos mentían. «Oh, sí, seguro que nuestra hija nació el tercer día de la luna.» Porque para la gente pobre, sabes, a veces es una suerte desembarazarse de las niñas recién nacidas. Y había otros que eran tan pobres y que vivían en los valles en chozas tan solitarias que no llevaban cuenta de los días y apenas sabían medir el paso del tiempo, de modo que eran incapaces de decir a ciencia cierta qué edad tenían los niños. Pero nosotros siempre descubríamos la verdad, indagando e indagando. Fue una busca larga y lenta. Por fin encontramos una niña, en una aldea de diez casas, en los valles de huertos que hay al oeste de Entat. Ocho meses tenía la pequeña, tantos como había durado nuestra búsqueda. Pero había nacido la noche en que muriera la Sacerdotisa de las Tumbas y dentro de la misma hora. Y era una hermosa criatura, que se empinaba en el regazo de la madre y con ojos brillantes nos miraba a todos, apiñados en la única habitación de la casa como murciélagos en una cueva. El padre era pobre. Cuidaba los manzanos del huerto del hombre rico y no poseía más fortuna que sus cinco hijos y una cabra. Ni siquiera la casa era suya. Y allí estábamos nosotros, amontonados, y, por la forma que las sacerdotisas miraban a la pequeña y hablaban entre ellas, se adivinaba que creían haber encontrado al fin a la Renacida. Y también la madre lo adivinaba. Sostenía a la niña en el regazo, en silencio. Así que al día siguiente volvimos a la cabaña. ¡Y qué vemos! La criatura de ojos brillantes tendida en una cuna de juncos, llorando y gritando, el cuerpo cubierto de ronchas y pústulas de la fiebre, y la madre gimiendo más alto que la niña: «¡Ay, ay! ¡Mi pequeña tiene los Dedos de la Bruja!». Eso decía, queriendo decir la viruela. Pero Kossil, que es ahora la Suma Sacerdotisa del Dios-Rey, se acercó a la cuna y tomó al

bebé en brazos. Todos los demás habían retrocedido, y yo con ellos. No es que tenga en mucho mi propia vida, mas ¿quién entra en una casa donde hay viruela? Pero ella no estaba asustada, ella no. Alzó a la niña y dijo: «No tiene fiebre». Se mojó los dedos con saliva y frotó las manchas rojas, que desaparecieron. No eran más que zumo de moras. ¡La pobre tonta de la madre había querido engañarnos y quedarse con la niña! —Manan reía a carcajadas mientras recordaba; mantenía casi impasible la cara amarilla, pero le temblaban los flancos.— Entonces el marido la azotó, pues temía la cólera de las sacerdotisas. Y pronto regresamos al desierto; pero cada año alguien de aquí, del Lugar, volvía a la aldea de los pomares, a ver cómo seguía la pequeña. Así pasaron cinco años, y entonces Thar y Kossil emprendieron el viaje, con los guardianes del Templo y los soldados de casco rojo que envió el Dios-Rey para que las escoltaran y protegieran. Y trajeron a la niña, porque era en verdad la Sacerdotisa de las Tumbas reencarnada, y tenía que estar aquí. ¿Y quién era esa niña, eh, pequeña?

—Yo —respondió Arha, mirando a lo lejos, como pendiente de algo que no alcanzaba a ver, algo que había desaparecido.

Una vez preguntó: —¿Qué hizo la… la madre, cuando fueron a llevarse a la niña?

Pero Manan no lo sabía; no había acompañado a las sacerdotisas en aquel último viaje.

Y ella no lo recordaba. ¿Para qué servía recordar? Todo aquello había desaparecido para siempre. Había llegado al lugar indicado. De todo el mundo ella sólo conocía un lugar: el Lugar de las Tumbas de Atuan.

El primer año había dormido en el gran dormitorio, con las otras novicias, niñas de entre cuatro y catorce años. En ese entonces ya había elegido a Manan, entre los Diez Guardianes, para que cuidara de ella, y el camastro estaba instalado en una alcoba, algo separada del gran dormitorio con vigas bajas de la Casa Grande, donde las otras niñas cuchicheaban entre risas ahogadas antes de dormirse y bostezaban mientras se trenzaban unas a otras los cabellos a la luz gris de la mañana. Y desde que le quitaron el nombre y se convirtió en Arha, dormía sola en la Casa Pequeña, en el lecho y en la alcoba que serían su lecho y su alcoba durante el resto de su vida. Esa era su casa, la Casa de la Sacerdotisa Única, donde nadie podía entrar sin su permiso. Cuando todavía era muy pequeña, le gustaba que la gente llamara humildemente a su puerta y responder: —Puedes entrar. —Y la exasperaba que las Sumas Sacerdotisas, Kossil y Thar, se consideraran autorizadas para entrar en la casa sin llamar a la puerta.

Pasaban los días y pasaban los años, siempre iguales. Las niñas del Lugar de las Tumbas ocupaban las horas del día con tareas y

disciplinas. Nunca se entretenían con juegos. No había tiempo para jugar. Aprendían las danzas sagradas y los cantos sagrados, las historias de los Países Kargos y los misterios de los distintos dioses a quienes estaban dedicadas: el Dios-Rey, que reinaba en Awabath, o los Hermanos Gemelos, Atwah y Wu-luah. De todas ellas, sólo Arha aprendía los ritos de los Sin Nombre, que eran enseñados por una sola persona, Thar, la Sacerdotisa Suprema de los Dioses Gemelos. Esta circunstancia la apartaba de las otras niñas durante una hora o más al día, pero al igual que ellas pasaba la mayor parte de la jornada trabajando. Aprendían a hilar y tejer la lana de los rebaños de ovejas, y a cultivar, cosechar y preparar los alimentos cotidianos: lentejas, cereales —machacados para el potaje, molidos para el pan ázimo —.cebollas, coles, queso de cabra, manzanas y miel.

Lo mejor que podía ocurrirles era que les permitiesen ir a pescar en el río de aguas verdes y turbias que corría por el desierto, a un kilómetro al nordeste del Lugar: almorzar una manzana o una tortilla de maíz fría y estarse el día entero a la seca luz del sol, entre los cañaverales, mirando el agua lenta y verdosa y las sombras de las nubes que poco a poco cambiaban de forma sobre las montañas. Pero si alguna de ellas chillaba de entusiasmo cuando el sedal se estiraba y sacaban un pez brillante y plano que saltaba en la orilla, ahogándose en el aire, Mebbeth silbaba como una víbora:

—¡Silencio, loba escandalosa! —Mebbeth, una de las servidoras del Templo del Dios-Rey, era morena y todavía joven, pero dura y cenante como la obsidiana. La pesca era su pasión. Había que llevarse bien con ella, y no hacer el menor ruido, o de lo contrario no las llevaría otra vez de pesca; y en ese caso ya no volvían nunca al río, excepto para buscar agua en el verano cuando se secaban los pozos. Era una faena pesada, recorrer aquel kilómetro hasta el río, bajo un cielo calcinante, llenar los dos cubos colgados de la pértiga y regresar cuesta arriba al Lugar, lo antes posible. Los primeros cien metros eran poca cosa, pero luego los cubos pesaban cada vez más y la pértiga quemaba los hombros como una barra de hierro al rojo, y la luz era enceguecedora en el reseco camino, y cada paso más penoso y más lento. Al fin llegabán a la fresca sombra del patio trasero de la Casa Grande, junto a la huerta, y volcaban estrepitosamente los cubos en la cisterna grande. Luego había que rehacer el camino y repetir la operación, una y otra vez.

Dentro del recinto del Lugar —éste era el único nombre que tenía y necesitaba, porque era el más antiguo y el más sagrado de todos los lugares en los Cuatro Países del Imperio Kargo— habitaban unas doscientas personas y había muchos edificios: tres templos, la Casa Grande y la Casa Pequeña, la vivienda de los guardianes eunucos; y fuera del recinto, muy cerca de las murallas, las barracas de los

guardias y las cabañas de los esclavos, los almacenes de víveres y los corrales de las cabras y las ovejas, además de las construcciones de la granja. De lejos, desde lo alto de las áridas colinas del poniente, cuya única vegetación eran plantas de salvia, matas de hierbajos escuálidos, hierba del desierto y maleza baja, parecía una pequeña ciudad. Y aun desde muy lejos, desde las llanuras orientales, alcanzaba a verse el techo de oro del Templo de los Dioses Gemelos, que centelleaba y refulgía al pie de las montañas, como una hojuela de mica en un saliente rocoso.

El Templo mismo era un cubo de piedra enlucido de blanco, sin ventanas, con un pórtico y una puerta. Más ostentoso, y varios siglos más moderno, era el Templo del Dios-Rey, situado un poco más abajo en la montaña, con un pórtico alto y una hilera de gruesas columnas blancas de capiteles de color; cada una de ellas era un macizo tronco de cedro, transportado en barco desde Hur-at-Hur, la región de los bosques, y arrastrado por las yermas llanuras hasta el Lugar mediante el esfuerzo conjunto de veinte esclavos. Sólo después de haber visto el techo de oro y las luminosas columnas, distinguiría el viajero que se acercara desde el este el más antiguo de aquellos templos, encaramado a mayor altura en la Colina del Lugar, dominando el conjunto, leonado y ruinoso como el desierto mismo: el inmenso y aplastado Palacio del Trono, de muros remendados y una achatada cúpula en ruinas.

Detrás del Palacio y rodeando la cima de la loma, corría un muro de piedra, construido sin argamasa y derruido en parte. Dentro del espacio amurallado, afloraban varias piedras negras de cinco a seis metros de altura, como dedos gigantescos. En cuanto uno las veía era imposible dejar de mirarlas.

Se erguían llenas de significado y sin embargo nadie sabía qué significaban. Eran nueve. Una se mantenía vertical, las otras más o menos inclinadas, y dos se habían caído. Todas estaban cubiertas de un liquen gris y anaranjado, como salpicadas de pintura, menos una desnuda y negra, que brillaba levemente. Ésta era lisa al tacto, pero en las otras, bajo la costra de liquen, se veían, o mejor se palpaban, unos grabados imprecisos, figuras o signos. Aquellas nueve piedras eran las Tumbas de Atuan. Se decía que estaban allí desde los tiempos de los primeros hombres, desde la creación de Terramar. Habían sido colocadas allí en medio de las tinieblas, cuando las tierras se alzaron desde las profundidades del océano. Eran mucho más antiguas que los Dios-Reyes de Kargad, más antiguas que los Dioses Gemelos, más antiguas que la luz. Eran las tumbas de quienes gobernaban antes de que hubiera un mundo humano, las tumbas de quienes no tenían nombre; y aquella que los servía tampoco tenía nombre.

Arha no iba a menudo a visitarlas y ninguna otra criatura ponía

jamás el pie en la cumbre de la colina, dentro de la muralla de piedra que había detrás del Palacio del Trono…Dos veces al año, en el plenilunio más cercano a los equinoccios de otoño y primavera, se hacía un sacrificio delante del Trono; y Arha salía entonces por la baja puerta trasera del Palacio llevando un gran cáliz de cobre lleno de la humeante sangre de un macho cabrío; de esa sangre tenía que verter la mitad al pie de la lápida negra vertical y la otra mitad sobre una de la» lápidas caídas, incrustadas de tierra pedregosa y manchadas por siglos de ofrendas de sangre.

A veces ella se paseaba al amanecer entre las Piedras, tratando de descifrar los borrosos salientes e incisiones de los grabados, que parecían cobrar mayor relieve a la luz rasante; o se sentaba a contemplar las altas montañas del poniente y los techos y muros del Lugar, y observaba los primeros signos de actividad en la Casa Grande y en el cuartel de los guardias, y los rebaños de ovejas y cabras que iban hacia los pastos ralos junto al río. Nunca había nada que hacer entre las Piedras. Si iba, era porque se lo permitían y allí estaba sola. Era un paraje lúgubre y desierto. Aun en el ardor del mediodía estival, soplaba siempre un hálito frío. A veces el viento silbaba entre las dos piedras más próximas, inclinadas la una hacia la otra como si estuviesen contándose secretos. Pero no se contaban ningún secreto.

De la Muralla de las Tumbas partía otro muro de piedra, más bajo, que trazaba una curva irregular alrededor de la Colina e iba a perderse por el norte, en dirección al río. Más que proteger el Lugar, lo dividía en dos mitades: a un lado los templos y las viviendas de las sacerdotisas y los guardianes, a otro los alojamientos de los centinelas y de los esclavos que cultivaban la tierra, cuidaban el ganado y abastecían el Lugar. Ninguno de esos hombres cruzaba jamás la empalizada, salvo los guardias, que en ciertas festividades muy sagradas, acompañados por tamborileros y trompeteros, formaban el séquito de la procesión de las sacerdotisas; pero nunca entraban en los pórticos de los templos. Y ningún otro hombre posaba jamás los pies en el recinto del Lugar. En otras épocas hubo peregrinaciones, reyes y capitanes que llegaban de los Cuatro Países a prosternarse allí; y el primer Dios-Rey, hacía siglo y medio, había venido a encabezar los ritos de su propio templo. Mas ni siquiera él había penetrado en el recinto de las Piedras Sepulcrales, y había tenido que comer y dormir en los extramuros del Lugar.

La muralla era fácil de escalar metiendo los dedos en las hendiduras. La Devorada y una muchachita llamada Penta estaban sentadas en la cresta de la muralla una tarde a finales de la primavera. Las dos tenían doce años. Se suponía que estaban entonces en la tejeduría de la Casa Grande, un enorme desván de piedra; se suponía que estaban trabajando con los grandes telares, doblados siempre bajo

el peso de la deslustrada lana negra, tejiendo la tela negra de las túnicas. Habían escapado a hurtadillas, a Deber en la fuente del patio, y de pronto Arha había dicho: —¡Ven! —y había conducido a la otra niña por la falda de la colina, dando un rodeo para que no las vieran desde la Casa Grande, hasta llegar a la muralla. Ahora estaban sentadas en la cima a tres metros de altura, con las piernas desnudas colgando por fuera, contemplando las monótonas e inacabables llanuras que se prolongaban por el este y el norte.

—Me gustaría ver el mar —dijo Penta.

—¿Para qué? —dijo Arha, mascando el tallo amargo de un hierbajo que había arrancado del muro. En la tierra árida la floración había acabado. Todas las florecillas del desierto, amarillas, rosadas y blancas, y de vida efímera, estaban a punto de dispersar las semillas al viento, en diminutos penachos y parasoles de cenizas blanquecinas, dejando caer las ganchudas, ingeniosas cápsulas. Bajo los manzanos, el suelo del huerto era un movimiento de capullos rotos, blancos y rosados. Las ramas eran verdes, los únicos árboles verdes en muchas millas a la redonda. Todo lo demás, de horizonte a horizonte, tenía el color mortecino y leonado del desierto, excepto las montañas, que las primeras flores de la salvia teñían de azul plateado.

—No sé para qué. Me gustaría ver algo diferente. Aquí todo es siempre igual. Nunca pasa nada.

—Todo cuanto pasa en otras partes comienza aquí —dijo Arha.

—Ya lo sé… ¡Pero me gustaría ver cómo pasa algo de todo eso!

Penta sonrió. Era una niña dulce, de aire sosegado. Se rascó las plantas de los pies desnudos contra las rocas calentadas por el sol, y prosiguió al cabo de un momento: —Yo vivía cerca del mar cuando era pequeña, sabes. Nuestra aldea estaba detrás de las dunas y bajábamos a jugar en la playa. Una vez, recuerdo, vimos pasar una flota de navios, a lo lejos, en alta mar. Corrimos a contarlo en la aldea y todos fueron a ver. Los barcos parecían dragones de alas rojas. Algunos tenían cuellos de verdad, con cabezas de dragón. Navegaban cerca de Aman, pero no eran navios kargos. Venían del oeste, de los Países Interiores, dijo el jefe. Todos bajaron a verlos. Yo creo que tenían miedo de que desembarcaran. Pero pasaron de largo y nadie supo a dónde iban. Tal vez a hacer la guerra en Karego-At. Pero, te das cuenta, venían en realidad de la isla de los hechiceros, donde la gente es del color de la tierra, y cualquiera puede echarte un sortilegio con tanta facilidad como si te guiñaran un ojo.

—A mí no —dijo Arha con desdén—. Yo ni siquiera los miraría. Son hechiceros viles y despreciables. ¿Cómo se atreven a navegar tan cerca de la Tierra Sagrada?

—Bueno, supongo que algún día el Dios-Rey los vencerá y los convertirá a todos en esclavos. Pero ojalá pudiera ver el mar. Había

unos pulpos pequeñitos en los charcos de la marea, y si les gritabas «¡Buu!» se ponían completamente blancos. Ahí viene el viejo Manan, buscándote.

El guardián y sirviente de Arha se acercaba a pasos lentos por el lado interior de la muralla. Se agachó a arrancar una cebolla silvestre, de las que llevaba en la mano toda una ristra, y luego se irguió y miró en torno con sus ojillos pardos y apagados. Había engordado con los años, y la piel amarillenta y lampiña relucía al sol.

—Déjate caer por el lado de los hombres —musitó Arha, y las dos chiquillas, ágiles como lagartijas, se deslizaron por la cara externa del muro hasta quedar colgando por debajo del borde, invisibles desde el interior. Oyeron acercarse las lentas pisadas de Manan.

—¡Uhú! ¡Uhú! ¡Cara de patata! —canturreó Arha en un susurro burlón, tan débil como el silbido del viento sobre las hierbas.

Los pesados pasos se detuvieron. —¡Hola! —dijo la voz ambigua —. ¿Pequeña? ¿Arha?

Silencio.

Manan siguió caminando.

—¡Uu-huu! ¡Cara de patata!

—¡Uhú, panza de patata! —la imitó Penta, y gimió sofocando la risa.

—¿Hay alguien ahí? Silencio.

—Bueno, bueno, bueno —suspiró el eunuco, y los lentos pies siguieron adelante. Cuando hubo desaparecido detrás de la ladera, las niñas volvieron a encaramarse en lo alto del muro. Penta tenía la cara roja de risa y sudor, pero Arha parecía furiosa.

—¡Ese viejo carnero estúpido me persigue por todas partes!

—Tiene que hacerlo —le dijo Penta, conciliadora—. Es su trabajo, velar por ti.

—Aquellos a quienes yo sirvo velan por mí. A ellos tengo que complacer; sólo a ellos y a nadie más. Esas viejas y esos mitad hombres, tendrían todos que dejarme tranquila. ¡Yo soy la Sacerdotisa Única!

Penta se quedó mirándola. —Ya, Arha —dijo con voz débil—, ya sé que lo eres.

—Pues tendrían que dejarme en paz. ¡Y no darme órdenes a todas horas!

Penta no dijo nada durante un rato, pero suspiró y siguió sentada, balanceando las piernas rollizas y contemplando las vastas y descoloridas tierras que subían tan poco a poco hasta el horizonte, alto, borroso e inmenso.

—Bien sabes que muy pronto serás tú quien dé las órdenes —dijo al cabo, en voz baja—. Dentro de dos años ya no seremos niñas. Tendremos catorce años. Yo iré al templo del Dios-Rey y todo seguirá

más o menos igual. Pero entonces tú serás de verdad la Suma Sacerdotisa. Y hasta Kossil y Thar tendrán que obedecerte.

La Devorada no respondió. Tenía la cara tensa, y bajo las cejas oscuras los ojos reflejaban el pálido resplandor de la luz del cielo.

—Tendríamos que volver —dijo Penta.

—No.

—Pero la maestra dé los telares podría decírselo a Thar. Y pronto será la hora de los Nueve Cánticos.

—Yo me quedo aquí. Y tú también te quedas.

—A ti no te castigarán, pero a mí sí —dijo Penta con su dulzura habitual. Arha no respondió. Penta suspiró y no se movió. El sol se iba hundiendo en las altas brumas de la llanura. Muy lejos, en el largo y suave declive de los campos, tintineaban débilmente las esquilas de las ovejas y balaban los corderos. Él viento primaveral soplaba en ráfagas ligeras, secas, aromáticas.

Los Nueve Cánticos ya casi habían terminado cuando las dos niñas regresaron. Mebbeth las había visto sentadas en el «Muro de los Hombres» y había dado cuenta a su superior, Kossil, la Suma Sacerdotisa del Dios-Rey.

Kossil era de pies pesados, de cara grave. Les habló a las dos niñas sin la menor expresión en el rostro ni en la voz, y les ordenó que la siguieran. Las condujo por los corredores de piedra de la Casa Grande, salieron por la puerta principal y subieron la cuesta hasta el Templo de Atwan y Wu-luah. Allí habló con la Suma Sacerdotisa del templo, Thar, alta, seca y enjuta como una pata de gamo.

Kossil dijo a Penta: —Quítate la túnica.

Azotó a la niña con un haz de varas de caña que le lastimaron la piel. Penta soportó el castigo con paciencia y lágrimas silenciosas. La enviaron de vuelta a la tejeduría sin cenar, y el día siguiente también lo pasaría en ayunas. —Si volvemos a encontrarte otra vez encaramada en el Muro de los Hombres —dijo Kossil—, te sucederán cosas mucho peores que ésta. ¿Has entendido, Penta? —La voz de Kossil era suave, pero no bondadosa. Penta dijo: —Sí —y echó a correr, encogiéndose y retorciéndose de dolor cuando la tela áspera de la túnica le rozaba las llagas de la espalda.

Arha había presenciado el castigo de pie junto a Thar. Ahora observaba cómo Kossil limpiaba las cañas del látigo.

Thar le dijo: —No es propio de ti que se te vea trepando y correteando con las otras niñas. Tú eres Arha.

Malhumorada y hosca, Arha no respondió.

—Es mejor que sólo hagas lo que tienes que hacer. Tú eres Arha.

Por un instante, la niña alzó la mirada al rostro de Thar, y luego al de Kossil, y sus ojos eran como abismos pavorosos de rabia y odio.

Pero la enjuta sacerdotisa no se inmutó; insistió por el contrarío

inclinándose hacia adelante y diciendo casi en un susurro: —Tú eres Arha. No queda nada. Todo lo demás ha sido devorado.

—Todo ha sido devorado —repitió entonces la niña, como lo había repetido todos los días, desde que tenía seis años.

Thar inclinó levemente la cabeza, y también Kossil, mientras apartaba el látigo. La niña no la saludó; dio media vuelta y se alejó con aire sumiso.

Después de cenar patatas y cebollas tiernas, consumidas en silencio en el estrecho y sombrío refectorio, después de cantar los himnos vespertinos y de poner sobre las puertas las palabras sagradas, y después del breve Ritual del Inefable, las tareas del día habían concluido. Ahora las niñas podían subir al dormitorio y jugar con varillas y dados mientras durase encendida la única vela de junco, y cuchichear de cama a cama en la oscuridad. Como todas las noches, Arha se encaminó por los patios y rampas del Lugar hacia la Casa Pequeña, donde dormía sola.

La brisa nocturna era apacible. Las estrellas de la primavera brillaban apretadas, como las margaritas en los prados, como el centelleo de la luz sobre el mar en abril. Pero ella no tenía recuerdos de prados ni de mares. No alzó los ojos.

—¡Hola, pequeña!

—Manan —dijo la niña, indiferente. La gran sombra se le acercó arrastrando los pies; la cabezota calva reflejaba la luz de las estrellas.

—¿Te han castigado?

—A mí no pueden castigarme.

—No… claro que no…

—Ellas no pueden castigarme. No se atreven.

Manan continuaba de pie, desdibujado y voluminoso con las grandes manos caídas a los lados. Arha sentía el olor a cebollas silvestres, a sudor y salvia que despedían las ropas del hombre, negras y raídas, desgarradas en los bajos y demasiado cortas para él.

—No pueden tocarme. Yo soy Arha —dijo la niña con una voz estridente y salvaje, y se echó a llorar.

Las manos grandes y expectantes se alzaron y la atrajeron, la estrecharon con ternura, le acariciaron los cabellos trenzados. —Bueno, bueno. Pequeño panal de miel, mi pequeña… —Ella oía un murmullo ronco muy dentro del amplio pecho de Manan, y lo abrazó. Pronto dejó de llorar, pero continuó aferrada a Manan como si no pudiera sostenerse en pie.

—Pobre pequeña —murmuró él, y alzando a la niña la llevó hasta el portal de la casa donde dormía sola y la puso en el suelo.

—¿Te encuentras bien ahora, pequeña? Ella asintió en silencio, se apañó de él, y entró en la casa oscura.

3. Los prisioneros

Los pasos de Kossil resonaban regulares y deliberados en el vestíbulo de la Casa Pequeña. La figura alta y corpulenta llenó el vano de la puerta de la alcoba, pareció que se encogía cuando la sacerdotisa se inclinó y tocó el suelo con una rodilla, y volvió a crecer cuando ella se incorporó erguida y tiesa.

—Señora.

—¿Qué pasa, Kossil?

—Se me ha permitido, hasta ahora, ocuparme de ciertas cosas que pertenecen al dominio de los Sin Nombre. Si le parece, ya es tiempo de que mi señora aprenda, y vea, y se haga cargo de todos esos asuntos que aún no ha recordado en esta vida.

Arha había estado sentada en el cuarto sin ventanas, supuestamente meditando, pero en realidad sin hacer nada y casi sin pensar en nada. La expresión fija, obstinada y altanera tardó un rato en cambiar. Pero cambió, aunque ella quiso disimularlo. Al fin dijo, con cierta socarronería: — ¿El Laberinto?

—No, no entraremos en el Laberinto. Pero habrá que atravesar la Cripta de las Tumbas.

Había un matiz en la voz de Kossil que acaso fuera miedo, o quizá miedo fingido, para atemorizar a Arha. La joven se levantó sin prisa y dijo, indiferente: —Muy bien. —Pero, dentro de ella, mientras seguía a la corpulenta sacerdotisa del Dios-Rey, se sentía alborozada: ¡Por fin! ¡Por fin veré mis propios dominios!

Tenía quince años. Había pasado un año desde que se hiciera mujer y fuera reconocida a la vez como Sacerdotisa Única de las Tumbas de Atuan, la más alta de todas las altas sacerdotisas de las Tierras de Kargad, alguien a quien ni siquiera el Dios-Rey podía dar órdenes. Todas se hincaban ahora ante ella, hasta las severas Thar y Kossil. Todas le hablaban con una esmerada deferencia. Sin embargo, nada había cambiado. Nada había ocurrido. Una vez concluidas las ceremonias de la consagración, los días seguían pasando como siempre habían pasado. Había que hilar la lana, tejer la tela negra, moler el grano y celebrar los ritos; todas las noches se entonaban los Nueve Cánticos y se bendecían los portales, dos veces al año se derramaba sangre de cabra para que las Piedras bebieran y se bailaban las danzas de la oscuridad lunar, ante el Trono Vacío. Y así había pasado el año, igual que todos los años anteriores. Pero ¿pasarían así todos los años de su vida?

A veces el aburrimiento que la dominaba era tan sofocante que se parecía al terror; le cerraba la garganta. No hacía mucho, había sentido la necesidad de contárselo a alguien. O hablaba, pensó, o se

volvería loca. Se lo comentó a Manan. El orgullo le impedía confiarse a las otras jóvenes, y la prudencia, confesarse con las mujeres mayores, pero Manan no era nada, sólo un viejo manso y fiel; dijera lo que dijera, importaba poco. Sorprendida, descubrió que Manan tenía una respuesta.

—Hace mucho tiempo —dijo—, como tú sabes, pequeña, antes de que nuestros Cuatro Países se unieran en un imperio, antes de que hubiera un Dios-Rey que reinara sobre todos nosotros, había un montón de reyezuelos, de príncipes y caciques. Y siempre estaban disputando unos con otros. Y venían aquí a resolver sus disputas. Así que venían de nuestra patria Atuan, y de Karego-At, y de At-nini, y hasta de Hur-at-Hur, todos los caciques y príncipes, con sus servidumbres y sus ejércitos. Y te preguntaban qué tenían que hacer. Y tú te ponías delante del Trono Vacío y les transmitías él consejo de los Sin Nombre. Bueno, eso era hace mucho. Más tarde, los Reyes-Sacerdotes llegaron a gobernar en toda Karego-At, y pronto también en Atuan; y ahora, desde nace cuatro o cinco vidas humanas, los Dioses-Reyes reinan en las cuatro islas, convertidas en un imperio. Y por eso las cosas han cambiado. El Dios-Rey puede deponer a los caciques rebeldes y arbitrar él mismo todas las disputas. Y al ser un dios, no necesita consultar a los Sin Nombre demasiado a menudo.

Arha reflexionó un rato. El tiempo no significaba mucho allí, en el desierto, bajo las piedras inmutables, llevando una vida que había sido siempre igual desde el principio del mundo. No estaba habituada a pensar en las cosas que cambian, en las viejas costumbres que mueren y en las nuevas que las sustituyen. Pero estas consideraciones no la tranquilizaban. —Los poderes del Dios-Rey son muy inferiores a los de Aquellos a quienes yo sirvo —dijo, frunciendo el ceño.

—Sin duda… Sin duda… Pero eso no se le dice a un dios, pequeño panal de miel. Ni a su sacerdotisa.

Mirando los ojos pequeños y parpadeantes de Manan, Arha pensó en Kossil, la Suma Sacerdotisa del Dios-Rey, a quien había temido desde que llegara al Lugar, y comprendió lo que el eunuco quería decirle.

—Pero el Dios-Rey y los suyos descuidan el culto de las Tumbas. Nunca viene nadie.

—Bueno, manda prisioneros para los sacrificios. De eso no se olvida. Ni tampoco de las ofrendas a los Sin Nombre.

—¡Ofrendas! ¡El Templo se vuelve a pintar todos los años, hay un quintal de oro en el altar, en las lámparas arde esencia de rosas! Y mira el Palacio del Trono: agujeros en el techo, la cúpula agrietada, y ratas, lechuzas y murciélagos en todos los muros… Pero de cualquier modo sobrevivirá al Dios-Rey y a todos los otros templos, y a todos los reyes que le sucedan. Estaba ahí antes que ellos y seguirá ahí cuando

todos hayan desaparecido. Es el centro dé las cosas.

—Es el centro de las cosas.

—Hay riquezas allí; Thar me ha hablado de ellas. Tantas como para llenar diez veces el Templo del Dios-Rey. Oro y trofeos ofrendados hace siglos, cien generaciones atrás, quién sabe por cuánto tiempo. Están guardadas bajo tierra, en los fosos y los sótanos. No quieren llevarme allí, y tengo que esperar y esperar. Pero yo sé cómo es. Hay cámaras subterráneas en el Palacio, en todo el Lugar, aun debajo de donde estamos ahora. Hay una inmensa maraña de túneles, un Laberinto. Es como una gran ciudad oscura, debajo de la colina. Llena de oro y de espadas de antiguos héroes, y de viejas coronas, y de osamentas, y de años, y de silencios.

Hablaba como en trance, en éxtasis. Manan la observaba. La cara fofa, que nunca expresaba más que una impenetrable y sufrida tristeza, estaba ahora más triste que de costumbre. —Bueno, y tú eres la dueña y señora de todo eso —dijo—. Del silencio y la oscuridad.

—Sí. Pero ellas no quieren enseñarme nada, sólo las cámaras detrás del Trono. Ni siquiera me han mostrado las entradas de los subterráneos; sólo las mencionan entre dientes y rara vez. ¡Me excluyen de mis propios dominios! ¿Por qué me hacen esperar y esperar?

—Eres joven. Y quizás —respondió Manan con su ronca voz de contralto—, quizás tienen miedo, pequeña. Al fin y al cabo, esos dominios no les pertenecen, son sólo tuyos. Ellas corren peligro cuando entran allí. No hay mortal que no tema a los Sin Nombre.

Arha no dijo nada, pero le brillaban los ojos. Una vez más Manan le había mostrado una nueva forma de ver las cosas. Tan formidables, tan frías y fuertes le habían parecido siempre Thar y Kossil, que jamás hubiera imaginado que pudiesen tener miedo. Y sin embargo Manan no se equivocaba. Ellas temían aquellos lugares, aquellos poderes de los que Arha era parte y a los que pertenecía. Tenían miedo de penetrar en los lugares oscuros, miedo de ser devoradas.

Ahora, mientras descendía con Kossil los peldaños de la Casa Pequeña y subía por el sendero empinado y sinuoso que conducía al Palacio del Trono, recordaba aquella conversación con Manan y se sentía animada otra vez. La llevasen donde la llevasen y le enseñaran lo que le enseñaran, ella no tendría miedo. Reconocería el camino.

Siguiéndola a corta distancia por el sendero, Kossil habló: —Uno de los deberes de mi señora, como ella sabe, es el de oficiar el sacrificio de ciertos prisioneros, criminales de noble cuna, que por sacrilegio o traición han pecado contra nuestro señor el Dios-Rey.

—O contra los Sin Nombre —dijo Arha.

—Cierto. Es impropio, sin embargo, que la Devorada cumpla con este deber mientras todavía es niña. Pero mi señora ya no es una niña.

Hay prisioneros en la Cámara de las Cadenas, enviados hace un mes por la gracia de nuestro señor el Dios-Rey, desde la ciudad de Awabath.

—No sabía que habían llegado prisioneros. ¿Por qué no lo sabía?

—Los prisioneros llegan de noche, y en secreto, siguiendo el camino prescrito desde tiempos remotos en el ritual de las Tumbas. Es el camino secreto que recorrerá mi señora, si toma por la senda que discurre junto al muro.

Arha salió del sendero y echó a andar a lo largo del muro que cercaba las Tumbas, detrás del Palacio abovedado. Las piedras más pequeñas del muro pesaban más que un hombre y las mayores eran tan grandes como carretas. Aunque sin labrar, estaban ensambladas con precisión y esmero. No obstante, algunos remates se habían desmoronado y las rocas yacían al pie del muro en montones informes. Estas ruinas sólo tenían una explicación: una antigüedad inmemorial, cientos de años bajo un clima desértico, con días ardientes y noches glaciales, y los movimientos imperceptibles y milenarios de las montañas.

—Es muy fácil escalar el Muro de las Tumbas —dijo Arha mientras continuaban rodeándolo.

—No tenemos hombres suficientes para reconstruirlo —respondió Kossil.

—Tenemos hombres suficientes para vigilarlo.

—Sólo esclavos. No se puede confiar en ellos.

—Se podría confiar si tuvieran miedo. Si el castigo fuera el mismo para ellos que para el intruso que hollase el suelo sagrado del recinto.

—¿Cuál sería ese castigo? —Kossil no preguntaba para conocer la respuesta. Ella misma se la había enseñado a Arha hacía mucho tiempo.

—Ser decapitados delante del Trono.

—¿Es la voluntad de mi señora que apostemos un guardia sobre el Muro de las Tumbas?

—Lo es —respondió la joven. Dentro de las largas mangas negras, los dedos se le crispaban de entusiasmo. Sabía que Kossil no deseaba malgastar un esclavo en la tarea de vigilar el muro, lo que en realidad era una tarea inútil, pues ¿qué extraños se aventuraban alguna vez a acercarse? Era improbable que ningún hombre, por error o a sabiendas, pudiera merodear sin ser visto a una milla a la redonda del Lugar; desde luego, jamás llegaría a aproximarse a las Tumbas. Pero apostar un guardia era rendir un homenaje a las Tumbas, y Kossil no podía oponerse. Tenía que obedecer a Arha.

—Aquí —anunció con su voz fría.

Arha se detuvo. Había recorrido muchas veces el sendero que bordeaba el Muro de las Tumbas y lo conocía como conocía cada

palmo del Lugar, cada roca, cada matorral y cada cardo. El gran muro de piedra se elevaba a la izquierda, tres veces más alto que ella; a la derecha, la ladera descendía hasta un valle árido y poco profundo, que pronto volvía a alzarse hacia fas estribaciones de la sierra del poniente. Miró los terrenos de las inmediaciones y no vio nada que no hubiera visto antes.

—Bajo las piedras rojas, señora.

Pocos metros más abajo, un afloramiento de lava roja formaba un escalón o un pequeño saliente en la ladera. Cuando bajaron hasta allí, y Arha estuvo de cara a las piedras, vio que eran una puerta tosca, de poco más de un metro de altura.

—¿Qué hay que hacer?

Había aprendido hacía tiempo que en los lugares sagrados es inútil tratar de abrir una puerta sin saber cómo se abre.

—Mi señora tiene todas las llaves de los lugares oscuros.

Desde que se celebraran los ritos de la adolescencia, Arha llevaba en la cintura una argolla de hierro de la que colgaban una daga y trece llaves, unas largas y pesadas, otras pequeñas como anzuelos. Alzó la argolla y desplegó las llaves. —Ésa —dijo Kossil, señalando; luego puso un grueso dedo índice en una grieta entre dos carcomidas piedras rojas.

La llave, una larga varilla de hierro con dos guardas trabajadas, entró en la grieta. Arha la movió hacia la izquierda con las dos manos; pero la llave giró con facilidad.

—¿Y ahora?

—Las dos…

Las dos empujaron la tosca superficie de roca a la izquierda de la cerradura. Lentamente, sin sacudirse y casi sin ruido, una sección irregular de la roca roja retrocedió descubriendo una abertura estrecha y negra.

Arha se agachó y entró.

Kossil, corpulenta y con ropas pesadas, tuvo que encogerse para pasar por la abertura. Tan pronto como estuvo dentro se apoyó de espaldas contra la puerta, empujó y la cerró.

La oscuridad era completa. No había ninguna luz. La tiniebla pesaba como una felpa húmeda en los ojos abiertos.

Estaban agachadas, dobladas casi hasta el suelo, pues el pasadizo tenia escasamente un metro de altura, y era tan angosto que las manos tanteantes de Arha tocaban a la vez la roca húmeda a la derecha y a la izquierda.

—:¿Has traído una luz?

Arha habló en un susurro, como se habla en la oscuridad.

—No he traído ninguna luz —replicó Kossil desde atrás. También ella hablaba ahora más bajo, pero en un tono raro, como si estuviera

sonriendo. Y Kossil no sonreía nunca. Arha sintió que se le aceleraba el corazón y que la sangre le golpeaba la garganta. Se dijo a sí misma, sin arredrarse: ¡Éste es mi lugar, el lugar que me corresponde! ¡Y no tendré miedo!

Pero no habló en voz alta. Empezó a avanzar; y sólo había una dirección posible: hacia dentro de la colina y hacia abajo.

Kossil la seguía, jadeante, arrastrando y frotando las vestiduras contra la roca y la tierra.

De repente el techo se elevó. Arha pudo erguirse y las manos extendidas no alcanzaban a tocar los muros de los lados. El aire, que hasta entonces olía a cerrado y a tierra, le rozó la cara con una humedad más fresca; y había leves corrientes de aire alrededor como si estuvieran en un gran espacio. Arha avanzó unos pasos cautelosos en la negra oscuridad. Un guijarro que ella empujó con la sandalia chocó con otro guijarro, y el minúsculo chasquido despertó una multitud de ecos, sutiles, distantes y otros todavía más distantes. La caverna tenía que ser inmensa, alta y ancha, pero no estaba vacía: algo había en la oscuridad, superficies de objetos o tabiques invisibles, que quebraba el eco en mil fragmentos.

—Ahora estamos sin duda bajo las Piedras —susurró Arha, y el susurro se extendió por la negrura retumbante y hueca y se deshizo en hebras de sonido, tenues como telarañas, que vibraron largo rato.

—Sí. Es la Cripta de las Tumbas, Adelante. Yo no puedo quedarme aquí. Hay que seguir bordeando el muro hacia la izquierda; y dejar atrás tres aberturas.

El susurro de Kossil era un silbido (y tras él silbaban los ecos diminutos). Kossil tenía miedo, era indudable que tenía miedo. No le gustaba estar aquí entre los Sin Nombre, en las tumbas o cuevas de la oscuridad. Ella no pertenecía a este lugar; no era de aquí.

—Volveré con una antorcha —dijo Arha guiándose a tientas por la pared de la caverna y tratando de descifrar las formas extrañas de la roca, con huecos y protuberancias, curvas y bordes delicados, ya áspera como un encaje, ya pulida como el bronce: relieves esculpidos sin duda. ¿Estaría toda la caverna trabajada por escultores de los días antiguos?

—Aquí la luz está prohibida. —El cuchicheo de Kossil fue tajante. Antes que terminara de decirlo, Arha comprendió que así tenía que ser. Aquél era el reino de las tinieblas, el corazón mismo de la noche.

Tres veces pasó los dedos por una brecha en la complicada negrura de la roca. La cuarta vez palpó la altura y el ancho de la abertura y se metió dentro. Kossil la siguió.

En ese túnel, que volvía a ascender en una suave pendiente, pasaron junto a otra abertura a la izquierda, y en una bifurcación tomaron el camino de la derecha: siempre a tientas en la ceguera y el

silencio del mundo subterráneo. En aquel pasadizo había que tocar casi constantemente las dos paredes del túnel, para no dejar de contar o pasar por alto alguna abertura o bifurcación de la galería. Sólo el tacto las guiaba; el camino era invisible, pero lo llevaban en las manos.

—¿Esto es el Laberinto?

—No. Es el más pequeño, que está debajo del Trono.

—¿Dónde está la entrada del Laberinto? Arha disfrutaba con aquel juego a oscuras y ansiaba enfrentarse a un enigma más complicado.

—Era la segunda abertura cuando atravesamos la Cripta. Ahora tenemos que buscar una puerta a la derecha, una puerta de madera; tal vez la hayamos dejado atrás…

Arha oía las manos de Kossil moviéndose nerviosas a lo largo de la pared, arañando la roca viva. Ella tocó la piedra con las yemas de los dedos y al cabo de un rato encontró las vetas suaves de la madera. Empujó y la puerta cedió dócilmente, chirriando. Se quedó un momento inmóvil, deslumbrada por la luz.

Entraron en una cámara grande y de techo bajo, con paredes.de piedra tallada, iluminada por una antorcha humeante que colgaba de una cadena. El aire estaba viciado por el humo de la antorcha, que no tenía salida. A Arha le escocían y le lloraban los ojos.

—¿Dónde están los prisioneros?

—Allí.

Arha comprendió al fin que los tres bultos informes del fondo de la nave eran hombres.

—La puerta no tiene cerrojo. ¿No hay nadie que vigile?

—No es necesario.

Arha se adelantó unos pasos, vacilando, escudriñando la espesa humareda. Los prisioneros estaban encadenados por los tobillos y una muñeca a unas grandes argollas incrustadas en la pared de la roca. Si uno de ellos quería tumbarse, el brazo encadenado seguía en alto, coleado del grillete. Los cabellos y barbas enmarañados, junto con las sombras, les ocultaba el rostro. Uno yacía medio recostado; los otros dos, sentados o en cuclillas. Estaban desnudos. El olor que despedían era aún más fuerte que el tufo del humo.

A Arha le pareció que uno de ellos la miraba y creyó ver unos ojos brillantes, pero no estaba segura. Los otros no se movieron ni levantaron la cabeza.

Arha se volvió, dándoles la espalda. —Ya no son hombres —dijo.

—Jamás lo fueron. ¡Eran demonios, espíritus bestiales que conspiraban contra la sagrada vida del Dios-Rey! —Los ojos de Kossil relampagueaban a la luz rojiza de la antorcha.

Arha miró de nuevo a los prisioneros, aterrorizada y curiosa.

—¿Cómo un hombre pudo atacar a un dios? ¿Como fue? Tú: ¿cómo te atreviste a atacar a un dios viviente?

El hombre se quedó mirándola entre la negra maraña de pelos, pero no dijo nada.

—Les cortaron la lengua antes de traerlos a Awabath —dijo Kossil —. No habléis con ellos, señora. Son gente corrupta. Os pertenecen, pero no para hablarles, ni para mirarlos, ni para pensar en ellos. Son vuestros para que los ofrezcáis a los Sin Nombre.

—¿Cómo hay que sacrificarlos?

Arha ya no miraba a los prisioneros, sino a Kossil, tratando de sacar fuerzas de aquel cuerpo fornido, de la voz fría. Se sentía mareada, y con náuseas a causa del hedor del humo y la mugre, y sin embargo Kossil parecía pensar y hablar con una calma perfecta. ¿Acaso no había hecho esto mismo otras veces, antes?

—La Sacerdotisa de las Tumbas sabe mejor que nadie qué clase de muerte complacerá a los Señores, y ella misma ha de elegirla. Hay muchas maneras.

—Que Gobar, el capitán de los guardias, les corte la cabeza. Y que la sangre sea vertida delante del Trono.

—¿Como si se tratara de un sacrificio de cabras? —Kossil parecía burlarse de la falta de imaginación de Arha. La joven enmudeció. Kossil dijo entonces:— Además, Gobar es un hombre. Ningún hombre puede entrar en los Lugares Oscuros de las Tumbas, como sin duda recuerda mi señora. Si entra, no sale…

—¿Quién los trajo? ¿Quién les da de comer?

—Los guardianes que cuidan el Templo, Duby y Uahto; son eunucos y pueden entrar aquí y atender a los Sin Nombre, lo mismo que yo. Los soldados del Dios-Rey dejaron a los prisioneros bien atados al otro lado del muro, y yo y los guardianes los trajimos por la Puerta de los Prisioneros, la de las piedras rojas. Así se hizo siempre. La comida y el agua se les baja por una puerta-trampa desde una habitación detrás del Trono.

Arha alzó los ojos y vio, junto a la cadena de que pendía la antorcha, un recuadro de madera empotrado en el techo de piedra. Era demasiado pequeño para que cupiera un hombre, pero una cuerda que bajase desde allí tocaría el suelo justo al alcance del prisionero del medio. Una vez más, desvió rápidamente la mirada.

—Entonces, que no les traigan más agua ni comida. Que dejen que la antorcha se apague.

Kossil hizo una reverencia. —¿Y los cuerpos, cuando mueran?

—Que Duby y Uahto los entierren entonces en la gran caverna que hemos atravesado, en la Cripta de las Tumbas —dijo la joven en un tono repentinamente agitado y agudo—. Y tendrán que hacerlo en la oscuridad. Los Señores devorarán los cadáveres.

—Así se hará.

— ¿Está bien así, Kossil?

—Está bien, señora.

—Entonces, vayámonos —dijo Arha con una voz estridente. Dio una media vuelta y volvió de prisa a la puerta de madera y salió de la Cámara de las Cadenas a la negrura del túnel. Le pareció dulce y serena como una noche sin estrellas, callada, impenetrable, sin luz ni vida. Se precipitó a la limpia oscuridad, adelantándose de prisa como un nadador a través del agua. Kossil la seguía, apretando el paso y cada vez más atrás, entre jadeos y trompicones. Sin titubeos, Arha entró en los mismos túneles y dejó atrás las mismas aberturas que en el camino de ida, cruzó la enorme Cripta resonante, y trepó encorvada por el último y largo túnel hasta dar con la puerta de piedra. Entonces se puso en cuclillas y buscó la gran llave en la argolla que llevaba a la cintura. Encontró la llave pero no la cerradura. En aquel muro invisible no había el menor resquicio de luz. Lo tocó con las puntas de los dedos buscando en vano un cerrojo, un pestillo o una palanca. ¿Dónde se metería la llave? ¿Cómo iba a salir?

—¡Señora!

La voz de Kossil magnificada por los ecos, silbó y retumbó muy atrás.

—Señora, la puerta no se abre desde dentro. Por ahí no hay salida. No es el camino de vuelta.

Arha se acurrucó contra la roca. No dijo nada.

—¡Arha!

—Estoy aquí.

—¡Venid!

Arrastrándose por el pasadizo sobre manos y rodillas, como un perro, Arha llegó a las faldas de Kossil.

—A la derecha. ¡De prisa! Yo no puedo demorarme aquí. Éste no es mi lugar. Seguidme.

Arha se puso de pie y se aferró a las vestiduras de Kossil. Echaron a andar hacia la derecha, siguiendo durante largo trecho la pared de los relieves extraños, entrando luego por una brecha negra que se abría en medio de la negrura. Después fueron subiendo, por túneles, por escaleras. La joven seguía aferrada a la túnica de Kossil. Caminaba con los ojos cerrados.

A través de los párpados alcanzó a ver una luz roja. Creyó que habían vuelto a la cámara llena de humo y no abrió los ojos. Pero el aire tenía un olor dulzón, seco y mohoso, un olor familiar; y ahora trepaban por unos peldaños muy empinados. Soltó la túnica de Kossil y miró. Sobre ella había una puerta-trampa abierta. Subió detrás de Kossil y se encontró en un lugar conocido, una pequeña celda de piedra que contenía algunos cofres y cajas de hierro, una de las

muchas que había en el Palacio detrás del gran Salón del Trono. La luz del día tre-mulaba gris y pálida en el corredor, al otro lado de la puerta.

—La Puerta de los Prisioneros sólo sirve para entrar en los túneles. No para salir. La única salida es ésta. Si hay alguna más, yo no la conozco ni tampoco la conoce Thar. Pero no creo que la haya. —Kossil seguía hablando en voz baja y con un cierto despecho. Bajo la capucha negra, el rostro abotagado parecía pálido y sudoroso.

—No recuerdo los recodos de esta salida.

—Os lo diré. Sólo una vez. Tendréis que recordarlo. La próxima vez no iré con vos. Este no es mi lugar. Tendréis que ir sola.

Arha asintió. Miró a Kossil a la cara y pensó que tenía un aspecto muy raro, pálida de miedo, y sin embargo exultante, como si se regodeara viéndola desamparada y débil.

—En adelante iré sola —dijo Arha, y de pronto, al tratar de apartarse de Kossil, sintió que las piernas le flaqueaban y que la habitación daba vueltas.

Se desmayó y cayó como un pequeño bulto a los pies de la sacerdotisa.

—Aprenderás —dijo Kossil, todavía jadeando, inmóvil—. Aprenderás.

4. Sueños e historias

Arha estuvo enferma varios días. La trataron como si tuviese una fiebre. Se quedaba en cama, o se sentaba a la tenue luz otoñal en la galería de la Casa Pequeña, y contemplaba las montañas de poniente. Se sentía débil y estúpida. Se le ocurrían las mismas ideas una y otra vez. Se avergonzaba de haberse desmayado. Ningún guardia Había sido apostado sobre el Muro de las Tumbas, pero ya nunca se atrevería a hablar del asunto con Kossil. No quería ver a Kossil: nunca. Estaba avergonzada de haberse desmayado.

A menudo, a la luz del sol, se imaginaba cómo se comportaría la próxima vez que descendiera a los lugares oscuros bajo la colina. Pensaba muchas veces en la muerte que impondría al próximo grupo de prisioneros, más refinada, más en consonancia con los ritos del Trono Vacío.

Noche tras noche, se despertaba en la oscuridad gritando: —¡Todavía no han muerto! ¡Todavía agonizan!

Soñaba mucho. Soñaba que tenía que hacer la comida, grandes calderos rebosantes de sabrosos potajes, y echarla por un agujero en la tierra. Soñaba que tenía que llevar entre tinieblas un cuenco de agua, un cuenco grande de cobre, a alguien que tenía sed. Y nunca conseguía llegar. Se despertaba y ella misma tenía sed, pero no se levantaba a beber. Permanecía despierta, con los ojos abiertos, en la alcoba sin ventanas.

Una mañana Penta vino a verla. Desde la galería, Arha vio que se acercaba a la Casa Pequeña con aire despreocupado e indeciso, como si sólo estuviera paseando por allí. Si Arha no le hubiese hablado, ella no habría subido los escalones. Pero Arha se sentía sola y la llamó.

Penta la saludó con una profunda reverencia, como hacían todos los que se acercaban a la Sacerdotisa de las Tumbas, y luego se desplomó en los escalones, a los pies de Arha, con un ruido que sonó así como ¡Uff! Era ahora alta y rolliza; al menor movimiento se ponía como una cereza, y en este momento tenía la cara roja a causa del paseo.

—He sabido que estabas enferma. Te he guardado unas manzanas. —De repente, de algún recoveco de la voluminosa túnica negra, sacó una red de juncos con seis u ocho manzanas perfectamente amarillas. Ahora estaba consagrada al Dios-Rey y servía en el templo a las órdenes de Kossil; pero no era aún una sacerdotisa, y todavía estudiaba y trabajaba con las novicias,— Poppe y yo hemos seleccionado las manzanas este año, y yo he apartado las mejores. Siempre dejan secar las buenas. Es cierto que se conservan mejor, pero me parece un desperdicio. ¿No son bonitas?

Arha tocó la satinada piel oro pálido de las manzanas y observó los pedúnculos, que aún retenían, débilmente, algunas hojas castañas. —Son bonitas.

—Come una —dijo Penta.

—Ahora no. Come tú.

Penta escogió por cortesía la más pequeña, y se la comió en unos diez mordiscos jugosos, hábiles, reconcentrados.

—Me pasaría el día comiendo —dijo—. Nunca tengo bastante. Ojalá fuera cocinera en vez de sacerdotisa. Guisaría mejor que esa vieja tacaña de Nathabba, y además podría rebañar las marmitas… Ah, ¿te has enterado de lo que le pasó a Munith? Tenia que pulir esas vasijas de cobre donde se guarda el aceite de rosas, ya sabes, esos jarros largos y finos, con tapón. Pensó que tenía que limpiarlos también por dentro, así que metió la mano, envuelta en un trapo, sabes, y después no la podía sacar. Tanto se esforzó que se le hinchó e inflamó toda la muñeca, y se quedó realmente atascada. Y echó a correr por los dormitorios chillando: «¡No la puedo sacar! ¡No la puedo sacar!». Y Punti está tan sordo que creyó que había un incendio y se puso a dar voces llamando a los otros guardianes para que vinieran a salvar a las novicias. Y Uahto, que estaba ordeñando, salió corriendo del establo a ver qué pasaba, y dejó el portón abierto, y todas las cabras lecheras escaparon, y se desbandaron por el patio y atropellaron a Punti, a los celadores y a las niñas pequeñas; y Munith seguía blandiendo el jarro de cobre, en el extremo del brazo, en plena histeria, y todo el mundo corría de un lado a otro cuando Kossil bajó del templo y dijo: «¿Qué es esto? ¿Qué es esto?».

La hermosa cara redonda de Penta se torció en una mueca de repugnancia, muy distinta de la fría expresión de Kossil, y que sin embargo recordaba tanto a Kossil que Arha soltó una risa nerviosa, casi de miedo.

—«¿Qué es esto? ¿Qué es esto?», decía Kossil. Y entonces…, de pronto, la cabra parda se lanzó de cabeza contra Kossil… —Penta lloraba de risa.

—Y Mu-Munith golpeó, golpeó a la cabra con el ja-ja-jarro…

Las dos muchachas se retorcían entre espasmos de risa, abrazándose las rodillas y sofocándose.

—Y Kossil se dio vuelta y dijo: «¿Qué es esto? ¿Qué es esto?». Se lo dijo a la…, a la…, a la cabra.

—El final de la historia se perdió en carcajadas. Por último, Penta se secó los ojos, se sonó la nariz, y empezó a comer otra manzana, con aire ausente.

Arha se había reído demasiado y tardó en serenarse. Al cabo de un rato preguntó: —¿Cómo viniste aquí, Penta?

—Yo era la última de seis hermanas, y mis padres no podían criar

tantas mujeres y casarlas a todas. Así que cuando cumplí los siete años me llevaron al templo del Dios-Rey y me dedicaron a él. Eso fue en Ossawa. Allí tenían demasiadas novicias, supongo, porque al poco tiempo me mandaron aquí. O, tal vez pensaron que llegaría a ser una sacerdotisa notable o algo por el estilo. ¡Pero en eso sí que se equivocaron! —Penta mordisqueó la manzana con una expresión a la vez alegre y melancólica.

—¿Hubieras preferido no ser sacerdotisa?

—¡Que si lo hubiera preferido! ¡Pues claro! Hubiera preferido casarme con un porquerizo y vivir en un foso. ¡Hubiera preferido cualquier cosa antes que enterrarme aquí por el resto de mis días con una caterva de mujeres, en este condenado desierto adonde nunca viene nadie! Pero de nada sirve lamentarse, porque ahora he sido consagrada y estoy clavada aquí, para siempre. ¡Pero en mi próxima vida espero ser bailarina en Awabath! Bien me lo habré ganado.

Arha la miró fijamente con ojos sombríos. No comprendía. Tenía la impresión de no conocer a Penta, de haberla mirado y no haber visto nunca a esta muchacha redonda y llena de vida y jugos, como una de aquellas hermosas manzanas doradas.

—¿Y el Templo no significa nada para ti? —preguntó con cierta aspereza.

Penta, siempre sumisa y fácil de intimidar, no se alarmó esta vez. —Yo sé que tus Señores son muy importantes para ti —dijo con una indiferencia que chocó a Arha—. De todos modos, eso tiene algún sentido, ya que eres su única y privilegiada servidora. Y no sólo has sido consagrada, sino que naciste para serlo. Pero piensa en mí, ¿tengo que sentir el mismo respeto y todo lo demás por el Dios-Rey? Al fin y al cabo no es más que un hombre, aunque viva en Awabath en un palacio de diez millas de largo con techos de oro. Anda por los cincuenta años, y es calvo. Puedes verlo en todas las estatuas. Y te apuesto que tiene que cortarse las uñas de los dedos de los pies como cualquier otro hombre. Sé perfectamente bien que también es un dios. Pero yo digo que será mucho más divino cuando haya muerto.

Arha estaba de acuerdo con Penta, porque en secreto había llegado a la conclusión de que los supuestos Emperadores Divinos de Kargad eran advenedizos, falsos dioses que pretendían reemplazar a las auténticas y eternas Potestades. Pero había algo detrás de las palabras de Penta con lo que no estaba de acuerdo, algo enteramente nuevo para ella, y que la asustaba. Por primera vez comprendía qué distintas eran las gentes, y de qué modo distinto veían la vida. Era como si hubiese levantado los ojos y visto de pronto un planeta enteramente nuevo que flotaba enorme y populoso al otro lado de la ventana, un mundo absolutamente desconocido, donde no importaban los dioses. La asustaba la firmeza del descreimiento de Penta.

Asustada, atacó.

—Es verdad. Mis Señores han muerto hace mucho, mucho tiempo; y nunca fueron hombres… ¿Sabes, Penta, que yo podría ponerte al servicio de las Tumbas? —La voz de Arha era amable, como si estuviese ofreciendo a Penta una buena oportunidad.

El color desapareció de golpe de las mejillas de Penta.

—Sí —dijo—, tú podrías. Pero yo no soy… Yo no serviría para eso.

—¿Por qué?

—Me da miedo la oscuridad —dijo Penta en voz baja.

Arha murmuró entre dientes, como protestando, pero estaba satisfecha. Había oído lo que quería oír. Penta no creería en los dioses, pero temía a los poderes innombrables de las tinieblas como toda alma mortal.

—Sólo lo haría si tú quisieras, ya lo sabes —dijo Arha. Hubo un largo silencio entre las dos.

—Cada día te pareces más a Thar —dijo Penta con una voz dulce y soñadora—. ¡Por fortuna, no te pareces a Kossil! ¡Aunque eres tan fuerte! Yo también quisiera ser fuerte. Pero lo único que me gusta es comer.

—Pues come —dijo Arha, condescendiente y divertida, y Penta se comió poco a poco una tercera manzana.

Un par de días después, las exigencias del interminable ritual del Lugar obligaron á Arha a dejar su retiro. Una cabra había parido a destiempo un par de cabritos, y de acuerdo con la costumbre había que sacrificarlos a los Dioses Gemelos: una ceremonia importante, a la que debía asistir la Primera Sacerdotisa. Y siendo el período oscuro de la luna, había que celebrar las ceremonias de la oscuridad delante del Trono Vacío. Arha aspiró los vapores narcóticos de las hierbas que ardían delante del trono en grandes bandejas de bronce, y bailó sola y vestida de negro. Bailó para los espíritus invisibles de los muertos y los no nacidos, y mientras bailaba, los espíritus se congregaban en el aire de alrededor, siguiendo los giros y vueltas de los pies de Arha, y los movimientos lentos y seguros de sus brazos. Entonó los cánticos cuyas palabras ningún hombre entendía, y que ella había aprendido de Thar, sílaba por sílaba, hacía mucho tiempo. Un coro de sacerdotisas ocultas en la oscuridad, detrás de la doble hilera de columnas, repetía las misteriosas palabras de Arha, y el aire de la vasta sala en ruinas retumbaba de voces, como si una multitud de espíritus coreara los cánticos una y otra vez.

El Dios-Rey de Awabath no envió nuevos prisioneros y poco a poco Arha dejó de soñar con los tres que desde hacía mucho tiempo estaban muertos y enterrados en fosas poco profundas, dentro de la gran caverna bajo las Piedras Sepulcrales.

Tenía que animarse y volver a la caverna. Era menester que volviese: la Sacerdotisa de las Tumbas tenía que ser capaz de entrar sin miedo en sus propios dominios, y conocer sus meandros.

La primera vez que entró por la puerta-trampa tuvo que esforzarse de veras, aunque no tanto como ella había temido. Se había preparado con tanto cuidado, estaba tan decidida a ir sola y a no perder la sangre fría, que se sintió casi decepcionada al descubrir que no había nada que temer. Si había tumbas, no alcanzaba a verlas; no veía nada. Estaba oscuro, en silencio. Y eso era todo.

Día tras día bajaba allí, entrando siempre por la trampa de detrás del salón del Trono, hasta que conoció bien todo el recinto de la caverna de extrañas paredes talladas, tan bien como es posible conocer lo que no se ve. Pero nunca se apartaba de las paredes, pues si atravesaba el gran espacio vacío, corría el riesgo de desorientarse en la oscuridad, y aun cuando, tanteando a ciegas, volviera a encontrar el muro, no sabría dónde estaba. Había comprendido, desde la primera vez, que en los lugares oscuros lo importante era saber qué recodos y vanos habían quedado atrás y cuáles vendrían luego. Y para eso había que contarlos, ya que al tacto todos eran iguales. Aquel juego insólito de guiarse por el tacto y el número, en vez de la vista y el sentido común, no era difícil para la bien ejercitada memoria de Arha. Pronto llegó a reconocer todos los corredores que desembocaban en la Cripta, la red que se extendía bajo el Palacio del Trono y la cumbre de la Colina. Sin embargo había un corredor en el que nunca entraba —el segundo a la izquierda, desde la puerta de la piedra roja—, porque sabía que si alguna vez entraba en él por error, confundiéndolo con algún otro, podía ocurrir que nunca volviera a encontrar la salida. Y aunque el deseo de entrar allí, de conocer al fin el Laberinto, la acuciaba cada vez más, se contenía tratando de aprender antes todo lo posible, estudiándolo desde fuera.

La misma Thar sabía bien poco, aparte de los nombres de algunas cámaras, y la lista de direcciones, de recodos que había que tomar o pasar de largo, para ir a esas cámaras. Se los enumeraba a Arha, y se los describía, pero nunca quiso dibujarlos en el polvo, ni siquiera en el aire con un movimiento de la mano; y ella misma nunca había recorrido esos recodos, nunca había entrado en el Laberinto. No obstante, cuando Arha le preguntaba: «¿Cómo se llega desde la puerta de hierro que siempre está abierta hasta la Cámara Pintada?», o: «¿Cuál es el camino que conduce desde la Cámara de las Osamentas al túnel junto al río?», Thar se quedaba un momento en silencio y luego recitaba las instrucciones aprendidas de la Arha anterior: se pasan de largo tantas intersecciones, se gira tantas veces a la izquierda, y así sucesivamente. Y Arha lo aprendía todo de memoria, como lo aprendiera Thar, y a menudo le bastaba escucharlo una vez. De noche,

en cama, lo repetía para sus adentros, tratando de imaginar los lugares, las cámaras, las vueltas y revueltas.

Thar le enseñó las numerosas mirillas que se abrían sobre el Laberinto en cada edificio y templo del Lugar, y aun al aire libre, bajo las rocas. La telaraña de túneles de piedra se extendía por debajo de todo el Lugar hasta más allá de las murallas: millas y millas de túneles en tinieblas. Ningún ser humano del Lugar, salvo ella, las dos sacerdotisas y los sirvientes, los eunucos Manan, Uahto y Duby, conocían la existencia de aquel laberinto. Los demás habían oído vagos rumores: sabían que había cavernas o cámaras bajo las Piedras Sepulcrales. Pero nadie sentía mucha curiosidad por las cosas de los Sin Nombre ni por los lugares que les habían sido consagrados. Quizá pensaban que cuanto menos supieran, mejor. La curiosidad de Arha, claro está, era muy fuerte, y enterada de que había mirillas para espiar el interior del Laberinto, las había buscado; pero estaban tan bien escondidas en las losas de los suelos y la tierra del desierto que nunca había descubierto ninguna, ni siquiera la de su propia Casa Pequeña, hasta que Thar se la señaló.

Una noche, al comienzo de la primavera, tomó una linterna, y sin encenderla descendió a la Cripta y caminó hasta el segundo pasadizo a la izquierda de la puerta roja.

En la oscuridad, penetró unos treinta pasos y cruzó luego el vano de la puerta, palpando el marco de hierro incrustado en la roca: el límite, hasta entonces, de sus exploraciones. Una vez pasada la Puerta de Hierro, siguió andando durante un largo rato, y cuando por fin el túnel empezó a curvarse hacia la derecha, encendió la bujía y miró alrededor. Pues aquí se permitía la luz. Ahora no estaba en la Cripta. Era un lugar menos sagrado, aunque quizá más temible. Estaba en el Laberinto.

Las paredes, la bóveda y el suelo de roca viva la rodeaban dentro de la pequeña esfera de la vela. El aire no se movía. Delante y detrás de ella el túnel se perdía en la oscuridad.

Los túneles, todos iguales, se entrecruzaban una y otra vez. Arha llevaba cuenta minuciosa de los cruces y pasadizos, y recitaba para sus adentros las instrucciones de Thar, aunque las recordaba muy bien. Pues no era cosa de perderse en el Laberinto. En la Cripta, y en los cortos pasadizos que la rodeaban, Kossil o Thar podrían dar con ella, o Matan venir a buscarla, puesto que la había acompañado varias veces. Pero aquí, en el Laberinto, ninguno de ellos había puesto los pies; sólo ella, Arha. Si se extraviaba en las espirales de los túneles, de poco le serviría que bajaran a la Cripta y la llamaran a media milla de distancia. Se imaginaba cómo oiría los ecos de las voces, repetidos en todos los túneles, mientras ella trataba de acercarse, pero sólo consiguiendo 'estar cada vez más lejos. Tan vivida era esta escena

imaginaria que de pronto se detuvo, creyendo oír a lo lejos la llamada de una voz. Pero no había nada. Y ella no se perdería. Iba muy atenta; y éste era su lugar, su dominio. Los poderes de la oscuridad, los Sin Nombre, guiarían sus pasos, así como extraviarían los de cualquier otro mortal que osara penetrar en el Laberinto de las Tumbas.

No fue muy lejos aquella primera vez, aunque sí lo bastante como para que la certeza, extraña y amarga, pero también embriagadora, de que en aquel sitio estaba completamente sola y no dependía de nadie, se fortaleciera en ella y la hiciera volver, uno y otro día, e internarse cada vez más lejos. Llegó hasta la Cámara Pintada y las Seis Travesías, recorrió el largo Túnel Extremo y penetró en la rara maraña que conducía a la Cámara de las Osamentas.

—¿Cuándo fue construido el Laberinto? —le preguntó a Thar; y la austera y enjuta sacerdotisa le respondió: —Señora, no lo sé. Nadie lo sabe.

—¿Por qué lo construyeron?

—Para ocultar los tesoros de las Tumbas y para castigar a quienes intentaron robar esos tesoros.

—Todos los tesoros que he visto están en las recámaras y los sótanos del Trono. ¿Qué hay en el Laberinto?

—Un tesoro mucho mayor y mucho más antiguo. ¿Querríais verlo?

—Sí.

—Sólo vos podéis entrar en el Tesoro de las Tumbas. Podéis llevar a vuestros sirvientes al Laberinto, pero no al Tesoro. Bastaría que Manan entrase para despertar la cólera de las tinieblas; no saldría con vida del Laberinto. Al Tesoro tendréis que ir sola, siempre sola. Yo sé dónde está el Gran Tesoro. Vos me dijisteis cuál era el camino, hace quince años, antes de morir, para que yo lo recordase y os lo contara cuando volvierais. Puedo indicaros el camino a seguir por el Laberinto, más allá de la Cámara Pintada; y la llave de la Cámara del Tesoro es la de plata que lleváis en vuestra argolla, la que tiene un dragón en la guarda. Pero tenéis que ir sola.

—Indícame el camino.

Thar se lo dijo, y ella recordó, como recordaba todo lo que le decían. Pero no fue a ver el Gran Tesoro de las Tumbas. La retuvo la impresión de que aún le faltaba voluntad, o convencimiento. O quizá quería guardar algo en reserva, algo que la incitara a mirar adelante y encontrar de algún modo aquellos túneles interminables que concluían siempre en muros desnudos o en vacías celdas polvorientas. Esperaría un poco antes de ir a ver sus tesoros. Al fin y al cabo, ¿no los había visto antes? Todavía se sentía rara cuando Thar o Kossil le hablaban de las cosas que ella había dicho o visto antes de morir. Sabía, sí, que había muerto y que había renacido en un cuerpo nuevo; y no sólo una

vez, hacía quince años, sino también hacía cincuenta años, y antes, y antes aún, retrocediendo a lo largo de los años y los siglos, de generación en generación, hasta el comienzo mismo de los tiempos, cuando se excavó el Laberinto y se erigieron Piedras, cuando la Primera Sacerdotisa de los Sin Nombre vivía en el Lugar y danzaba ante el Trono Vacío. Todas aquellas vidas y la suya eran todas la misma vida. Ella era la Primera Sacerdotisa. Todas las criaturas humanas renacían una y otra vez, pero sólo ella, Arha renacía eternamente, siempre la misma. Había aprendido cien veces los caminos y recodos del Laberinto, y al fin había llegado a la cámara secreta.

A veces tenía la impresión de acordarse. Los lugares oscuros bajo la colina le eran tan familiares como si fuesen no sólo sus dominios sino también su hogar natal. Cuando aspiraba los humos narcóticos para las danzas de la oscuridad de la luna, la cabeza le daba vueltas y el cuerpo dejaba de pertenecerle; en esos momentos, vestida de negro y descalza, bailaba a través de los siglos, y sabía que aquella danza no se había interrumpido nunca.

Sin embargo, era siempre raro cuando Thar le decía: —Antes de morir me dijisteis…

Una vez preguntó: —¿Quiénes eran esos hombres que venían a saquear las Tumbas? ¿Lo hizo alguien alguna vez? —La idea de que hubiera saqueadores le parecía emocionante, pero improbable. ¿Cómo habían podido llegar en secreto hasta el Lugar? Los peregrinos eran escasos, más escasos aún que los prisioneros. De cuando en cuando llegaban nuevos esclavos y novicias, de los templos menos importantes de los Cuatro Países, o algún pequeño grupo con ofrendas de oro o inciensos raros. Y eso era todo. Nadie venía por azar, ni a comprar ni a vender, ni a ver, ni tampoco a robar; sólo venían los que habían sido enviados. Arha no sabía siquiera a qué distancia quedaba la población más cercana, si a veinte millas o más; y la población más cercana era una pequeña aldea. El Lugar estaba custodiado y defendido por el vacío, por la soledad. Quienquiera que penetrase en el desierto circundante, pensaba Arha, tenía tantas posibilidades de pasar inadvertido como una oveja negra en un campo nevado.

Estaba con Thar y Kossil, con quienes pasaba ahora gran parte del tiempo, cuando no se quedaba en la Casa Pequeña o sola bajo la colina. Era una noche de abril fría y borrascosa. Estaban sentadas frente al pequeño fuego de salvia que ardía en el hogar, en una habitación trasera del Templo del Dios-Rey, el cuarto de Kossil. Al otro lado de la puerta, en el corredor, Manan y Duby jugaban con varillas y abalorios, lanzando al aire un puñado de varillas y tratando de pescar al vuelo el mayor número posible en el dorso de la mano. Manan y Arha también jugaban a veces a ese juego, a escondidas, en

el patio interior de la Casa Pequeña. Cuando las tres sacerdotisas callaban sólo se oía el crujido de las varillas contra el suelo, los roncos murmullos de triunfo o derrota, y el ligero crepitar de las llamas. Todo alrededor, más allá de las murallas, pesaba el profundo silencio nocturno del desierto. De vez en cuando repiqueteaba un aguacero, violento y breve.

—Muchos venían, en tiempos lejanos, a saquear las Tumbas; pero ninguno lo logró jamás —dijo Thar. A pesar de su humor taciturno, de vez en cuando le gustaba contar historias, y lo hacía como parte de la instrucción de Arha. Aquella noche parecía dispuesta a que le sacasen una historia.

—¿Qué hombre se atrevería?

—*Ellos* —dijo Kossil—. Ellos, los hechiceros, ese pueblo de magos de los Países del Interior. Eso acontecía antes de que los Dioses-Reyes reinaran en las tierras de Kargad; en aquellos tiempos no éramos tan fuertes. Los hechiceros venían del oeste, en navios, a Karego-At y Atuan, y saqueaban los pueblos de la costa y las granjas, y llegaron hasta la Ciudad Sagrada de Awabath. Venían a matar dragones, decían, pero se quedaban a robar las ciudades y los templos.

—Y sus grandes héroes venían aquí a probar sus espadas —dijo Thar— y a obrar sus maleficios sacrílegos. Uno de ellos, un hechicero poderoso y señor de dragones, el más grande de todos, conoció aquí una gran derrota. De esto hace mucho, muchísimo tiempo, pero la historia todavía se recuerda, y no sólo en este lugar. Aquel hechicero se llamaba Erreth-Akbé, y era a la vez rey y mago en el Oeste. Vino a nuestras tierras y en Awabath se unió a ciertos señores kargos rebeldes, y luchó por el dominio de la ciudad con el Sumo Sacerdote del Templo Interior, de los Dioses Gemelos. Fue una lucha larga, la hechicería del hombre contra el rayo de los dioses, y el templo quedó hecho escombros alrededor de los combatientes. Por último, el Sumo Sacerdote rompió la vara mágica del hechicero y partió en dos el amuleto de poder, y lo venció. El hechicero escapó de la ciudad y de las tierras kargas, y atravesando Terramar huyó hacia los confines de occidente; y allí lo mató un dragón, porque había perdido todo poder. Y desde ese día la fortaleza y la grandeza de los Países del Interior no han dejado de disminuir. En cuanto al Sumo Sacerdote, se llamaba Intathin, y fue el primero de la casa de Tarb, de cuya estirpe, una vez cumplidas las profecías y transcurridos los siglos, nacieron los Sacerdotes-Reyes de Karego-At, antepasados de los Dioses-Reyes de todo Kargad. Y así, desde los días de Intathin, el poder y la grandeza de los países kargos no ha dejado de crecer. Los que venían a saquear las Tumbas eran los hechiceros, que intentaban una y otra vez recuperar el amuleto roto de Erreth-Akbé. Pero todavía está aquí, donde el Sumo Sacerdote lo puso a buen recaudo. Y ahí están también

los huesos de todos ellos… —Thar señaló el suelo bajo sus pies.

—Y la otra mitad se ha perdido para siempre.

—¿Cómo se perdió? —preguntó Arha.

—Una mitad, la que quedó en la mano de Intathin, fue donada por él al Tesoro de las Tumbas, donde ha de permanecer a salvo por toda la eternidad. La otra quedó en la mano del mago, pero antes de huir se la regaló a un reyezuelo, uno de los rebeldes, llamado Thoreg de Hupun. No sé por qué lo hizo.

—Para provocar discordias, para ensoberbecer a Thoreg —dijo Kossil—. Y así fue. Los descendientes de Thoreg volvieron a sublevarse durante el reinado de la casa de Tarb; y de nuevo se alzaron en armas contra el primer Dios-Rey, negándose a reconocerlo como rey o como dios. Eran una casta maldita, embrujada. Hoy todos han muerto.

Thar asintió. —El padre de nuestro actual Dios-Rey, el Señor que se Alzó, derrotó a esa familia de Hupun y destruyó sus palacios. Cuando acabó todo, la mitad del amuleto que ellos conservaban desde los tiempos de Erreth-Akbé e Intathin se había perdido. Nadie sabe dónde fue a parar. Y esto ocurrió hace una generación.

—Lo tirarían, sin duda, como un trasto viejo —dijo Kossil—. Dicen que no parecía tener ningún valor, ese Anillo de Erreth-Akbé. ¡Maldito sea el anillo y malditas todas las cosas de ese pueblo de hechiceros! —Kossil escupió a las llamas.

—¿Has visto tú la mitad que hay aquí? —preguntó Arha a Thar.

La mujer enjuta meneó la cabeza. —Está en la Cámara del Tesoro, adonde nadie tiene acceso excepto la Sacerdotisa Única. Puede que sea el mayor de todos los tesoros entre los que hay allí; no lo sé. Quizás. Durante centenares de años los Países del Interior han enviado ladrones y hechiceros a tratar de rescatarlo, hombres que pasaban de largo frente a cofres de oro buscando esa sola cosa. Mucho tiempo ha transcurrido desde que vivieron Erreth-Akbé e Intathin, y si embargo la historia aún se recuerda y se cuenta, tanto aquí como en el Oeste. La mayor parte de las cosas envejecen y mueren con el paso de los siglos. Son muy pocas las cosas preciosas que siguen siendo preciosas, o las historias que se siguen contando.

Arha reflexionó un momento y dijo: —Han de ser muy valientes esos hombres, o muy estúpidos, para penetrar en las Tumbas. ¿Es que no conocen los poderes de los Sin Nombre?

—No —dijo Kossil con su voz fría—. Ellos no tienen dioses. Practican la magia y ellos mismos se creen dioses. Pero no lo son, y cuando mueren, no renacen. Se convierten en huesos y polvo y durante un tiempo sus fantasmas gimen en el viento, hasta que el viento los dispersa. No tienen un alma inmortal.

—Pero ¿qué magia es ésa que practican? —preguntó Arha, fascinada, sin acordarse que una vez había dicho que ella volvería la

cabeza y se negaría a mirar los navíos de los Países del Interior—. ¿Cómo la hacen? ¿Y qué efectos produce?

—Son trucos, supercherías, juegos de manos —dijo Kossil.

—Algo más que eso —dijo Thar—, si lo que se cuenta es verdad, aunque sólo sea una parte. Los hechiceros del Oeste pueden levantar los vientos y aplacarlos, y hacer que soplen en cierta dirección. En eso todos están de acuerdo, y cuentan la misma historia. De ahí que sean grandes navegantes; pueden henchir las velas con el viento de la magia, e ir a donde quieran, y calmar las tempestades del mar. Y se dice que pueden hacer luz a voluntad, o bien tinieblas; y convertir las rocas en diamantes y el plomo en oro; que pueden construir un inmenso palacio o una ciudad entera en un instante, en apariencia al menos; y que ellos mismos se transforman en osos, en peces o en dragones, como prefieran.

—Yo no lo creo —dijo Kossil—. Que sean peligrosos, sutiles en artimañas, escurridizos como anguilas, sí. Pero se dice que si a un hechicero le quitas la vara de madera, pierde el poder. Sin duda hay runas maléficas grabadas en la vara.

Thar volvió a negar con la cabeza. —Llevan una vara, es verdad, pero no es más que un instrumento del poder que tienen dentro de ellos.

—Pero ¿cómo consiguen ese poder? —preguntó Arha—. ¿De dónde procede?

—Mentiras —-dijo Kossil.

—Palabras —dijo Thar—. Me lo contó alguien que tuvo ocasión de observar a un gran hechicero de los Países del Interior, un Mago, como les dicen allí. Había caído prisionero mientras iba hacia el Oeste. Les mostró una vara de madera seca y pronunció una palabra. Y he aquí que la vara floreció. Y pronunció otra palabra y he aquí que se cuajó de manzanas rojas. Y pronunció una palabra más y la vara, las flores y las manzanas desaparecieron y el hechicero con ellas. Una sola palabra y se había desvanecido como el arcoiris, en un abrir y cerrar de ojos, sin dejar rastro; y nunca lo encontraron en esa isla. ¿Fue eso un simple juego de manos?

—Es fácil engañar a los tontos —dijo Kossil.

Thar no dijo nada más, por no discutir; pero Arha se resistía a abandonar el tema. — (Qué aspecto tienen esos hechiceros? —preguntó—. ¿Es verdad que son completamente negros, con los ojos blancos?

—Son negros y repulsivos. Yo no he visto ninguno —dijo Kossil con satisfacción, moviendo la pesada mole del cuerpo en el taburete bajo y extendiendo las manos hacia las llamas.

—Que los Dioses Gemelos los mantengan lejos —musitó Thar.

—Nunca volverán aquí —dijo Kossil. Y el fuego chisporroteó, y la

lluvia repiqueteó sobre el tejado, y afuera, en la penumbra del portal, Manan gritó con voz estridente: —¡Aja! ¡La mitad para mí, la mitad!

5. Una luz bajo la colina

Cuando el año declinaba otra vez hacia el invierno, Thar murió de una enfermedad consuntiva que le había empezado en el verano. Ella, que siempre había sido enjuta, se volvió esquelética; ella, que siempre había sido taciturna, dejó por completo de hablar. Sólo con Arha conversaba a veces, cuando estaban solas; luego, hasta eso terminó, y se hundió silenciosamente en la oscuridad, y por último desapareció. Arha la echó mucho de menos. Thar había sido severa, pero nunca cruel. Había inculcado a Arha orgullo, nunca miedo.

Ahora sólo quedaba Kossil.

La nueva Sacerdotisa del Templo de los Dioses Gemelos llegaría de Awabath en la primavera; mientras tanto Arha y Kossil gobernaban a medias el Lugar. La mujer llamaba «señora» a la joven y si recibía órdenes tenía que obedecerlas. Pero Arha había aprendido a no dar órdenes a Kossil. Tenía derecho a hacerlo, pero no la fuerza necesaria; en verdad, se necesitaba una fuerza enorme para afrontar los celos de Kossil (que hubiera querido acceder a una jerarquía superior), y el odio que ella mostraba por todo lo que no alcanzaba a dominar.

Desde que supiera (por la gentil Penta) que en el mundo había impiedad, y lo había admitido como posible, aunque la asustase, fue capaz de mirar a Kossil con más calma, y de comprenderla. No había en el corazón de Kossil una devoción sincera por los Sin Nombre ni por los dioses. Nada era sagrado para ella excepto el poder. El Emperador de los Países Kargos tenía ahora el poder, y por lo tanto era para ella un verdadero Dios-Rey al que servía con lealtad. Pero los templos le parecían un mero escenario; las Piedras Sepulcrales, sólo rocas; las Tumbas de Atuan, unos fosos oscuros en la tierra, terroríficos pero vacíos. Hubiese querido suprimir el culto del Trono Vacío, pero no podía. Hubiese querido suprimir a la Primera Sacerdotisa, pero no se atrevía.

Arha había llegado a plantearse bastante en serio esta última eventualidad. Quizá Thar la había ayudado a tenerla en cuenta, aunque nunca la mencionara. En los primeros tiempos de su enfermedad, antes de enmudecer, le había pedido a Arha que fuese a verla cada dos o tres días, y hablaba con ella y le contaba muchas cosas del Dios-Rey y de su predecesor, y de las costumbres de Awabath; cosas que Arha, por ser una sacerdotisa importante, tenía que saber, pero que rara vez eran halagüeñas para el Dios-Rey y su corte. También habló de la vida anterior de Arha, y de cómo era ella y de qué cosas hacía entonces; y algunas veces, no a menudo, había insinuado cuáles podían ser las dificultades y peligros de la vida actual de Arha. Nunca mencionó el nombre de Kossil. Pero Arha había sido

discípula de Thar durante once años y el tono y la cadencia de la voz le bastaban para comprender y recordar.

Una vez pasada la lúgubre conmoción de los Ritos Funerarios, Arha procuró evitar a Kossil. Cuando concluía los largos trabajos y rituales del día, se retiraba a su morada solitaria; y siempre que tenía tiempo iba a la recámara del Trono, abría la puerta-trampa, y descendía a la oscuridad. De día y de noche, porque allí abajo no había ninguna diferencia, continuaba explorando sus dominios. La Cripta, lugar sacrosanto, estaba prohibido para todos excepto las sacerdotisas y los eunucos más fieles. Cualquier otra persona, hombre o mujer, que se aventurara dentro, moriría fulminado por la ira de los Sin Nombre. Sin embargo, de todas las reglas que Arha había aprendido, ninguna prohibía entrar en el Laberinto. No era necesaria. Allí sólo se podía entrar desde la Cripta; y de todas maneras, ¿acaso las moscas necesitan leyes para saber que han de evitar las telarañas?

Así pues, a menudo llevaba a Manan a las zonas más próximas al Laberinto, para que aprendiese los caminos. El eunuco no tenía ningún deseo de acompañarla, pero le obedecía, como siempre. Hizo que Duby y Uahto, los eunucos de Kossil, conocieran el camino hasta la Cámara de las Cadenas y la salida de la Cripta, pero nada más; nunca los llevó al Laberinto. Pretendía que sólo Manan, completamente fiel, conociera esos caminos secretos. Porque eran de ella, sólo de ella, para siempre. Ahora la exploración que hacía del Laberinto era minuciosa. Durante todo el otoño, pasó muchos días recorriendo las galerías interminables, y aún quedaban zonas a las que nunca había llegado. Era fatigoso recorrer aquella maraña de caminos, vasta e ininteligible; se le cansaban las piernas y se aburría, siempre contando y recontando los recodos y pasadizos de detrás y de delante. Era una obra prodigiosa que se extendía bajo tierra, en la dura roca, como las calles de una gran ciudad; pero había sido hecha para cansar y confundir al mortal que la transitara, y aun las sacerdotisas tenían que sentir que no era en verdad más que una trampa gigantesca.

Por eso, y cada vez más a medida que arreciaba el invierno, se dedicó a explorar a fondo el Palacio mismo, los altares y alcobas, detrás y debajo de los altares, las cámaras atestadas de cofres y cajas, el contenido de los cofres y las cajas, los pasadizos y desvanes, la polvorienta cavidad bajo la cúpula donde anidaban centenares de murciélagos, los sótanos y subsolanos que eran las antecámaras de los corredores en tinieblas.

Con las manos y las mangas perfumadas por la reseca fragancia del almizcle que se había convertido en polvo al cabo de ocho siglos en un cofre de hierro, y la frente manchada por los colgajos negros de las telarañas, se pasaba las horas de rodillas estudiando las tallas de un hermoso arcón de madera de cedro, carcomido de vejez, regalo de

algún rey a las Potestades Sin Nombre de las Tumbas. Allí estaba el rey, una minúscula figura hierática con una nariz enorme, y también el Palacio del Trono, con la cúpula hundida y las columnas del pórtico talladas en delicados relieves sobre la madera por algún artista que había sido un puñado de cenizas durante quién sabe cuántos años. Y allí estaba la Sacerdotisa Única, aspirando los vapores narcóticos de las bandejas de bronce y prodigando profecías o consejos al rey, con la nariz rota en esta escena; la cara de la Sacerdotisa era demasiado pequeña para que se le distinguiesen las facciones, pero Arha imaginaba que aquella cara era la suya. Se preguntaba qué le habría dicho al rey de la gran nariz y si él se habría sentido agradecido.

Tenía en el Palacio del Trono sus lugares favoritos, como se tienen rincones favoritos en una casa soleada. Iba a menudo al pequeño desván que había encima de los vestuarios, en los fondos del Palacio. Allí se guardaban las antiguas vestiduras y atavíos, vestigios de los tiempos en que los grandes reyes y señores acudían a rendir culto al Lugar de las Tumbas de Atuan, aceptando la existencia de un poder superior a ellos y a cualquier hombre. A veces sus hijas, las princesas, se ataviaban con sedas blancas y suaves, recamadas con topacios y oscuras amatistas, y danzaban con la Sacerdotisa de las Tumbas. Entre los tesoros había unas tablillas de marfil pintadas, que representaban una de esas danzas, con los señores y los reyes esperando fuera del Palacio, porque entonces como ahora ningún hombre ponía jamás el pie en el suelo de las Tumbas. Sólo las doncellas podían entrar, y danzaban con la Sacerdotisa, vestidas de seda blanca. Entonces como ahora, la Sacerdotisa llevaba siempre una túnica rústica de lienzo negro; pero a ella le gustaba acariciar aquellas telas suaves y delicadas, desgastadas por el tiempo, y las joyas que se desprendían de la seda. En los arcones había un aroma distinto de todos los almizcles e inciensos de los templos del Lugar: un aroma más fresco, más ligero, más joven.

Los búhos, indiferentes, posados en las vigas, abrían y cerraban los ojos amarillos. Un atisbo de claridad estelar brillaba entre las tejas del techo; o bien la nieve se filtraba por los resquicios, tenue y fría como aquellas sedas antiguas que se deshacían al tacto.

Una noche de fines del invierno, hacía mucho frío en el Palacio. Fue a la puerta-trampa, la levantó, se escurrió hasta los escalones, y volvió a cerrar la puerta encima de ella. Llegó en silencio al pasadizo de acceso a la Cripta, que ahora conocía tan bien. Naturalmente, allí nunca encendía ninguna luz, y si llevaba una linterna, porque había estado en el Laberinto o para alumbrarse al aire libre en las tinieblas de la noche, la apagaba antes de acercarse a la Cripta. Jamás, en todas las veces sucesivas en que había sido sacerdotisa, había visto aquel lugar. Al entrar en el pasadizo, sopló la bujía de la lámpara, y sin

acortar el paso siguió avanzando en la profunda oscuridad como un pececillo en aguas tenebrosas. Allí, fuese invierno o verano, no había frío ni calor: siempre la misma frescura constante, un poco húmeda, invariable. Arriba, los grandes vientos helados del invierno azotaban el desierto con la polvareda de la nieve. Aquí no había viento ni estaciones; era un lugar cerrado, tranquilo, seguro.

Iba a la Cámara Pintada. Le gustaba ir allí a veces a estudiar las extrañas pinturas murales que brotaban de pronto de la oscuridad al resplandor de la bujía: hombres de largas alas y ojos grandes, serenos y displicentes. Nadie hubiera podido decirle qué eran, no había pinturas semejantes en ninguna otra parte del Lugar, pero ella creía saberlo: eran los espíritus de los condenados, de los que no renacen. Como la Cámara Pintada estaba en el Laberinto, primero tenía que atravesar la caverna bajo las Piedras Sepulcrales. Se acercaba ahora a la Cripta, bajando por el pasadizo en declive, cuando vislumbró un débil color gris, el reflejo de un destello, el eco del eco de una luz remota.

Pensó que los ojos la engañaban, como le ocurría con frecuencia en aquella negra oscuridad. Los cerró y el resplandor se desvaneció. Los abrió y reapareció.

Se había detenido y permanecía inmóvil. Gris, no negro. Un apagado halo de palidez, apenas visible, allí donde nada podía ser visible, donde todo tenía que ser oscuridad.

Avanzó unos pasos y alargó la mano hacia ese rincón de la pared del túnel; y alcanzó a ver el movimiento de la mano, infinitamente débil.

Siguió avanzando. Era tan extraño que estaba más allá del pensamiento, más allá del miedo, este débil brote de luz donde nunca había habido luz, en la tumba más profunda de la oscuridad. Siguió avanzando, descalza, vestida de negro. En la última vuelta del pasadizo, se detuvo; luego muy lentamente dio un último paso, y miró, y vio lo que jamás había visto, aunque hubiera vivido un centenar de vidas: la enorme bóveda bajo las Piedras Sepulcrales, excavada no por la mano del hombre sino por los poderes de la Tierra. Enjoyada con cristales y ornamentada con pináculos y filigranas de caliza blanca, donde las aguas subterráneas habían trabajado durante años, inmensa, de techos y paredes rutilantes, delicada e intrincada: un palacio diamantino, una casa de cristal y amatista, donde el esplendor de la luz había expulsado las tinieblas antiguas.

No brillante, sino enceguecedora para el ojo habituado a la oscuridad, era la luz que obraba este prodigio.

Un resplandor suave, como un fuego fatuo que se desplazaba lentamente por la caverna; arrancaba mil destellos a los cristales del techo y proyectaba mil sombras fantásticas a lo largo de las esculpidas

paredes.

La luz ardía en el extremo de una vara de madera, sin humo y sin consumirse. Una mano humana sostenía la vara. Arha vio la cara junto a la luz: una cara oscura; la cara de un hombre.

Arha no se movió.

Durante largo rato el hombre anduvo de un lado a otro por la vasta caverna. Iba y venía como si buscara algo, escudriñando detrás de las cataratas de encaje de las piedras, estudiando los diversos corredores que desembocaban en la Cripta, aunque sin internarse en ellos. Y mientras, la Sacerdotisa de las Tumbas permanecía inmóvil, en el ángulo oscuro del pasadizo, aguardando. Quizá lo que más le costaba creer era que estaba viendo a un desconocido. Rara vez había visto a gente desconocida. Supuso que tenía que ser uno de los guardianes; no, uno de los hombres de extramuros, un cabrerizo o un guardia, algún siervo de! Lugar que había entrado a ver los secretos de los Sin Nombre, tal vez a robar algo en las Tumbas…

A robar algo. A robar a las Potestades Oscuras. Un sacrilegio: la palabra entró lentamente en el ánimo de Arha. Era un hombre y ningún hombre podía hollar el suelo de las Tumbas, el Lugar Sagrado. Sin embargo, allí estaba, en la gruta que era el corazón de las Tumbas. Había entrado. Y había encendido una luz allí donde la luz estaba prohibida, donde jamás había habido luz desde los orígenes del mundo. ¿Por qué los Sin Nombre no lo fulminaban?

Ahora el hombre estaba quieto y escudriñaba la superficie agrietada y removida del suelo rocoso; era evidente que había sido excavado y vuelto a llenar. Algunos terrones sueltos, acres y estériles, no habían sido apisonados.

Los Señores habían devorado a los tres prisioneros. ¿Por qué no devoraban también a este intruso? ¿A qué esperaban?

A que las manos que eran de ellos se moviesen, a que la lengua que era de ellos hablase…

—¡Vete! ¡Vete! ¡Sal de aquí! —gritó de pronto a toda voz.

Los grandes ecos que chillaron y retumbaron en la caverna parecieron enturbiar el rostro oscuro, sorprendido, que se volvió hacia Arha y por un instante la miró a través del trémulo esplendor de la caverna. Luego la luz desapareció. El esplendor desapareció. Oscuridad cerrada, y silencio.

Ahora volvía a ser capaz de pensar. Se había liberado del hechizo de la luz.

El hombre tenía que haber entrado por la puerta de las piedras rojas, la Puerta de los Prisioneros, e intentaría escapar por ella. Ligera y sigilosa como una lechuza que volara en silencio, Arha corrió por los circuitos de la caverna hasta la puerta baja que sólo se abría desde el exterior. Allí se agachó, a la entrada del túnel.

Ni un soplo de viento llegaba de afuera. El hombre no había dejado la puerta abierta, y tampoco la había asegurado por dentro. Si se encontraba aún en el túnel, estaba atrapado.

Pero no se encontraba en el túnel. Arha estaba segura…Tan cerca, en un espacio tan reducido, tendría que oírlo respirar, sentir el calor de su cuerpo y el pulso mismo de su vida. En el túnel no había nadie. Se irguió y escuchó. ¿Dónde habría ido?

La oscuridad le oprimía los ojos como una venda. Haber visto la Cripta la desconcertaba; se sentía perpleja. La había conocido como un espacio que sólo el oído, el tacto y las leves corrientes de aire fresco entre las tinieblas, llegaban a delimitar; algo inmenso, un misterio que nunca se develaría. Y ahora lo había visto, y el misterio se había resuelto, no en horror, sino en belleza, un misterio aún más profundo que el de la oscuridad.

Avanzó a pasos lentos, inseguros. Fue a tientas hasta el segundo pasadizo de la izquierda, el que conducía al Laberinto. Allí se detuvo y escuchó.

Los oídos no le dijeron más que los ojos. Pero había puesto una mano a cada lado del arco de piedra, y advirtió en la roca una mínima y recóndita vibración, y en el aire frío, enrarecido, el rastro de un olor que no era de allí: el olor de la salvia silvestre que crecía en las colinas desérticas, arriba, a cielo abierto.

Lenta y silenciosa se movió a lo largo del corredor, guiada por el olfato.

Había caminado tal vez un centenar de pasos, cuando lo oyó. Iba adelante en el túnel, tan sigiloso como ella, pero menos seguro. Arha oyó un leve ruido, como si el hombre hubiese tropezado un instante en el suelo desparejo. Nada más. Esperó un momento y luego echó a andar otra vez, rozando apenas el muro con los dedos de la mano derecha, hasta dar con una barra redonda de metal. Allí se detuvo y tocó la barra estirando el brazo y al fin encontró una tosca palanca de hierro. Bruscamente, tirando con todas sus fuerzas, bajó la palanca.

Se oyó un chirrido horripilante y el estruendo de un golpe. Unas chispas azules saltaron y cayeron. Los ecos se perdieron atropellándose en el corredor de detrás. Extendió las manos, y delante de ella, a sólo unos centímetros, tocó la corroída superficie de una puerta de hierro.

Tomó aliento.

Regresando lentamente por el túnel hacia la Cripta, y siguiendo la pared de la derecha, se encaminó a la puerta-trampa del Palacio del Trono. Caminaba sin prisa y en silencio, aunque el silencio ya no era necesario. Había capturado al ladrón. La puerta de hierro era la única vía de acceso al Laberinto. Y sólo se abría desde fuera.

Ahora el hombre estaba allá abajo, en la oscuridad subterránea, y

nunca saldría.

Muy erguida, pasó lentamente al lado del Trono y penetró en la gran nave con columnas. Allí, junto al alto trípode del brasero de bronce, donde flameaba el fulgor rojizo del carbón de leña, dio media vuelta y fue hacia las siete gradas que conducían al Trono.

Se arrodilló en el primer escalón y bajó la frente hasta apoyarla sobre la piedra fría y polvorienta, sembrada con los huesos de rata que se les caían a los búhos cazadores.

—Perdonad que haya visto vuestras tinieblas violadas —dijo, sin pronunciar las palabras en alta voz—. Perdonad que haya visto vuestras tumbas profanadas. Seréis vengados. ¡Oh Señores míos, la muerte os lo entregará, y nunca volverá a nacer!

Sin embargo, aun mientras imploraba, imaginaba el esplendor tembloroso de la caverna, la vida en la mansión de la muerte; y en vez de sentirse horrorizada por el sacrilegio, enfurecida contra el ladrón, sólo pensaba en lo extraño que era todo aquello, muy extraño…

—¿Qué he de decirle a Kossil? —se preguntó al salir al azote del viento invernal, arrebujándose en la capa—. Nada. Todavía no. Yo soy la dueña y señora del Laberinto. Esto no concierne para nada al Dios-Rey. Quizá se lo diga después, cuando el ladrón haya muerto. ¿Cómo debo matarlo? Haré venir a Kossil para que lo vea morir. A ella le gusta la muerte. ¿Qué estaría buscando? Tiene que estar loco. ¿Cómo pudo entrar? Kossil y yo guardamos las únicas llaves de la puerta de las piedras rojas y de la puerta-trampa. Tiene que haber entrado por la puerta de las piedras. Sólo un hechicero podría abrirla. Un hechicero…

Se detuvo, pese a que el viento casi no la dejaba tenerse en pie.

«Es un hechicero, un mago de los Países del Interior, que busca el amuleto de Erreth-Akbé.»

Y esa idea era tan monstruosa y tan fascinante que sintió que se le acaloraba todo el cuerpo, a pesar del viento helado, y rió a carcajadas. Todo alrededor de ella, el Lugar y el desierto en torno, era silencioso y negro; el viento soplaba; no había luces en la Casa Grande. Una nieve tenue, invisible, pasaba con el viento.

«Si ha abierto la puerta de las piedras rojas por arte de hechicería, también puede abrir otras. Y puede escapar.»

Este pensamiento la desalentó un momento, pero no la convenció. Los Sin Nombre lo habían dejado entrar. ¿Por qué no? No podía traer ningún daño. ¿Qué daño hace un ladrón que no puede abandonar la escena del robo? Era dueño sin duda de poderes y encantamientos oscuros, fuertes todos, puesto que había llegado hasta allí; pero no iría mucho más lejos. Ningún sortilegio echado por un mortal podía ser más fuerte que la voluntad de los Sin Nombre, las presencias en las Tumbas, los Reyes cuyo Trono estaba vacío.

Echó a correr hacia la Casa Pequeña. Manan dormía en el portal, envuelto en la capa y en la andrajosa manta de pieles que eran su lecho de invierno. Arha entró sin hacer ruido, para no despertarlo, y sin encender ninguna lámpara. Abrió la puerta de una habitación diminuta, una especie de cubículo que había en el fondo del corredor. Hizo chispear un trocito de pedernal para que alumbrara cierta parte del suelo, y arrodillándose levantó una baldosa. Buscó con la mano hasta encontrar un trozo pequeño de tela gruesa y sucia. Lo apartó sin hacer ruido y se echó bruscamente hacia atrás; un rayo de luz había salido desde abajo iluminándole la cara.

Al cabo de un momento, con mucha cautela, miró por la abertura. Se había olvidado de la luz misteriosa que el intruso llevaba en la vara. Había llegado a pensar que lo oiría allá abajo, en la oscuridad. Había olvidado la luz, pero él estaba donde ella lo había supuesto; justo debajo de la mirilla, delante de la puerta de hierro que le impedía huir del Laberinto. Estaba de pie, con una mano en la cintura y la otra esgrimiendo la vara de madera, tan alta como él, en cuyo extremo ardía el tenue fuego fatuo. La cabeza, que Arha veía desde arriba, a unos dos metros, estaba un poco inclinada hacia un lado. Vestía como los peregrinos o los viajeros en invierno; una capa corta y gruesa, una túnica de cuero, polainas de lana y sandalias de cordones; un morral ligero y una cantimplora le colgaban de la espalda; en la cadera llevaba un cuchillo envainado. Estaba allí inmóvil como una estatua, tranquilo y pensativo.

Lentamente levantó la vara del suelo, y volvió el extremo luminoso hacia la puerta, que Arha no alcanzaba a ver. La luz cambió, se hizo más concentrada y clara, resplandeciente. Y el hombre habló en voz alta. La lengua que hablaba sonaba extraña a los oídos de Arha, pero aún más extraña le pareció la voz, profunda y resonante.

La luz de la vara se avivó, fluctuó, y se atenuó. Durante un momento se extinguió del todo y la figura del hombre desapareció en las sombras.

La fosforescencia malva reapareció, y Arha vio otra vez al hombre, que se apañaba de la puerta. El sortilegio de apertura le había fallado. Los poderes que aseguraban aquellos cerrojos eran más fuertes que cualquier magia.

El hombre miró en torno como si se preguntara: ¿Y ahora qué?

El túnel o corredor donde estaba tenía unos dos metros de ancho, con el techo a unos cuatro o cinco metros del suelo tosco. Las piedras de las paredes, aunque sin argamasa, estaban dispuestas con tanto cuidado y precisión que era difícil introducir la punta de un cuchillo entre las junturas. Las paredes estaban inclinadas hacia dentro y se unían arriba formando una bóveda.

No había nada más.

El hombre echó a andar. Una zancada, y Arha dejó de verlo. La luz se desvaneció. Arha se disponía a cubrir la mirilla con la tela y la baldosa cuando el haz de luz brotó otra vez del suelo. El hombre había regresado a la puerta. Quizás había comprendido que si se alejaba y entraba en el Laberinto era improbable que la volviera a encontrar.

Pronunció una sola palabra, en voz baja.

—Emenn —dijo, y luego otra vez, más fuerte—: ¡Emenn!

Y la puerta de hierro trepidó sobre las jambas. Y los ecos retumbaron graves como truenos, rodando por el túnel abovedado, y a Arha le pareció que el suelo temblaba debajo de ella.

Pero la puerta no se abrió.

El hombre se rió, una risa breve, como si pensara: ¡Qué manera de hacer el tonto! Y una vez más repasó las paredes de alrededor, y cuando levantó la cabeza, Arha vio una leve sonrisa en el rostro oscuro. Luego el hombre se sentó, se descolgó el morral, sacó un pedazo de pan seco y empezó a mascarlo. Destapó la cantimplora de cuero y la sacudió; parecía liviana, como si estuviera casi vacía. La volvió a tapar sin beber. Puso el morral en el suelo a guisa de almohada, se envolvió en el manto y se acostó. Tenía la vara en la mano derecha. Mientras se tendía de espaldas, la luz o fuego fatuo flotó separándose del extremo de la vara y colgó débilmente detrás de él. Tenía la manó izquierda sobre el pecho, cerrada, guardando algo que pendía de la pesada cadena que llevaba al cuello. Estaba cómodamente estirado, con las piernas cruzadas en los tobillos; su mirada errante subió por las paredes hasta el orificio de la bóveda y se alejó; suspiró y cerró los ojos. La luz se debilitó lentamente. Dormía.

La mano cerrada sobre el pecho se aflojó y resbaló al costado; y entonces Arha pudo ver el talismán que él llevaba en la cadena: parecía un trozo de metal en bruto, en forma de media luna.

El tenue resplandor de la magia se extinguió al fin. Ahora el hombre yacía en silencio y a oscuras.

Arha puso en la mirilla la tela y la baldosa, se levantó con cautela y se escabulló a su habitación. Se acostó y pasó largas horas despierta en la oscuridad, oyendo el rugido del viento, viendo siempre ante ella la luminosidad cristalina que había centelleado en la casa de la muerte, el suave fuego que ardía sin llama, las piedras de las paredes del túnel, el rostro plácido del hombre dormido…

6. La trampa

Al día siguiente, en cuanto hubo cumplido con lo que se esperaba de ella en los distintos templos, y con la tarea de enseñar a las novicias las danzas sagradas, escapó a la Casa Pequeña y, luego de oscurecer el cuarto, destapó la mirilla v espió. Abajo no había luz. El intruso se había ido. Ella no había esperado que se quedase tanto tiempo frente a la puerta inexpugnable, pero no había otro sitio desde donde mirar. ¿Cómo iba a encontrarlo ahora si él mismo se había perdido?

Según las descripciones de Thar y su propia experiencia, los túneles del Laberinto, con los meandros, bifurcaciones, espirales y pasadizos ciegos, se extendían por más de veinte millas. El callejón sin salida más alejado de las Tumbas no quedaba, probablemente, a mucho más de una milla en línea recta. Pero allí abajo nada iba en línea recta. Todos los túneles se curvaban, se dividían y volvían a juntarse, se ramificaban, entrelazaban y enroscaban, trazando una intrincada red de itinerarios, que terminaban donde comenzaban, porque allí no había ni principio ni fin. Uno podía andar, andar y andar, sin llegar jamás a ninguna parte, porque no había adonde llegar. En aquel Laberinto no había centro ni fondo. Y una vez cerrada la puerta, no tenía fin. Ninguna dirección era buena.

Aunque los caminos y recodos que conducían a las distintas cámaras y zonas estuvieran grabados en la memoria de Arha, incluso ella había llevado, en sus exploraciones más largas, un ovillo de hilo fino que iba desenrollando conforme avanzaba y volvía a enrollar en el camino de regreso. Pues si olvidaba tener en cuenta algunos de los pasadizos o recodos, hasta ella podía perderse. La luz no le servía de nada, porque allí abajo no había puntos de referencia. Todos los corredores, todos los soportales y todas las aberturas eran iguales.

Durante todo ese tiempo el intruso podía haber recorrido muchas millas, y aún no estar a más de quince metros de la puerta por la que había entrado.

Fue al Palacio del Trono, al Templo de los Dioses Gemelos, al sótano de las cocinas, y aprovechando los momentos en que se quedaba sola, escrutó a través de todas las mirillas la fría y densa oscuridad. Y cuando cayó la noche, glacial e incandescente de estrellas, fue a ciertos parajes de la Colina, levantó ciertas piedras, apartó la tierra, miró de nuevo y vio la oscuridad subterránea sin estrellas.

El hombre estaba allí. Tenía que estar. Sin embargo se le había escapado. Moriría de sed antes que ella lo encontrase. Tendría que mandar a Manan al Laberinto para que lo buscara, cuando ella

estuviese segura de que había muerto. Ese pensamiento le era insoportable. Mientras seguía arrodillada en el áspero suelo de la Colina, a la luz de las estrellas, unas lágrimas de rabia le asomaron a los ojos.

Tomó el sendero de la ladera que descendía hasta el Templo del Dios-Rey. Las columnas de capiteles tallados resplandecían escarchadas y blancas como pilares de hueso a la luz de las estrellas. Llamó a la puerta trasera y Kossil la hizo entrar.

—¿Qué trae aquí a mi señora? —dijo la mujer, fría v cauta.

—Sacerdotisa, hay un hombre en el Laberinto.

Kossil se sorprendió. Por una vez había ocurrido algo que ella no había previsto. Se enderezó y miró fijamente delante de ella. Parecía que los ojos se le desencajaban. A Arha se le ocurrió entonces que Kossil se parecía mucho a Penta imitando a Kossil, y sintió que iba a soltar una carcajada. Se contuvo y la carcajada se apagó.

—:¿Un hombre? ¿En el Laberinto?

—Un hombre, un extraño. —En seguida, como Kossil continuaba mirándola con incredulidad, añadió:— Reconozco a un hombre cuando lo veo, aunque haya visto pocos.

Kossil desdeñó la ironía: —¿Cómo ha podido entrar?

—Por arte de hechicería, creo. Tiene la piel oscura, tal vez sea de los Países del Interior. Ha venido a saquear las Tumbas. Lo encontré por primera vez en la Cripta, debajo mismo de las Piedras. Corrió a la entrada del Laberinto cuando me vio, como si supiera a dónde quería ir. Yo cerré la puerta de hierro detrás de él. Probó con algunos hechizos, pero no consiguió abrirla. Por la mañana se había metido en el Laberinto. Ahora no puedo encontrarlo.

—¿Lleva luz?

—Sí.

—¿Agua?

—Una cantimplora, pequeña, no llena.

—La bujía ya se le habrá consumido —reflexionó Kossil—. Cuatro o cinco días. Tal vez seis. Luego enviaremos abajo a mis guardias, a que arrastren el cadáver fuera. La sangre alimentará el Trono y…

—No —dijo Arha con súbita y estridente vehemencia—. Quiero encontrarlo vivo.

La sacerdotisa miró a la muchacha desde su pesada altura. —¿Por qué?

—Para… para que su agonía sea más larga. Ha cometido un sacrilegio contra los Sin Nombre. Ha profanado la Cripta con esa luz. Ha venido a robar los tesoros de las Tumbas. Merece un castigo peor que el de morir a solas en un túnel.

—Sí… —dijo Kossil, pensativa—. Pero ¿cómo lo capturaréis, señora? Es muy arriesgado. Ningún riesgo, en cambio, de la otra

manera. ¿No hay en alguna parte del Laberinto una cámara llena de huesos, las osamentas de los hombres que entraron allí y que no salieron nunca? Dejad que los Tenebrosos lo castiguen a su modo, con sus propios métodos, los sombríos métodos del Laberinto. Es una muerte cruel, la sed.

—Lo sé —dijo la joven. Dio media vuelta y salió a la noche, poniéndose la capucha, para resguardarse la cabeza del viento helado y silbante. ¿Acaso no lo sabía?

Había sido infantil y estúpida acudiendo a Kossil, de la que no obtendría ayuda. La propia Kossil no sabía hacer otra cosa que esperar impasible a que llegara la muerte, y tampoco comprendía. No veía la necesidad de encontrar a aquel hombre, y de que no corriera la suerte de los otros. Arha no podía soportarlo de nuevo. Puesto que tenía que morir, que fuese una muerte rápida, a la luz del día. Sin duda, este ladrón, el primero que en muchos siglos se había atrevido a robar las Tumbas, merecía morir bajo el filo de la espada. Ni siquiera tenía un alma inmortal que pudiese renacer. El fantasma erraría, gimiendo, por los corredores. No podía permitir que muriese allí de sed, solo y en la oscuridad.

Arha durmió muy poco aquella noche. El día siguiente lo tenía ocupado con ritos y obligaciones. Pasó la noche yendo de una mirilla a otra, en silencio y sin linterna, por todos los edificios oscuros del Lugar, y sobre la colina barrida por los vientos. Volvió a la Casa Pequeña y se acostó al fin, dos o tres horas antes del alba, pero tampoco entonces descansó. Al tercer día, al final de la tarde, salió sola al desierto y se encaminó al río, poco caudaloso ahora a causa de la sequía invernal y con hielo entre las cañas. Recordó que una vez, en el otoño, se había internado muy lejos en el Laberinto, más allá del Cruce Seis; y que mientras recorría un túnel largo y curvo había oído el rumor de una corriente de agua al otro lado de las piedras. Si un hombre sediento llegaba a ese pasadizo, ¿no se quedaría allí? También había mirillas en estos parajes; tuvo que buscarlas, pero Thar se las había enseñado una por una el año anterior y no le fue muy difícil dar con ellas. Guardaba, de los sitios y las formas, el recuerdo que puede tener un ciego, y antes que buscar las mirillas secretas con los ojos, parecía orientarse a tientas. En la segunda, la más alejada de las Tumbas, cuando se levantó la capucha para tapar la luz y acercó el ojo al orificio perforado en la cara de la roca, vio abajo el débil resplandor de la luz mágica.

Estaba allí, sólo en parte visible. La mirilla daba al fondo mismo del callejón sin salida. Arha no veía más que la espalda, el cuello doblado y el brazo derecho del hombre. Sentado cerca del ángulo que formaban los muros, escarbaba en las piedras con un cuchillo, una daga de acero corta y de mango adornado con piedras preciosas. El

cuchillo tenía la hoja partida, y la punta rota estaba en el suelo, justo debajo de la mirilla. La había quebrado tratando de separar las piedras y llegar al agua que oía correr, rumorosa y cristalina, en el silencio mortal del subterráneo, al otro lado del muro impenetrable.

Trabajaba con desgano. Después de aquellas tres noches con sus días, era un hombre muy distinto del que Arha había visto frente a la puerta de hierro, vivaz y sereno, riéndose de su propia derrota. Todavía se empecinaba, pero había perdido poder. No contaba con ningún sortilegio capaz de separar aquellas piedras y tenia que recurrir a un cuchillo inservible. Arha vio que la luz mágica, ahora pálida y mortecina, parpadeaba un momento. El hombre sacudió la cabeza y dejó caer la daga. Luego, obstinado, la recogió e intentó meter a la fuerza la hoja rota entre las piedras.

Tendida a la orilla del río entre las cañas apretadas por el hielo, sin darse mucha cuenta de dónde estaba ni de lo que hacía, Arha puso la boca sobre la fría boca de la piedra y ahuecó las manos alrededor para concentrar el sonido. —¡Hechicero! —dijo, y la voz, colándose por la garganta de roca, resonó fría y susurrante en el túnel subterráneo.

El hombre se sobresaltó y se puso en pie gateando, y estaba fuera del campo visual de Arha cuando ella volvió a mirar. Arha aplicó de nuevo la boca a la mirilla y dijo: —Retrocede a lo largo del muro del río hasta el segundo recodo. El primer recodo a la izquierda. Pasa dos a la derecha y toma el tercero. Pasa uno a la derecha y toma el segundo. Luego a la izquierda; luego a la derecha. Quédate allí, en la Cámara Pintada.

Cuando se movió para volver a mirar, quizá dejó que un rayo de luz penetrara un instante en el túnel, porque él era visible otra vez y miraba hacia el orificio mostrando un rostro marcado de cicatrices, tenso y ansioso, de labios negros y resecos, y ojos brillantes. Levantó la vara, acercando la luz cada vez más a los ojos de Arha. Aterrorizada, ella se echó atrás, cubrió la mirilla con la tapa de piedra y los pedruscos que la disimulaban, se incorporó y regresó de prisa al Lugar. Le temblaban las manos y en algún momento del camino se sintió mareada. No sabía qué hacer.

Si el hombre seguía las instrucciones que le había dado, retrocedería hacia la puerta de hierro, hasta el recinto de las pinturas. Y no había nada allí que pudiera interesarle. Lo que sí había en el techo de a Cámara Pintada era una mirilla que daba a la Cámara del Tesoro del Templo de los Dioses Gemelos; quizá por eso había pensado en esa cámara. Arha no lo sabía. ¿Por qué le había hablado?

Podía alcanzarle un poco de agua por alguna de las mirillas, y luego conducirlo a aquel sitio. De ese modo lo mantendría con vida más tiempo. Tanto tiempo como quisiera, en realidad. Si le

proporcionaba agua y un poco de comida de tanto en tanto, el hombre seguiría errando por el Laberinto durante días y meses; y ella podría verlo por las mirillas e indicarle cómo encontraría agua; y a veces engañarlo, para que fuese allí en vano, porque él siempre tendría que ir. ¡Así aprendería a no burlarse de los Sin Nombre y a no pavonearse neciamente en los sepulcros sagrados de los Muertos Inmortales!

Pero mientras él estuviese allí, ella nunca podría entrar en el Laberinto. ¿Por qué no?, se preguntaba; y se respondía: Porque podría huir por la puerta de hierro, que yo tendría que dejar abierta al entrar… De todos modos, no llegaría más allá de la Cripta. La verdad era que tenía miedo de encontrárselo cara a cara. Tenía miedo de los poderes y las artes de las que se había valido para entrar en la Cripta, y de la magia que mantenía encendida la luz. Y sin embargo, ¿era todo eso tan temible? Las potestades que reinaban en los lugares oscuros estaban de parte de ella. Era obvio que él no podía hacer gran cosa allí, en el dominio de los Sin Nombre. No había abierto la puerta de hierro; no había hecho aparecer alimentos mágicos ni había sacado agua del muro de piedras, ni convocado un monstruo demoníaco para que derribase los muros; ninguna de las cosas que ella temía que fuese capaz de hacer. Ni siquiera había encontrado, después de andar durante tres días por los pasadizos, la puerta del Gran Tesoro, que era sin duda lo que él estaba buscando. La misma Arha aún no había tenido en cuenta las indicaciones de Thar para llegar a esa cámara, postergando la visita una y otra vez, por un cierto temor, una renuencia, la impresión de que todavía no era el momento.

Ahora pensaba: ¿y si él fuera allí en vez de ella? Que contemplara cuanto quisiera los tesoros de las Tumbas. ¡Para lo que iba a servirle! Y ella se mofaría de él, diciéndole que comiera el oro y bebiese los diamantes.

Con la prisa nerviosa, febril, que la dominaba desde hacía tres días, corrió al Templo de los Dioses Gemelos, abrió la pequeña cámara abovedada de los tesoros y destapó la mirilla, bien oculta en el suelo.

Allá abajo estaba la Cámara Pintada, pero oscura como boca de lobo. El camino que el hombre tenía que recorrer por la maraña de túneles, era mucho más tortuoso y quizá mucho más largo. Arha no había pensado en eso. Además, debilitado como estaba, no andaría muy rápido y olvidaría las instrucciones y se equivocaría en algún recodo. No había muchas personas como ella, capaces de recordar instrucciones que habían oído sólo una vez. Quizá ni siquiera comprendía la lengua que ella hablaba. En ese caso, que anduviera sin rumbo hasta que al fin cayese y muriese rendido en la oscuridad, el necio, el extranjero, el impío. Que su espectro gimiera por las galerías de picara de las Tumbas de Atuan hasta que también él fuese devorado por las tinieblas…

A la mañana siguiente, muy temprano, después de una noche de escaso reposo y malos sueños, volvió a la mirilla del pequeño templo. Miró y no vio nada: una negra oscuridad. Descolgó una cadena con una vela encendida dentro de una pequeña linterna de estaño. El hombre estaba allí, en la Cámara Pintada. Al resplandor de la bujía, alcanzó a verle las piernas y una mano inerte. Habló por la abertura, que era grande, del tamaño de una baldosa: —¡Hechicero!

El hombre no se movió. ¿Estaría muerto? ¿Era ésa toda la fuerza que él tenia?

Arha torció la cara en una mueca de desprecio; el corazón le latía con violencia. —¡Hechicero! —gritó, y la voz vibrante resonó abajo, en la oquedad. El nombre se estremeció, se incorporó lentamente y miró en torno, azorado. Al cabo de un momento alzó los ojos, parpadeando a la luz de la linterna que pendía del techo. Daba miedo verle la cara, hinchada y oscura como la de una momia.

Alargó la mano en busca de la vara, que tenía al lado, en el suelo, pero la luz no floreció en la madera. No le quedaba ningún poder.

—Tú quieres ver el Tesoro de las Tumbas de Atuan, ¿eh, hechicero?

El hombre alzó la cara, fatigado, mirando de soslayo la luz de la linterna, que era lo único que veía. Al cabo de un rato, con una mueca que podía haber empezado como una sonrisa, inclinó la cabeza, asintiendo.

—Sal de esta cámara hacia la izquierda. Toma el primer corredor a la izquierda… —De prisa y sin pausa, Arha recitó la larga serie de indicaciones, y por último dijo:— Allí encontrarás el tesoro que has venido a buscar. Y allí, quizá, también encuentres agua. ¿Qué preferirías en este momento, hechicero?

Él se levantó, apoyándose en la vara. Buscó a Arha con los ojos, que no podían verla, y quiso decir algo, pero tenía la garganta reseca y no le salió la voz. Se encogió ligeramente de hombros y dejó la Cámara Pintada.

Arha no pensaba darle agua. De todos modos, nunca acertaría con el camino de la Cámara del Tesoro. Las instrucciones eran demasiado largas para que él las recordase; y allí estaba el Pozo, si es que llegaba tan lejos. Y ahora iba a oscuras. Se extraviaría y al fin caería exánime y moriría en cualquier rincón de las galerías angostas, secas y resonantes.

Y Manan lo encontraría y lo sacaría a la rastra. Y ése sería el fin. Arha apretó entre las manos la tapa de la mirilla y balanceó el cuerpo acuclillado, de atrás hacia adelante, de adelante hacia atrás, mordiéndose el labio como para soportar un dolor terrible. No le daría agua. No le daría agua. Le daría muerte, muerte, muerte, muerte.

En aquella hora triste de la vida de Arha, Kossil vino a verla.

Entró en la recámara con pasos pesados, envuelta en las negras y abultadas ropas invernales.

—¿Ha muerto ya el hombre? Arha alzó la cara. No tenía lágrimas en los ojos, nada que ocultar.

—Creo que sí —dijo, levantándose y sacudiéndose el polvo de las faldas—. La luz se ha extinguido.

—Puede estar fingiendo. Esas gentes sin alma son muy astutas.

—Esperaré un día para estar segura.

—Sí, o dos días. Luego, que baje Duby a retirar el cadáver. Es más fuerte que el viejo Manan.

—Pero Manan está al servicio de los Sin Nombre, y Duby no. Hay sitios en el Laberinto a los que Duby no debe ir, y el ladrón está en uno de ellos.

—Bueno, si ya ha sido profanado…

—La muerte del hombre lo purificará —dijo Arha, y pensó que quizá tenía algo raro en la cara, por el modo como la miraba Kossil—. Estos son mis dominios, sacerdotisa. He de custodiarlos como mis Amos ordenan. No necesito más lecciones sobre la muerte.

El rostro de Kossil pareció retirarse dentro de la negra capucha, como una tortuga del desierto dentro del caparazón, malhumorada, lenta y fría.

—Muy bien, señora.

Se separaron frente al altar de los Dioses Hermanos. Arha se encaminó, sin prisa, hacia la Casa Pequeña, y llamó a Manan para que la acompañase. Desde que había hablado con Kossil sabía lo que tenía que hacer.

Manan y ella subieron por la Colina, entraron en el Palacio, llegaron a la Cripta y descendieron. Tirando juntos de la larga manija, abrieron la puerta de hierro del Laberinto. Luego encendieron las linternas, y Arha encabezó la marcha hacia la Cámara Pintada, y desde allí tomó el camino del Gran Tesoro.

El ladrón no había llegado muy lejos. No había andado ni quinientos pasos de tortuoso trayecto cuando dieron con él, tirado en el estrecho corredor como un montón de andrajos. Cerca de él estaba la vara, que había soltado antes de caer. Tenía la boca ensangrentada y los ojos semicerrados.

—Está vivo —dijo Manan, arrodillándose, poniendo la manaza amarilla en la garganta oscura, sintiéndola latir—. ¿Lo estrangulo, mi ama?

—No. Lo quiero vivo. Levántalo y sígueme.

—¿Vivo? —dijo Manan, turbado—. ¿Para qué, mi pequeña?

—¡Para que sea un esclavo de las Tumbas! Deja de hablar y haz lo que te digo.

Con la cara más melancólica que nunca, Manan obedeció,

echándose el joven al hombro como si fuese un costal. Siguió a Arha con pasos vacilantes. No podía caminar mucho tiempo llevando aquella carga, y durante el viaje de vuelta se detuvieron una docena de veces para que Manan recobrara el aliento. Cada vez que paraban, el corredor era siempre igual: las piedras de color gris amarillento, que remataban en una bóveda, el suelo rocoso y desparejo, el aire estancado; Manan, que gruñía y jadeaba; el intruso, inmóvil; y las dos linternas de llamas mortecinas con un halo de luz que se estrechaba y se perdía en la oscuridad del corredor en ambas direcciones. En los altos Arha echaba un poco de agua del frasco que había traído consigo en la boca seca del hombre, sólo un sorbo cada vez, no fuera que la vida, al volver, lo matase.

—¿A la Cámara de las Cadenas? —preguntó Manan cuando entraron en el pasaje que conducía a la puerta de hierro; y sólo en ese momento, al oírlo, se dio cuenta Arha de que no había pensado en dónde meter al prisionero.

—No, allí no —dijo, sintiendo náuseas, como siempre que recordaba el humo y el hedor, y aquellos rostros desgreñados, ciegos y mudos. Además, Kossil podría ir a la Cámara de las Cadenas—. Ha de quedarse en el Laberinto, para que no recupere su magia. ¿Dónde hay una celda…?

—La Cámara Pintada tiene puerta y cerrojo, y una mirilla, mi ama. Si se puede confiar en las puertas…

—Aquí abajo no tiene ningún poder. Llévalo allí, Manan.

Otra vez con la carga a cuestas, Manan desanduvo la mitad del camino, demasiado fatigado y sin aliento para protestar. Cuando por fin estuvieron en la Cámara Pintada, Arha se quitó la larga y pesada capa invernal, y la extendió sobre el suelo polvoriento. —Ponlo encima.

Jadeando, Manan la miró con melancólica consternación. —Mi pequeña…

—Quiero que este hombre viva, Manan. Se morirá de frío, mira cómo tiembla.

—Te mancillará la capa, que es la capa de la Sacerdotisa. Es un infiel, un hombre —barbotó Manan, arrugando los ojos pequeños, como si le doliera algo.

—¡Entonces quemaré la capa y haré tejer otra! ¡Haz lo que te digo, Manan!

Manan se encorvó, obediente, y bajó al prisionero hasta la capa negra. El hombre estaba inmóvil como la muerte, pero el pulso le latía con fuerza en el cuello, y de tanto en tanto unos espasmos lo estremecían de la cabeza a los pies.

—Habría que encadenarlo —dijo Manan.

—¿Te parece peligroso? —se burló Arha; pero cuando Manan le

señaló el aro de hierro incrustado en las piedras al que podrían sujetar al prisionero, lo dejó ir a la Cámara de las Cadenas en busca de grilletes. Manan se perdió por los corredores refunfuñando, repitiendo entre dientes las instrucciones; había recorrido otras veces ese mismo camino, yendo y viniendo, pero nunca solo.

A la luz de la linterna de Arha, las pinturas de las cuatro paredes parecían moverse, crisparse; las toscas figuras humanas de grandes alas abatidas se agazapaban y se erguían con una monotonía intemporal.

Ella se arrodilló y fue echando agua, poca cada vez, en la boca del prisionero. El hombre acabó tosiendo y alzó las manos débiles hacia el frasco. Arha lo ayudó a beber. Con la cara toda mojada, embadurnada de sangre y polvo, volvió a tenderse en el suelo y murmuró algo, una palabra o dos, en una lengua que Arha desconocía.

Manan regresó al fin, arrastrando una cadena, un gran candado con llave y un ceñidor de hierro que puso y cerró alrededor de la cintura del hombre. —No está bastante apretado, puede escabullirse —gruñó, mientras enganchaba el eslabón del extremo al aro incrustado en el muro.

—No, mira. —Menos asustada ahora, Arha mostró que no le cabía la mano entre el ceñidor de hierro y las costillas del hombre—. A no ser que no coma en más de cuatro días.

—Pequeña —dijo Manan quejumbroso—, yo no discuto, pero… ¿cómo va a servir de esclavo en el Templo si es un hombre, pequeña?

—Y tú eres un viejo tonto, Manan. Vamos, y déjate de pamplinas.

El prisionero los miraba con ojos brillantes y fatigados.

—¿Dónde está la vara, Manan? Aquí. Me la llevaré; tiene poderes mágicos. Ah, y esto; también me lo llevaré —y con un movimiento rápido tomó la cadena de plata que asomaba en el cuello de la túnica del prisionero, y se la quitó por la cabeza, aunque él trató de impedírselo sujetándole los brazos. Manan le asestó un puntapié en la espalda. Arha sostenía la cadena en el aire, lejos de las manos del prisionero—. ¿Así que éste es tu talismán, hechicero? ¿Lo aprecias mucho? No parece gran cosa. ¿No pudiste conseguir nada mejor? Te lo guardaré en un lugar seguro. —Y se puso la cadena por la cabeza, ocultando el colgante bajo el cuello de la túnica de lana.

—Tú no sabes cómo se usa —dijo el hombre, con la voz muy ronca y pronunciando mal, aunque con suficiente claridad, las palabras de la lengua karga.

Manan le dio otro puntapié y el hombre dejó escapar un leve gruñido de dolor y cerró los ojos.

—Déjalo, Manan. Vamonos.

Arha salió de la cámara. Manan la siguió refunfuñando.

Por la noche, una vez apagadas todas las luces del Lugar, Arha

trepó otra vez por la Colina. Llenó el frasco en el pozo de las recámaras del Trono, y descendió con el agua y una gran hogaza de pan ázimo de trigo sarraceno a la Cámara Pintada del Laberinto. Puso todo detrás de la puerta, al alcance del prisionero, que estaba dormido y no se movió.

Regresó a la Casa Pequeña y esa noche ella también durmió mucho y bien.

Por la tarde, temprano, volvió sola al Laberinto. El pan había desaparecido, el frasco estaba vacío, y el intruso se había sentado de espaldas contra el muro. La cara, cubierta de costras y suciedad, seguía siendo repugnante, pero la expresión era ahora vivaz.

Arha se situó en el otro extremo de la Cámara, donde él no podía alcanzarla, y lo miró un rato.

Luego apartó los ojos. Pero allí no había nada que ver. Algo le impedía hablar. El corazón le latía como si estuviese asustada. Sin embargo, no había ninguna razón para tenerle miedo.

—Es agradable que haya luz —dijo él, con la voz dulce pero grave que tanto la turbaba.

—¿Cómo te llamas? —preguntó ella, imperiosa. Su propia voz, pensó, sonaba más aguda y débil que de costumbre.

—Bueno, casi todos me llaman Gavilán.

—¿Gavilán? ¿Es ése tu nombre?

—No.

—¿Cuál es tu nombre, entonces?

—Eso no te lo puedo decir. ¿Tú eres la Sacerdotisa de las Tumbas?

—Sí.

—¿Cómo te llamas?

—Me llaman Arha.

—La que ha sido devorada… ¿No es eso lo que significa? —Los ojos oscuros la miraban con fijeza. Esbozó una sonrisa.— ¿Y cuál es tu nombre?

—No tengo nombre. No me hagas preguntas. ¿De dónde vienes?

—De los Países del Interior, del Oeste.

—¿De Havnor?

Era el único nombre que conocía de ciudad o islas en los Países del Interior.

—Sí, de Havnor.

—¿A qué has venido aquí?

—-Las Tumbas de Atuan son famosas entre mi gente.

—Pero tú eres un infiel, un incrédulo.

El hombre meneó la cabeza. —Oh, no, Sacerdotisa. ¡Creo en las Potestades de las Tinieblas! He conocido a los Innominados, en otros lugares.

—¿En qué otros lugares?

—En el Archipiélago, en los Países del Interior, hay sitios que pertenecen a las Antiguas Potestades de la Tierra, como éste. Pero ninguno tan grande. En ninguna otra parte tienen un templo y una sacerdotisa y un culto como el que aquí se les rinde.

—¿Has venido a rendirles culto? —preguntó ella burlona.

—He venido a robar —dijo él.

Arha clavó los ojos en el rostro sombrío.

—¡Fanfarrón!

—Sabía que no sería fácil.

—¿Fácil? ¡Es imposible! Lo sabrías bien si no fueras un incrédulo. Los Sin Nombre velan por lo que les pertenece.

—Lo que yo busco no les pertenece.

—¡Te pertenece a ti, sin duda!

—Yo tengo derecho a reclamarlo.

—¿Qué eres tú entonces: un dios, un rey? —Lo miró de arriba abajo, tal como estaba: encadenado, sucio, exhausto.— ¡No eres más que un ladrón!

Él no respondió, pero la miró a los ojos.

—¡No tienes que mirarme! —dijo ella con voz estridente.

—Señora —dijo él—, no es mi intención ofenderte. Soy un extranjero, un intruso. No conozco vuestras costumbres ni sé cómo se ha de tratar a la Sacerdotisa de las Tumbas. Estoy a tu merced y pido perdón si te he ofendido.

Arha calló un momento y sintió que la sangre le subía a las mejillas, ardiente y turbulenta. Pero él ya no la miraba, y no la vio enrojecer. Obediente, había desviado los ojos oscuros.

Durante un rato nadie dijo nada. Las figuras pintadas todo alrededor los contemplaban con ojos tristes y ciegos. Arha había traído una jarra de piedra llena de agua. El hombre volvía los ojos una y otra vez hacia la jarra y al cabo ella dijo: —Bebe, si quieres.

Él se abalanzó sobre la jarra, y levantándola como si fuese una liviana copa de vino, bebió un larguísimo sorbo. Luego humedeció una punta de la túnica y se limpió lo mejor que pudo la mugre, los coágulos de sangre» y las telarañas de la cara y las manos. Cuando concluyó, tenía mejor aspecto, pero el aseo gatuno había puesto al descubierto las cicatrices de un lado de la cara: cicatrices antiguas, curadas hacía mucho, blancuzcas sobre la piel oscura, cuatro estrías paralelas desde el ojo hasta la mandíbula, como arañadas por las garras de una zarpa enorme.

—¿Qué es eso? —dijo ella—. Esa cicatriz.

Él no respondió en seguida.

—¿Un dragón? —dijo ella, burlándose. ¿Acaso no había bajado allí para escarnecer a su víctima, para atormentarlo, para demostrarle

el desamparo en que se encontraba?

—No, no es de dragón.

—Entonces ni siquiera eres señor de dragones.

—Sí —dijo él con cierta reticencia—, soy señor de dragones. Pero las cicatrices son de un tiempo anterior. Te dije que me había encontrado antes con las Potestades Tenebrosas, en otros lugares de la Tierra. Lo que ves en mi cara es la marca de alguien de la familia de los Sin Nombre. Pero ya no sin nombre, porque al fin supe cómo se llamaba.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo se llamaba?

—No te lo puedo revelar —dijo él y sonrió, aunque tenía una expresión grave.

—Ésas son necedades, disparates, sacrilegios. ¡Pero si son los Sin Nombre! No sabes de qué estás hablando…

—Lo sé, Sacerdotisa, y aún mejor que tú —dijo él, con una voz más profunda—. ¡Mírame otra vez! —Volvió la cabeza para que ella viera las cuatro marcas espantosas que le surcaban la mejilla.

—No te creo —dijo Arha, y la voz le tembló.

—Sacerdotisa —dijo él, despacio—, no tienes muchos años; sin duda no llevas mucho tiempo al servicio de los Tenebrosos.

—Pues sí. ¡Muchísimo tiempo! Soy la Primera Sacerdotisa, la Reencarnada. Sirvo a mis amos desde hace mil años y también los servía mil años antes. Soy la sierva y la voz y las manos de los Tenebrosos. ¡Y soy la venganza de quienes profanan las Tumbas y ven lo que no debe verse! Acaba con tus mentiras y tu jactancia, ¿no ves que si digo una palabra vendrá mi guardián y te cortará la cabeza? ¿O que si me voy y cierro esta puerta, nadie vendrá, jamás, y morirás aquí en la oscuridad, y aquellos a quienes sirvo devorarán tu carne y tu alma y sólo dejarán tus huesos, aquí en el polvo?

Él asintió en silencio.

Arha tartamudeó y, como no encontró nada más que decir, salió majestuosamente de la cámara y cerró con un estrepitoso portazo. ¡Que pensara que no volvería! ¡Que sufriera, allí a oscuras, que maldijera y temblara, y tratara de obrar sus inútiles e inmundos sortilegios!

Pero imaginó que en ese momento el hombre se estiraba para dormir, como ya lo había hecho junto a la puerta de hierro, apacible como un cordero en un prado bañado por el sol.

Escupió en la puerta cerrada, hizo una señal para conjurar la profanación, y casi corriendo se encaminó a la Cripta.

Se alejó bordeando el muro hacia la puerta-trampa del Palacio, rozando con los dedos los delicados planos y tracerías de la roca, que eran como un encaje petrificado, y de pronto tuvo el deseo de encender la linterna, de ver una vez más, tan sólo un instante, la

piedra cincelada por el tiempo, el maravilloso centelleo de los muros. Cerró los ojos con fuerza, y apretó el paso.

7. El Gran Tesoro

Nunca los diarios ritos y tareas le habían parecido tan numerosos, tan inútiles ni tan largos. Las niñas pequeñas, de caritas pálidas y aire furtivo, las turbulentas novicias, las sacerdotisas, frías y austeras en apariencia, pero cuyas vidas eran una secreta maraña de celos, miserias, mezquinas ambiciones y pasiones vanas; todas aquellas mujeres entre las que siempre había vivido y que eran para ella el mundo humano, le parecían ahora tan lastimosas como aburridas.

Pero ella, que servía a las grandes potestades, ella, la sacerdotisa de la Noche Implacable, estaba más allá de esas pequeñeces.

Ella no tenía que preocuparse por la agobiante mezquindad de la vida cotidiana, los días cuyo único placer era con frecuencia el de recibir una ración de lentejas con más grasa de cordero que la vecina… Ella estaba más allá de los días. Bajo tierra no había días. Allí había sólo noche, siempre.

Y en esa noche interminable, el prisionero: el hombre negro, el nigromante, encadenado por el hierro y enclaustrado en piedra, esperando a que ella fuese o no fuese, a que le llevara el agua y el pan y la vida, o bien el cuchillo y la jofaina del matarife y la muerte, según su capricho.

Sólo a Kossil le había hablado del hombre y Kossil no se lo había contado a nadie más. El hombre llevaba ya tres días y tres noches en la Cámara Pintada y Kossil no le preguntaba a Arha por él. Quizá lo daba por muerto y suponía que Arha habría encargado a Manan que llevara el cadáver a la Cámara de las Osamentas. No era muy de Kossil dar las cosas por supuesto pero Arha se decía que su silencio no tenía nada de extraño. Kossil quería guardar el secreto y detestaba hacer preguntas. Y además, Arha le había dicho que no se entrometiera. Kossil se limitaba a obedecer.

Sin embargo, si se daba al hombre por muerto, Arha no podía pedir comida para él. De modo que, salvo las manzanas y cebollas secas que hurtaba en la despensa de la Casa Grande, Arha apenas comía. Hacía que le enviaran la comida y la cena a la Casa Pequeña, pretextando que deseaba comer a solas, y por la noche bajaba todo, excepto la sopa, a la Cámara Pintada del Laberinto. Estaba habituada al ayuno, hasta durante cuatro días consecutivos, y no era para ella un problema. El hombre del Laberinto devoraba las magras porciones de pan, queso y alubias, como un sapo devora una mosca: de un solo bocado. Era evidente que hubiera comido cinco o seis veces más; sin embargo le daba las gracias con parsimonia como si él fuese el invitado y ella la anfitriona, sentados a una mesa, como las que se mencionaban en los cuentos sobre los festines del Palacio del Dios-

Rey, cubierta de carnes asadas, panes untados con mantequilla, y vino en copas de cristal. Era un hombre muy raro.

—¿Cómo son los Países del Interior?

Había llevado abajo un pequeño taburete de marfil, con patas plegadizas, para no tener que estar de pie mientras lo interrogaba, ni tampoco sentarse en el suelo, al mismo nivel.

—Bueno, hay muchas islas. Cuatro veces cuarenta, dicen, sólo en el Archipiélago, y además están los Confines; ningún hombre ha recorrido jamás todos los Confines ni ha contado todas las islas. Y todas son diferentes. Pero la más hermosa de todas tal vez sea Havnor, la gran isla del centro del mundo. En el corazón de Havnor, en una amplia bahía llena de embarcaciones, está la ciudad de Havnor. Las torres de la ciudad son de mármol blanco. Las casas de los príncipes y de los mercaderes tienen torres que se alzan por encima de las demás. Los techos son de tejas rojas, y los puentes sobre los canales están recubiertos de mosaicos, rojos, azules y verdes. Y las banderas de los príncipes, de todos los colores, ondean sobre las torres blancas. En la más alta de todas las torres está clavada, como un pináculo, la espada de Erreth-Akbé, apuntando al cielo. Cuando el sol sale en Havnor, primero se refleja en la espada y la hace centellear, y cuando se pone, la hoja brilla como el oro sobre el crepúsculo, durante un rato.

—¿Quién fue Erreth-Akbé? —preguntó Arha, con aire de burla.

El la miró en silencio, pero le sonrió. Luego dijo, como si se le ocurriera en ese momento: —Cierto que poco podéis saber aquí de él. Nada, quizá, aparte de que vino a los países kargos. ¿Y qué sabes tú de esa historia?

—Que perdió su vara de hechicero, su amuleto y sus poderes, lo mismo que tú —respondió ella—. Que escapó del Sumo Sacerdote y huyó hacia el Oeste, y que lo mataron los dragones. Pero si hubiese venido a las Tumbas, no habría habido necesidad de dragones.

—Es verdad —dijo el prisionero.

Arha no quería hablar más de Erreth-Akbé, presintiendo que el tema era peligroso. —Era señor de dragones, dicen. Y tú dices que también lo eres. Cuéntame: ¿qué es un señor de dragones?

El tono de Arha era siempre burlón; las respuestas del hombre, llanas y directas, como si creyera en la buena fe de las preguntas.

—Una persona con quien los dragones aceptan hablar —dijo—, eso es un señor de dragones, o al menos eso es lo que importa. No se trata de domar a los dragones, como cree la mayor parte de la gente. Los dragones no se dejan domar por nadie. Con un dragón, el problema es siempre el mismo: o habla contigo o te devora. Si puedes contar con que haga lo primero, y no lo segundo, entonces eres un señor de dragones.

—¿Hablan los dragones?

—¡Por supuesto que hablan! En la Lengua Antigua, la misma que nosotros los hombres aprendemos con tanta dificultad y usamos con tanta torpeza en nuestros hechizos de magia y de transformación. Ningún hombre conoce bien esa lengua, ni siquiera una décima parte. Aprenderla lleva demasiado tiempo. Pero los dragones viven mil años… Vale la pena hablar con ellos, como puedes suponer.

—¿Hay dragones aquí, en Atuan?

—No, desde hace muchos siglos, creo, ni en Ka-rego-At. Pero en vuestra isla más septentrional, Hur-at-Hur, se dice que aún quedan grandes dragones en las montañas. Los de los Países del Interior están ahora todos muy al Oeste, en el remoto Confín del Poniente, en islas donde no hay hombres y que muy pocos conocen. Cuando tienen hambre, llega a vérselos en los territorios del Este; pero eso no es frecuente. He visto la isla donde se reúnen para bailar juntos. Vuelan en círculos con alas enormes, yendo y viniendo, elevándose cada vez más sobre el mar de poniente, como un torbellino de hojas amarillas en el otoño.

Arrebatado por esta visión, el hombre miraba a través de las negras pinturas de las paredes, a través de los muros, la tierra, y las tinieblas, y veía el mar abierto, que se extendía hacia el ocaso, y los dragones dorados en el viento dorado.

—Mientes —dijo la joven con vehemencia—, son invenciones tuyas.

El la miró sorprendido. —¿Por qué habría de mentir, Arha?

—Para que yo me sienta como una tonta y estúpida y miedosa. Para hacerte pasar por sabio y valiente y poderoso, y señor de dragones, y esto y aquello y lo de más allá. Tú has visto bailar a los dragones, y las torres de Havnor, y lo sabes todo. Y yo no sé nada de nada y no he ido a ninguna parte. ¡Pero todo lo que sabes son mentiras! No eres nada más que un ladrón y un prisionero, y no tienes alma, y nunca volverás a salir de aquí. Qué importa que haya océanos y dragones y torres blancas y todo lo demás, porque nunca volverás a verlos, nunca verás nada, ni siquiera la luz del sol. Todo cuanto yo conozco es la oscuridad, la noche subterránea. Y eso es lo único que realmente existe. Eso es, al fin y al cabo, cuanto hay que conocer. El silencio y la oscuridad. Tú lo sabes todo, hechicero. Pero yo sé una cosa: ¡la única cosa que es cierta!

Él agachó la cabeza. Las manos largas y cobrizas le descansaban sobre las rodillas. Arha le miró las cicatrices de la cara. Había ido más lejos que ella en la oscuridad; conocía la muerte mejor que ella, incluso la muerte… Sintió que un arrebato de odio subía a ella y le apretaba la garganta. ¿Cómo podía estar allí tan desvalido y ser tan fuerte a la vez? ¿Por qué no podía vencerlo?

—Por eso te he dejado vivir —dijo de repente, sin ninguna

premeditación—. Quiero que me enseñes los trucos de los hechiceros. Mientras tengas algo que enseñarme seguirás con vida. Si no tienes nada que enseñarme, si tus artes no son más que bufonadas y mentiras, entonces acabaré contigo. ¿Has entendido?

—Sí.

—Muy bien. Adelante.

Él hundió un momento la cabeza entre las manos y cambió de postura. El ceñidor de hierro le impedía ponerse cómodo, a menos que se tendiera boca abajo.

Por último levantó la cara y habló con gran seriedad: —Escucha, Arha. Yo soy un Mago, lo que tú llamas un hechicero. Domino ciertas artes y poderes. Eso es verdad. También es verdad que aquí, en el Lugar de las Antiguas Potestades, mi fuerza es muy escasa y mis artes de poco sirven. Aunque podría obrar para ti sortilegios de ilusión y mostrarte toda suerte de maravillas. Es la parte más sencilla de la magia. He hecho sortilegios desde niño, y podría hacerlos aún aquí. Pero si crees en ellos, te aterrorizarán, y quizá quieras matarme si el miedo te enfurece. Y si no crees, no verás más que mentiras y bufonadas, como tú dices; y en ese caso también pierdo la vida. Y mi deseo y mi propósito, por el momento, es seguir vivo.

Esto la hizo reír, y dijo: —Oh, vivirás algún tiempo, ¿no te das cuenta? ¡Pareces tonto! Está bien, enséñame esas ilusiones. Sé que son artificios y no me asustarán. En verdad, tampoco me asustarían si fuesen reales. Pero empieza de una vez. Tu precioso pellejo está a salvo, al menos por esta noche.

Él se rió al oírla, como ella un momento antes. Se pasaban del uno al otro la vida de él como si jugasen con una pelota.

—¿Qué quieres que te muestre?

—¿Qué puedes mostrarme?

—Cualquier cosa.

—¡Cómo fanfarroneas!

—No —dijo él, visiblemente picado—. No fanfarroneo, por lo menos, no es mi intención.

—Muéstrame algo, algo que según tú merezca la pena. ¡Cualquier cosa!

Él inclinó la cabeza y se quedó mirándose las manos. No pasó nada. La vela de sebo de la linterna de Arha ardía con una luz tenue pero constante. Las imágenes de los muros, las negras figuras con alas de pájaro abatidas y ojos pintados en rojo y blanco se cernían amenazadoras sobre él y sobre ella. No se oía ningún ruido. Arha suspiró decepcionada y un tanto triste. Él era débil; hablaba de grandes cosas, pero no hacía nada. No era más que un mentiroso, ni siquiera un verdadero ladrón. —En fin —dijo, y se recogió las faldas para levantarse. La lana susurró de un modo raro al moverse. Arha se

miró y se irguió sobresaltada.

El pesado ropón negro que llevaba desde hacía años había desaparecido; tenía ahora un vestido de seda color turquesa, brillante y delicado como el cielo del atardecer, acampanado en las caderas. Y la falda estaba toda bordada con finos hilos de plata, aljófar y gemas de cristal, y relucía levemente como la lluvia de abril.

Miró al mago, sin habla.

—¿Te gusta?

—¿De dónde…?

—Es como el vestido de una princesa que vi en la Fiesta del Retorno del Sol, en el Palacio Nuevo de Havnor —dijo él, mirándola con satisfacción—. Dijiste que querías ver algo que mereciera la pena. Te muestro a ti misma.

—Haz… hazlo desaparecer.

—Tú me diste tu capa —dijo él en un tono de reproche—. ¿No puedo yo darte nada? Bueno, no te preocupes. Es pura ilusión; mira.

Se hubiera dicho que no había movido un dedo, y desde luego no pronunció una sola palabra; pero el esplendor azul de la seda desapareció, y Arha volvió a llevar el rústico vestido negro.

Permaneció un momento inmóvil y callada.

—¿Cómo puedo saber —dijo al fin— si eres lo que pareces?

—No puedes —dijo él—. Yo no sé lo que parezco a tus ojos.

Arha se quedó un momento pensativa. —Podrías embaucarme, para que yo te viera como…—Se interrumpió, porque él había levantado la mano y parecía señalar hacia arriba, con el mínimo esbozo de un gesto. Ella pensó que estaba urdiendo un sortilegio y retrocedió a toda prisa hacia la puerta; pero levantando los ojos descubrió en lo alto de la bóveda oscura un pequeño recuadro: la mirilla de la recámara del Templo de los Dioses Gemelos.

No entraba luz por la mirilla y Arha no vio ni oyó a nadie allí, pero él la miraba ahora con ojos interrogantes.

Estuvieron quietos y callados un tiempo.

—Tu magia es mera tontería, para embaucar niños —dijo ella con voz clara—. Supercherías y mentiras. Ya he visto bastante. Servirás de pasto a los Sin Nombre. Yo no volveré.

Recogió la linterna y salió, y corrió ruidosamente y a fondo los pasadores de hierro. Luego se quedó un momento al lado de la puerta, consternada. ¿Qué debía hacer?

¿Cuánto había visto u oído Kossil? ¿De qué habían hablado? No lo recordaba. Parecía que nunca le decía al prisionero lo que había pensado decirle. Él siempre la enredaba con aquellas historias de dragones y torres, dando nombre a los Sin Nombre, y mostrándole que quería vivir, y agradeciéndole la capa sobre la que estaba tendido. Él nunca decía lo que tenía que haber dicho. Ella ni siquiera le había

preguntado por el talismán que aún llevaba escondido en el pecho.

Mejor así, puesto que Kossil había estado escuchando.

Pero, ¿qué más daba, qué podía hacer Kossil? Sin embargo, desde el mismo momento que se lo preguntó, supo la respuesta. Nada más fácil de matar que un halcón enjaulado. Encadenado en aquella jaula de piedra, el hombre estaba indefenso. A la Sacerdotisa del Dios-Rey le bastaría mandar a su sirviente Duby a que lo estrangulase aquella misma noche; y si ella y Duby no conocían hasta ese extremo el Laberinto, bastaría con echar veneno en polvo por la mirilla de la Cámara Pintada. Kossil tenía cajas y redomas de sustancias nocivas; unas para envenenar los alimentos y el agua, y otras que emponzoñaban el aire y mataban a quien lo respirase demasiado tiempo. Y por la mañana el hombre estaría muerto. Nunca más habría una luz bajo las Tumbas.

Arha recorrió de prisa los estrechos pasadizos de ledra hasta la entrada de la Cripta, donde Manan la esperaba, acuclillado y paciente como un viejo sapo en la oscuridad. Las visitas de Arha al prisionero lo inquietaban. Ella no quería que la acompañase hasta el final y habían acordado que él la esperaría allí. Ahora le alegraba tenerlo a mano. En él, al menos, podía confiar.

—Manan, escucha. Irás a la Cámara Pintada, ahora mismo. Dile al hombre que lo llevas para enterrarlo vivo bajo las Tumbas. —Los ojillos de Manan se iluminaron.— Dilo en voz bien alta. Sácale la cadena y llévalo a… —Se interrumpió, porque aún no había decidido cuál sería el mejor escondite para el prisionero.

—A la Cripta —dijo Manan, impaciente.

—No, tonto. He dicho que lo digas, no que lo hagas. Espera…

¿Dónde estaría a salvo de Kossil y de los espías de Kossil? En ninguna parte, a no ser en los subterráneos más profundos, los lugares más sagrados y ocultos de los dominios de los Sin Nombre, adonde ni ella se atrevía a ir. Aunque ¿no se atrevería Kossil a casi cualquier cosa? Podía, sí, temer los lugares oscuros, pero se sobrepondría al miedo si fuera necesario. Era imposible saber hasta qué punto conocía ella el plano del Laberinto, por Thar, por la encarnación anterior de Arha, o incluso por las exploraciones secretas que ella misma podía haber llevado a cabo en otros tiempos. Arha sospechaba que Kossil sabía más de lo que aparentaba saber. Pero había un camino que ella sin duda no había descubierto, el secreto mejor guardado.

—Llevarás al hombre adonde yo te guíe, y lo harás a oscuras. Luego, cuando te traiga de vuelta aquí, cavarás una fosa en la Cripta y harás un ataúd, y lo meterás vacío en la fosa, y le echarás tierra encima, pero que se note, de modo que el que lo busque pueda encontrarlo. Una fosa profunda. ¿Entiendes?

—No —dijo Manan, terco y malhumorado—. Pequeña, esa farsa

no es sensata. No está bien. ¡No tendría que haber ningún hombre aquí! Nos caerá un castigo…

—Sí, ¡y a un viejo tonto le cortarán la lengua! ¿Te atreves a decirme a mí lo que es sensato? Yo obedezco las órdenes de las Potestades Tenebrosas. ¡Sígueme!

—Perdón, mi ama, perdón…

Regresaron a la Cámara Pintada. Arha esperó fuera, en el túnel, mientras Manan entraba y soltaba la cadena del aro del muro. Oyó que la voz profunda inquiría: «¿A dónde vamos ahora, Manan?», y que la voz de contralto respondía hoscamente: «Vamos a enterrarte vivo, ha dicho mi ama. Bajo las Piedras Sepulcrales. ¡Levántate!». Arha oyó que la pesada cadena restallaba como un látigo.

El prisionero salió. Llevaba dos brazos atados con el cinturón de cuero de Manan. Manan asomó detrás, como si sujetara un perro tirando de una corta traílla, sólo que el collar ceñía una cintura y la traílla era de hierro. El prisionero miró a Arha, pero ella sopló la bujía y, sin decir una palabra, se internó en la oscuridad. Pronto se movió con pasos lentos pero regulares como cada vez que andaba a oscuras por el Laberinto, tocando las paredes con las yemas de los dedos a ambos lados. Manan y el prisionero la seguían, mucho más torpes a causa de la trailla, tropezando y arrastrando los pies. Pero tenían que ir a oscuras, pues Arha no quería que ninguno de los dos aprendiese el camino.

Una vuelta a la izquierda después de la Cámara Pintada,.y dejar atrás una abertura, y tomar la siguiente a la derecha, y pasar de largo otra abertura a la derecha; luego un largo trecho curvo y un tramo de escaleras descendentes, largo, resbaladizo y demasiado estrecho para pies humanos normales. Arha nunca había ido más allá de esos escalones. Recordaba muy bien las instrucciones y aun el tono de la voz de Thar. Bajar los escalones (detrás de ella el prisionero tropezó en la oscuridad, y oyó que jadeaba y que Manan lo obligaba a levantarse, con un fuerte tirón de la cadena) y, al llegar abajo, girar en seguida a la izquierda. Continuar por la izquierda, pasar tres aberturas, luego la primera a la derecha y continuar por la derecha. Los túneles se alargaban en curvas y ángulos; no había ninguno recto. «Ahora tendrás que bordear el Pozo —decía la voz de Thar en la oscuridad de su propia mente—. Y el paso es muy estrecho.»

Aminoró el paso, y agachándose, avanzó tanteando el suelo con una mano adelantada. El pasadizo iba ahora en línea recta un largo trecho, dando una engañosa seguridad al transeúnte. De improviso la mano que seguía tocando y explorando la roca delante de ella, no encontró nada. Había un reborde de piedra, y más allá el vacío. Por la derecha, el muro del corredor se precipitaba a plomo en el pozo. A la izquierda había una cornisa, un bordillo no mucho mayor que la

palma de la mano.

—Hay un pozo. Poneos a la izquierda, pegados al muro, y caminad de costado, arrastrando los pies. No sueltes la cadena, Manan… ¿Estáis en la cornisa? Cada vez es más estrecha. No piséis con los talones. Bueno, ya he pasado el pozo. Dame la mano. Aquí…

El túnel corría ahora en cortos zigzagues y con muchas aberturas laterales; en algunas de ellas el sonido de las pisadas resonaba con ecos extraños, cavernosos; pero, había aún algo más extraño, una corriente de aire muy débil, una especie de succión. Aquellos pasadizos terminaban sin duda en un pozo semejante al que acababan de dejar atrás. Tal vez hubiera allí, en esta parte baja del Laberinto, una cavidad, una caverna mucho más profunda y vasta que la Cripta, un negro e inmenso vacío interior.

Pero por encima de ese abismo, a medida que se internaban en los túneles oscuros, los pasadizos se iban haciendo cada vez más estrechos y bajos, tanto que aun Arha tenía que encorvarse. ¿Es qué aquel camino no tendría fin?

El final llegó de repente: una puerta cerrada. Encorvada, pero caminando con más rapidez que de costumbre, Arha chocó contra la puerta, golpeándose la frente y las manos. Buscó a tientas la cerradura, luego la llavecita entre las que le colgaban del cinturón, la llave de plata que nunca había usado, la de la guarda en forma de dragón. La llave entró en la cerradura y giró. Arha abrió la puerta del Gran Tesoro de las Tumbas de Atuan. Un aire seco, acre y rancio brotó como un suspiro de la oscuridad.

—Manan, tú no puedes entrar aquí. Espera en la puerta.

—¿Él sí y yo no?

—Si entras en esta cámara, Manan, nunca saldrás. Es la ley para todos menos para mí. Ningún mortal ha salido con vida de esta cámara. ¿Quieres entrar?

—Esperaré afuera —dijo la voz melancólica en la negrura—. Ama, mi ama, no cierres la puerta…

El miedo de Manan acobardó a Arha, que dejó la puerta entornada. Y en verdad aquel lugar le parecía terrible y hosco, y además desconfiaba del prisionero, por muy maniatado que estuviese. Una vez dentro, encendió la luz. Las manos le temblaban. En aquella atmósfera cerrada y muerta la linterna tardó en encenderse. A la luz trémula y amarillenta de la llama, que después de la larga caminata nocturna parecía resplandeciente, la Cámara del Tesoro apareció alrededor, poblada de sombras movedizas.

Había seis grandes cofres, todos de piedra, todos cubiertos de fino polvo gris, como el moho del pan; nada más. Las paredes eran toscas, el techo bajo. Hacía frío, un frío profundo que parecía helar la sangre en las venas. No había telarañas, sólo polvo. Nada vivía allí,

absolutamente nada, ni siquiera las escasas arañas blancas del Laberinto. El polvo era espeso, muy espeso, y quizá cada partícula de polvo era un día transcurrido aquí, donde no había tiempo ni luz: días, meses, años, siglos trocados en polvo.

—Éste es el sitio que buscabas —dijo Arha, con voz firme—. Éste es el Gran Tesoro de las Tumbas. Has llegado al fin. Ahora nunca podrás abandonarlo.

El hombre no respondió. Parecía que ahora estuviese tranquilo, pero tenía en los ojos una expresión que turbó a Arha; una desolación, la mirada de quien se siente traicionado.

—Dijiste que querías seguir viviendo. Éste es el único sitio que conozco donde puedes seguir vivo. Kossil te mataría o me obligaría a matarte, Gavilán; Pero hasta aquí no puede alcanzarte.

Él seguía callado.

—De todos modos, nunca hubieras podido salir de las Tumbas. ¿No te das cuenta? Aquí pasa lo mismo. Pero al menos has llegado al… al término de tu viaje. Lo que buscabas está aquí.

El prisionero se sentó en uno de los grandes cofres. Estaba agotado. La cadena que arrastraba rechinó ásperamente contra la piedra. Miró alrededor los muros grises y las sombras; luego miró a Arha.

Ella apartó los ojos y observó los cofres de piedra. No sentía ningún deseo de abrirlos. Ni le interesaba ver qué maravillas se pudrían dentro.

—Aquí no hace falta que lleves la cadena. —Se acercó a él, soltó el ceñidor de hierro y desenganchó el cinturón de cuero de Manan que le sujetaba los brazos.— Tendré que echar el cerrojo, pero cuando venga me fiaré de ti. Ya sabes que no puedes salir, que no debes intentarlo. Yo soy la mano vengadora, cumplo la voluntad de los Sin Nombre, pero si los traiciono, si tú traicionas mi confianza, ellos mismos se vengarán. No intentes salir de esta cámara, atacándome o engañándome cuando venga. Tienes que confiar en mí.

—Haré lo que tú dices —dijo él con dulzura.

—Te traeré agua y comida, cuando pueda. No será mucho. Bastante agua, pero no demasiada comida, por ahora. También yo empiezo a tener hambre, ¿sabes? La suficiente para que sigas vivo. Es posible que no pueda venir en uno o dos días, o quizás más. Necesito despistar a Kossil. Pero vendré. Lo prometo. Aquí tienes el frasco. Economiza el agua, porque tardaré en volver. Pero volveré.

Él alzó el rostro y la miró con expresión extraña.

—Ten cuidado, Tenar —dijo.

8. Nombres

Guió a Manan a oscuras por los sinuosos pasadizos, y a oscuras lo dejó en la Cripta, cavando la fosa que probaría a Kossil que el ladrón al fin había sido castigado. Era tarde y fue directamente a la Casa Pequeña, a acostarse.

Despertó a media noche, acordándose de que había dejado el manto en la Cámara Pintada. En aquel sótano malsano él no tendría otro abrigo que la capa corta ni otro lecho que la piedra polvorienta. Una tumba fría, una tumba fría, se dijo con amargura; pero estaba demasiado cansada para acabar de despertar y pronto volvió a dormirse. Y empezó a soñar. Soñó con las almas de los muertos que poblaban los muros de la Cámara Pintada, esas figuras semejantes a grandes pájaros cubiertos de lodo, con manos y pies y rostros humanos, agazapados en el polvo de los lugares oscuros. No podían volar. Se alimentaban de barro y bebían polvo. Eran las almas de los devorados por los Sin Nombre, las almas de los que no renacen, de los pueblos antiguos y de los infieles. Estaban acurrucadas alrededor, entre las sombras, y de vez en cuando se oía entre ellas un graznido o un chirrido. Una de aquellas figuras se le acercaba mucho y ella se asustaba, y trataba de alejarse, y no se podía mover. La figura tenía cabellos clorados, pero la cara no era humana, sino de pájaro, y decía con voz de mujer: «Tenar», tierna y cariñosamente, «Tenar».

Despertó. Tenía la boca tapada con barro. Estaba enterrada en una tumba de piedra. La mortaja le sujetaba los brazos y las piernas; no podía moverse ni hablar.

La desesperación creció entonces dentro de ella, hasta que al fin el pecho no resistió y estalló en pedazos; y la desesperación se abrió paso entre las piedras como un pájaro de fuego e irrumpió a la luz del día: la pálida luz de la alcoba sin ventanas.

Realmente despierta ahora, sé incorporó, extenuada por los sueños de la noche, y desconcertada. Se vistió y fue a la cisterna del patio amurallado de la Casa Pequeña. Metió los brazos y la cara, la cabeza entera, en el agua helada hasta que tiritó de frío y sintió que la sangre le corría por el cuerpo. Luego, echándose a la espalda los cabellos mojados, se irguió y contempló el cielo de la mañana.

No hacía mucho que había amanecido. Era un hermoso día de invierno. El cielo estaba amarillento, muy claro. Arriba, tan alto que reflejaba la luz del sol y resplandecía como una brizna de oro, un pájaro volaba en círculos, un halcón o un águila del desierto.

—Soy Tenar —dijo sin alzar la voz, y se estremeció de frío, de pánico y de júbilo bajo el cielo abierto bañado por el sol—. He recuperado mi nombre. ¡Soy Tenar!

La brizna de oro voló hacia el oeste, hacia las montañas, y desapareció. El sol naciente doraba los aleros de la Casa Pequeña. Abajo, en los apriscos, tintineaban los cencerros de las ovejas. De las chimeneas de la cocina brotaba un humo que olía a leña quemada y a potaje de trigo sarraceno.

—Qué hambre tengo… ¿Y cómo lo supo? ¿Cómo supo mi nombre?… He de ir a comer, qué hambre tengo…

Se subió la capucha y corrió a desayunar.

Después de tres días de medio ayuno, la comida le cayó bien, le dio firmeza y tranquilidad; ya no se sentía tan perdida, insegura y atemorizada. Sabía cómo enfrentaría a Kossil, después del desayuno.

Se acercó a la figura alta y corpulenta cuando salía del refectorio de la Casa Grande, y dijo en voz baja: —He acabado con el ladrón… ¡Qué día tan espléndido!

Bajo la capucha negra, los fríos ojos grises la miraron de soslayo.

—Yo creía que la Sacerdotisa debía abstenerse de comer durante tres días después de un sacrificio humano…

Era verdad. Arha estaba sorprendida, lo había olvidado.

—Todavía no está muerto —dijo al fin, tratando de imitar la fácil indiferencia de un momento antes—. Está enterrado vivo. Bajo las Tumbas. En un ataúd. Recibirá un poco de aire; el ataúd no es hermético, es de madera. Será una agonía muy lenta. Cuando sepa que ha muerto, iniciaré el ayuno.

—¿Cómo lo sabréis?

Confundida, Arha volvió a titubear. —Lo sabré. Los… Mis Amos me lo dirán.

—Ya veo. ¿Dónde está la fosa?

—En la Cripta. Le dije a Manan que la cavase debajo de la Piedra Lisa. —No tenía que responder con tanta precipitación ni en aquel tono apaciguador y balbuceante. Tenía que mantenerse digna ante Kossil.

—¿Vivo en un ataúd de madera? Es un procedimiento arriesgado con un hechicero, mi señora. ¿Tomasteis la precaución de amordazarlo para que no pueda pronunciar sus conjuros? ¿Y de atarle las manos? De nada sirve cortarle la lengua, pues le basta mover un dedo para echar maleficios.

—La hechicería de ese hombre no es nada, puras triquiñuelas —dijo la muchacha, levantando la voz—. Está enterrado y mis Amos lo reclaman. ¡Y el resto no es de tu incumbencia, sacerdotisa!

Esta vez había ido demasiado lejos. Otros podían oírla: Penta y un par de las otras muchachas. Duby y la sacerdotisa Mebbeth estaban también cerca. Las muchachas eran todo oídos y Kossil lo sabía.

—Todo cuanto aquí acontece es de mi incumbencia, mi señora. Todo cuanto acontece en este reino es de la incumbencia del Dios-Rey,

el Hombre Inmortal, de quien soy servidora. Hasta en los lugares subterráneos y en los corazones de los hombres penetra y escudriña la mirada del Dios-Rey, y nadie puede prohibirle entrar.

—Yo puedo. En las Tumbas nadie entra si los Sin Nombre lo prohíben. Son anteriores a tu Dios-Rey y le sobrevivirán. Habla de ellos con mesura, sacerdotisa. No atraigas sobre ti su venganza. Penetrarán en tus sueños, entrarán en los recovecos oscuros de tu mente, y te volverás loca.

Los ojos de Arha echaban llamas. La cara de Kossil estaba escondida, embozada en la capucha negra. Penta y las demás observaban la escena, aterrorizadas y fascinadas.

—Son viejos —dijo Kossil, con un hilo de voz sibilante que brotó de los abismos de la capucha—. Son viejos. Nadie les rinde culto, salvo en este lugar. Han perdido el poder. No son más que sombras. Ya no tienen ningún poder. No pretendas asustarme, Devorada. Tú eres la Primera Sacerdotisa. ¿No significará eso que eres también la última? A mí no puedes engañarme. Veo en tu corazón. La oscuridad no me oculta nada. ¡Ten cuidado, Arha!

Dio media vuelta y se alejó, con pasos lentos y deliberados, aplastando bajo las sandalias los hierbajos relucientes de escarcha, hacia el edificio de columnas blancas, el Templo del Dios-Rey.

La muchacha, menuda y oscura, se quedó como petrificada en el patio delantero de la Casa Grande. Nadie ni nada se movía, sólo Kossil, en el vasto panorama del patio y el Templo, la Colina, la llanura desértica y las montañas.

—¡Que los Tenebrosos devoren tu alma, Kossil! —gritó con una voz que sonó como el graznido de un halcón; y con el brazo en alto y la mano extendida y rígida, lanzó la maldición hacia las anchas espaldas de la sacerdotisa en el instante en que ésta posaba el pie en las gradas del templo. Kossil vaciló, pero no se detuvo ni volvió la cabeza. Siguió andando y cruzó el umbral del Templo del Dios-Rey.

Arha pasó el día sentada en el escalón más bajo del Trono Vacío. No se atrevía a entrar en el Laberinto ni deseaba la compañía de las otras sacerdotisas; una languidez la agobiaba y la retuvo allí, hora tras hora, en la fría penumbra del gran salón. Miraba fijamente las hileras dobles de gruesas columnas descoloridas que se perdían en las tinieblas del lejano fondo de la sala, y los rasgados rayos de luz que se filtraban por las grietas del techo, y las espesas volutas que se elevaban del carbón de leña que ardía en el trípode de bronce junto al Trono. Hacía figuras con huesecillos de rata sobre las gradas de mármol, e inclinaba la cabeza, pensando, pero sintiéndose embotada. «¿Quién soy yo?», se preguntaba una y otra vez.

Manan se acercó arrastrando los pies entre la doble hilera de columnas. Ya la luz se había retirado de las sombras del salón, y hacía

mucho frío. La cara de bollo de Manan tenía una expresión muy triste. Se detuvo a unos pocos metros, con las manazas colgando a los costados; el ruedo desgarrado de la capa le rozaba los talones.

—Pequeña…

—¿Qué hay, Manan? —Arha lo miró con afecto, fatigada.

—Pequeña, déjame que haga lo que dijiste… lo que dijiste que estaba hecho. El hombre tiene que morir, pequeña. Te ha embrujado. Y ella se vengará. Porque es vieja y cruel, y tú eres demasiado joven. No tienes bastante fuerza.

—Ella no puede hacerme daño.

—Si te mata, aunque lo haga delante de todos, a la luz del día, nadie en todo el Imperio se atreverá a castigarla. Es la Suma Sacerdotisa del Dios-Rey, y el Dios-Rey está por encima de todo. Pero no te matará a la luz del día. Lo hará a escondidas, con veneno, por la noche.

—En ese caso, volveré a nacer.

Manan se estrujaba las manazas. —Tal vez no te mate —murmuró.

—¿Qué quieres decir?

—Podría encerrarte en alguna cámara del… abajo… Como tú has hecho con el hombre. Y quizá vivirías años y años. Años… Y no nacería ninguna nueva Sacerdotisa, porque tú no habrías muerto. Ya no habría Sacerdotisa de las Tumbas, ni danzas de la oscuridad de la luna, ni se celebrarían sacrificios, ni se derramaría sangre, y el culto de los Tenebrosos caería para siempre en el olvido. A ella y a su Señor les gustaría que fuese así.

—Ellos me liberarían, Manan.

—No mientras estén enojados contigo, pequeña —murmuró Manan.

—¿Enojados?

—Por el hombre… Por el sacrilegio no expiado. ¡Ay pequeña, pequeña! ¡Ellos no perdonan!

Arha estaba sentada en el polvo del escalón más bajo, con la cabeza inclinada hacia adelante. Miraba una cosa diminuta que tenía en la palma de la mano, el cráneo de una rata. Los búhos de las vigas sobre el Trono se revolvieron un momento; empezaba a caer la noche.

—No bajes hoy al Laberinto —dijo Manan en voz muy queda—. Ve a tu casa y duerme. Por la mañana ve a ver a Kossil y dile que retiras la maldición. Eso bastará. Y no tendrás que preocuparte. Yo le enseñaré la prueba.

—¿La prueba?

—De que el hechicero ha muerto. Ella callaba, inmóvil. Cerró lentamente la mano el frágil cráneo crujió y se rompió. Cuando abrió mano, no quedaban más que esquirlas de hueso y polvo.

—No —dijo. Se sacudió el polvo de la mano.

—Tiene que morir. Te ha echado un maleficio. ¡Estás perdida, Arha!

—No me ha echado ningún maleficio. Eres un viejo cobarde, Manan. Las mujeres viejas te dan miedo. ¿Cómo piensas llegar hasta él y conseguir tu «prueba»? ¿Conoces el camino del Gran Tesoro, que anoche recorriste a oscuras? ¿Podrás contar los recodos y llegar a la escalera, y de allí al pozo, y luego a la puerta? ¿Sabrás abrir esa puerta?… ¡Manan, pobre Manan, has perdido el seso! Kossil te ha atemorizado. Vete a la Casa Pequeña, ahora, y duerme y olvida todas estas cosas. No me molestes más hablándome de la muerte… Yo iré más tarde. Ve, ve, viejo tonto, pedazo de alcornoque. —Se había levantado y apoyaba la mano en el ancho pecho de Manan, palmeándolo y empujándolo para que se fuera.— Buenas noches. ¡Buenas noches!

De mala gana, agobiado por sombríos presentimientos, pero obediente, Manan dio media vuelta y se alejó entre las columnas y bajo el techo ruinoso del gran salón. Ella lo siguió con la mirada.

Arha esperó a que Manan se alejara y luego dio media vuelta, bordeó el estrado del Trono, y desapareció en la oscuridad de detrás.

9. El Anillo de Erreth-Akbé

En el Gran Tesoro de las Tumbas de Aman, el tiempo no pasaba. Ni luz, ni vida, ni el más imperceptible movimiento de una araña en el polvo ni de un gusano en la tierra fría. Sólo piedra y oscuridad, y el tiempo que no pasaba.

Sobre la tapa de un gran cofre de piedra, tendido de espaldas como la figura esculpida de un sepulcro, yacía el ladrón de los Países del Interior. El polvo que él mismo había levantado alrededor le cubría ahora las ropas. Ya no se movía.

Rechinó el cerrojo. Se abrió la puerta. La luz desgarró la oscuridad inerte, y una corriente fresca removió el aire estancado. El hombre no se movió.

Arha cerró la puerta, echó los cerrojos por dentro, depositó la linterna sobre un cofre y se aproximó lentamente a la figura inmóvil. Avanzaba con timidez, los ojos muy abiertos y las pupilas todavía dilatadas luego del largo viaje por la oscuridad.

—¡Gavilán!

Le tocó el hombro y lo llamó otra vez, y otra vez más. Entonces él se estremeció y gimió. Al fin se incorporó, con el rostro exangüe y los ojos en blanco. La miró sin reconocerla.

—Soy yo, Arha… Tenar. Te he traído agua. Toma, bebe.

El buscó el frasco con manos torpes, como dormidas; bebió, pero sin avidez.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —preguntó hablando con dificultad.

—Han pasado dos días desde que te traje aquí. Esta es la tercera noche. No he podido venir antes. Tuve que robar la comida… Aquí la tienes…—Sacó de la bolsa que había traído unas hogazas grises y planas, pero él sacudió la cabeza.

—No tengo hambre. Este… este sitio es mortal.

—Se tomó la cabeza entre las manos y permaneció inmóvil.

—¿Tienes frío? He traído la capa de la Cámara Pintada.

Él no respondió.

Ella puso la capa en el suelo y se quedó mirándolo. Temblaba un poco y tenía aún los ojos muy abiertos y las pupilas dilatadas.

De improviso cayó de rodillas, se dobló hacia adelante, y rompió a llorar, con sollozos profundos que le sacudían el cuerpo, pero sin lágrimas.

Él se movió tiesamente, bajó del cofre y se inclinó sobre ella. —Tenar…

—No soy Tenar. No soy Arha. Los dioses han muerto, los dioses han muerto.

Él puso las manos sobre la cabeza de ella y retiró la capucha. Comenzó a hablar. La voz era dulce y las palabras no pertenecían a ninguna lengua que ella hubiese oído. El sonido de las palabras le llegaba al corazón como gotas de lluvia. Trató de calmarse, y escuchó.

Cuando dejó de llorar, él la alzó en vilo como si fuera una niña y la sentó sobre el cofre donde él había estado tendido. Puso una mano sobré las de ella.

—¿Por qué lloras, Tenar?

—Te lo diré. Poco importa lo que te diga. Tú no puedes hacer nada. No puedes ayudarme. Tú también te estás muriendo, ¿verdad que sí? Pero eso no importa. Nada importa. Kossil, la Sacerdotisa del Dios-Rey, siempre ha sido cruel, quiere que te mate. Como maté a los otros. Y yo no quiero. ¿Qué derecho tiene ella? Y ha desafiado a los Sin Nombre y se ha burlado de ellos, y yo le he echado una maldición. Y desde entonces le tengo miedo, porque es cierto lo que dice Manan: ella no cree en los dioses. Quiere que sean olvidados y me matará mientras duermo. Así que no duermo. No he vuelto a la Casa Pequeña. Anoche estuve hasta el amanecer en el Palacio del Trono, en uno de los desvanes donde se guardan los trajes de las danzas. Antes del alba fui a la Casa Grande y robé un poco de comida en la cocina; y luego volví al Palacio y allí he pasado el día entero, pensando en lo que tendría que hacer. Y esta noche… esta noche estaba tan cansada… Se me ocurrió ir a dormir en los lugares sagrados, suponiendo que ella tendría miedo de venir aquí. Entonces bajé a la Cripta. La gran caverna donde te vi la primera vez. Y… y ella estaba allí. Habrá entrado por la puerta de las piedras rojas. Estaba allí con una linterna. Junto a la fosa que cavó Manan, a ver si había un cadáver. Escarbando como una rata en un cementerio, una gran rata gorda y negra, con la luz encendida en el Lugar Sagrado, el lugar oscuro. Y los Sin Nombre no hicieron nada. No la mataron ni la enloquecieron. Son viejos, como dice ella. Están muertos. Han desaparecido para siempre. Y yo ya no soy una sacerdotisa.

El hombre escuchaba, sin soltarle la mano, con la cabeza vuelta hacia ella. Parecía haberse recuperado en alguna medida, tanto por el porte como por la cara, aunque las cicatrices de la mejilla tenían un color lívido, y el polvo le cubría aún las ropas y los cabellos.

—Atravesé la Cripta y pasé junto a ella. La bujía daba más sombras que luz, y no me oyó. Yo quería internarme en el Laberinto y alejarme de allí. Pero poco después creí oír que ella me seguía. Corrí por los pasadizos siempre con la impresión de oír a alguien que venía detrás de mí. Y yo no sabía hacia dónde encaminarme. Al fin se me ocurrió que aquí estaría a salvo, que mis Amos me protegerían y defenderían. Pero no fue así, han desaparecido, están muertos…

—¿Por eso llorabas, porque han muerto? ¡Pero si están aquí,

Tenar, aquí!

—¿Cómo lo sabes? —dijo ella, distraídamente.

—Porque a cada instante, desde que puse el pie en la caverna bajo las Piedras Sepulcrales, he estado intentando no perturbarlos, que no adviertan que estoy aquí. He tenido que recurrir a todo mi saber, he consumido todas mis fuerzas. He llenado estos túneles con una red interminable de sortilegios, sortilegios de sueño, de quietud, de ocultamiento, y sin embargo se dan cuenta de que estoy aquí, se dan cuenta a medias; a medias dormidos y a medias despiertos. Pero aun así, casi agotado, sigo luchando contra ellos. Este lugar es en verdad terrible. Un hombre solo, aquí, no tiene la menor esperanza. Yo me estaba muriendo de sed cuando tú me diste de beber, pero no fue sólo el agua lo que me salvó. Fue la energía de las manos que me la daban. —Y al decir esto, volvió la mano de la muchacha sobre la suya y la estudió un momento; luego se apartó, anduvo unos pasos por la cámara y se detuvo de nuevo frente a ella, que no decía nada.

—¿Has pensado en serio que habían muerto? En el fondo sabes que no. Ellos no mueren. Son oscuros e inmortales, y odian la luz: la luz efímera y brillante de nuestra mortalidad. Son inmortales, pero no dioses. Jamás lo han sido. No son dignos de la devoción de un alma humana.

Ella escuchaba con ojos de sueño y la mirada fija en la llama vacilante de la linterna.

—¿Te han dado algo alguna vez, Tenar?

—Nunca —murmuró ella.

—No tienen nada que dar. No tienen el poder de hacer cosas. Sólo tienen poder para oscurecer y destruir. No pueden abandonar este sitio; son este sitio y habría que dejárselo a ellos. No hay que negarlos ni olvidarlos, pero tampoco hay que adorarlos. La Tierra es bella, y luminosa, y buena. Pero eso no es todo. La Tierra es también terrible, y oscura, y cruel. El conejo chilla cuando muere en la pradera. Las montañas crispan sus grandes manos colmadas de fuegos escondidos. Hay tiburones en el mar y crueldad en los ojos de los hombres. Y allí donde los hombres adoran estas cosas y se rebajan ante ellas, allí se incuba el mal; allí, en los sitios en donde se congregan las tinieblas, sitios abandonados por entero a quienes llamamos los Sin Nombre, las antiguas potestades sagradas de la Tierra anteriores a la Luz, las potestades de la oscuridad, la destrucción, la locura… Yo creo que han enloquecido a tu sacerdotisa Kossil hace mucho tiempo; creo que ella ha merodeado por estas cavernas como merodea por el Laberinto de su propia alma, y ahora ya nunca podrá ver la luz del día. Ella te dice que los Sin Nombre han muerto. Sólo un alma extraviada, perdida para la verdad, podría decirlo. Los Sin Nombre existen. Pero no son tus Amos. Nunca lo fueron. Tú eres libre, Tenar. Te educaron para

esclava, pero has roto tus ataduras.

Ella lo escuchó, aunque siempre con la misma expresión.

El no dijo más. Hubo un largo silencio; pero no el mismo silencio que había habido en la Cámara antes que ella entrase. Ahora había allí dos criaturas que respiraban, y la vida se movía en sus venas, y la llama de la bujía ardía en la linterna de estaño con un sonido diminuto pero vivo.

—¿Cómo es que sabes mi nombre?

El recorría la cámara de arriba a abajo, revolviendo el polvo fino, estirando los brazos y los hombros para quitarse el frío que lo entumecía.

—Conocer los nombres es mi oficio. Mi arte. Para urdir la magia de una cosa, hay que descubrir su verdadero nombre. En mi país guardamos en secreto nuestro verdadero nombre toda la vida, para todos excepto aquellos en quienes confiamos plenamente; porque el nombre tiene un gran poder y un gran peligro. Hubo una época, al comienzo de los tiempos, cuando Segoy sacó las islas de Terramar de los abismos del mar, en que todas las cosas tenían su verdadero nombre. Y todo acto de magia, toda hechicería, depende aún del conocimiento, reaprendido o recordado, de esa lengua antigua y verdadera de la Creación. Es preciso aprender los encantamientos, desde luego, como usar las palabras; y también hay que conocer las consecuencias. Pero a lo que un mago consagra su vida es a descubrir los nombres de las cosas, y a descubrir cómo descubrir los nombres de las cosas.

—¿Cómo descubriste el mío?

Él la miró un momento, con una mirada clara y refunda, a través de las sombras que los separaban, y vaciló un instante. —Eso no puedo decírtelo. Tú eres como una linterna, envuelta y tapada, escondida en un lugar oscuro. Sin embargo la luz brilla; no han podido extinguirla. No han podido esconderte. Así como conozco la luz, como te conozco a ti, conozco tu nombre, Tenar. Ése es mi don, mi poder. No puedo decirte más. Pero dime tú: ¿qué harás ahora?

—No lo sé.

—Es posible que Kossil ya haya descubierto la fosa vacía. ¿Qué hará?

—No lo sé. Si vuelvo arriba, puede hacer que me maten. En una Sacerdotisa Suprema, la mentira se castiga con la muerte. Y esta vez Manan tendrá que cortarme de veras la cabeza, y no sólo levantar la espada y esperar a que la Figura Oscura la detenga. Pero esta vez no se detendrá. Caerá y me cortará la cabeza.

La voz de Arha era lenta y apagada. Él arrugó el ceño. —Si nos quedamos aquí mucho tiempo —dijo—, te volverás loca, Tenar. La ira de los Sin Nombre pesa sobre ti. Y sobre mí. Es mejor que estés aquí

ahora, mucho mejor. Pero has tardado en venir, y mientras tanto yo he consumido casi todas mis fuerzas. A solas nadie puede resistir mucho tiempo a los Tenebrosos. Son muy fuertes.

Calló. Había hablado con una voz débil y parecía haber perdido el hilo del discurso. Se pasó las manos por la cara y luego volvió a beber del frasco. Arrancó un pedazo de pan y se sentó en el cofre de enfrente.

Lo que él había dicho era verdad; Arha sentía un peso en el alma, una opresión que parecía oscurecerle y confundirle todos los pensamientos y sentimientos. Aunque ya no tenía miedo, como cuando había venido por los pasadizos. Sólo el silencio absoluto de fuera de la cámara era terrible. ¿Por qué? Antes nunca había temido el silencio subterráneo. Pero nunca antes había desobedecido a los Sin Nombre, nunca se había rebelado contra ellos.

Al fin estalló en una risa apagada y llorosa.

—Henos aquí, sentados sobre el tesoro más grande del Imperio —dijo—. El Dios-Rey cambiaría todas sus esposas por uno solo de estos cofres. Y nosotros ni siquiera hemos levantado una tapa para mirar.

—Yo sí —dijo Gavilán, masticando.

—¿En la oscuridad?

—Hice un poco de luz. La luz fatua. Me costó trabajo, aquí. Hasta con mi vara me hubiera costado trabajo; y sin la vara, era como querer encender un fuego bajo la lluvia. Pero al final lo conseguí. Y encontré lo que buscaba.

Ella levantó lentamente la cabeza y lo miró.

—¿El anillo?

—La mitad del anillo. La otra mitad la tienes tú.

—¿Yo? La otra mitad se perdió…

—Y se volvió a encontrar. Yo la llevaba colgada al cuello. Tú me la quitaste y me preguntaste si no podía procurarme un talismán mejor. El único talismán mejor que la mitad del Anillo de Erreth-Akbé sería el anillo entero. Pero, como dice la gente, más vale medio pan que nada de pan. Así que ahora tú tienes mi mitad y yo tengo la tuya. —Le sonrió entre las sombras de la tumba.

—Tú dijiste, cuando te la saqué, que yo no sabía cómo se usaba.

—Y era cierto.

—¿Y tú sabes?

Él asintió.

—Dime. Dime qué es el anillo, y cómo has dado con la mitad perdida, y cómo viniste aquí, y por qué. Necesito saber todo eso. Luego, quizá, sabré qué tengo que hacer.

—Quizá. Veamos. ¿Qué es el Anillo de Erreth-Akbé? Bueno, tú misma puedes ver que no tiene aspecto de joya, y ni siquiera es un anillo. Es demasiado grande. Un brazalete, tal vez, aunque demasiado

pequeño. Nadie sabe para quién fue forjado. Elfarran la Bella lo usó en un tiempo, antes de que la Isla de Solea desapareciera bajo el mar; y ya era antiguo entonces. Y al fin llegó a manos de Erreth-Akbé… El metal es plata templada y tiene perforados nueve agujeros. Hay un dibujo, como de olas, grabado por fuera, y nueve Runas de Poder en la cara interior. En la mitad que tú tienes hay cuatro runas y parte de otra, lo mismo que en la mía. La fractura partió ese signo por la mitad y lo destruyó. Desde entonces se llama la Runa Perdida. Las otras ocho son conocidas por los Magos: Pirr, la que protege de la locura, el viento y el fuego; Ges, la que da resistencia; y así sucesivamente. Pero la runa rota era la que unía las tierras. Era la Runa Unión, el signo del dominio, el signo de la paz. Ningún rey puede gobernar adecuadamente si no reina bajo ese signo. Pero nadie sabe cómo se escribe. Desde que se perdió, no ha habido grandes reyes en Havnor. Ha habido príncipes y tiranos, y guerras y querellas entre todos los países de Terramar.

»Por eso los señores sabios y los Magos del Archipiélago necesitaban el Anillo de Erreth-Akbé, para reconstruir la Runa Perdida. Pero al fin dejaron de mandar hombres en busca del anillo, ya que ninguno había podido rescatar la mitad que estaba en las Tumbas de Atuan, y la otra mitad, que Erreth-Akbé le diera a un rey kargo, se había perdido hacía muchísimo tiempo. Decidieron que buscarlo era inútil. Eso ocurrió hace muchos cientos de años.

»Y ahora verás cómo entro yo en esta historia. Cuando era un poco mayor que tú, estaba embarcado en una… persecución, en una especie de cacería marina. La presa que perseguía me burló y fui a naufragar a una isla desierta, no lejos de las costas de Karego-At y Atuan, al sur y al oeste de aquí. Era un islote pequeño, no mucho más que un banco de arena, con largas dunas herbosas en el centro, un manantial de agua salada, y nada más.

»Sin embargo, dos personas vivían allí. Un hombre y una mujer, viejos los dos; hermano y hermana, creo. Se aterrorizaron al verme. No habían visto otro rostro humano desde… ¿cuánto tiempo hacía? Años, decenas de años. Pero yo estaba en un apuro y me trataron bien. Habían levantado una choza, con maderos recogidos en la playa, y tenían un fuego. La anciana me daba de comer mejillones que arrancaba de las rocas aprovechando la marea, carne seca de las aves marinas que mataban a pedradas. Me tenía miedo, pero me daba de comer. Y como yo no hacía nada para atemorizarla, confió en mí y me enseñó su tesoro. Ella también tenía un tesoro… Era un pequeño vestido todo de seda y adornado con perlas. Un vestido de niña, un vestido de princesa. Y ella vestía pieles de foca sin curtir.

»No podíamos hablar. En aquel entonces yo no conocía la lengua karga, y ellos no hablaban ninguna de las lenguas del Archipiélago, y

bien poco de la propia. Sin duda los habían llevado allí de muy pequeños, para dejarlos morir. No sé por qué, y dudo que ellos lo supieran. No conocían ninguna otra cosa fuera de la isla, el viento y el mar. Pero cuando me fui, ella me hizo un regalo. Me dio la mitad perdida del Anillo de Erreth-Akbé.

Hizo una pausa.

—Yo no sabía qué era eso, no más que ella. El mayor regalo de esta época del mundo, y una pobre vieja sin luces, vestida con pieles de foca, se lo daba a un tonto patán que se lo echó al bolsillo, dijo «¡Gracias!», y sé hizo a la vela… Bueno, seguí mi viaje, e hice lo que tenía que hacer. Y luego ocurrieron otras cosas, y tuve que ir al Estrecho del Dragón, al Oeste y a otras partes. Pero siempre llevaba el regalo conmigo, pues recordaba con gratitud a aquella anciana que me había dado lo único que podía darme. Le pasé una cadena por uno de los agujeros y lo llevé colgado del cuello, aunque nunca pensaba en él. Luego, un día, llegué a Selidor, la Isla Terminal, la tierra donde Erreth-Akbé perdió la vida luchando con el dragón Orm. Allí en Selidor hablé con un dragón, que era del linaje de Orm. Y él fue quien me explicó lo que llevaba sobre el pecho.

»Le hizo mucha gracia que yo no lo supiera. Los dragones piensan que los hombres somos cómicos. Pero se acuerdan de Erreth-Akbé; hablan de él como si hubiera sido un dragón y no un hombre.

»Cuando regresé a las Islas Interiores, fui por fin a Havnor. Yo nací en Gont, no lejos de vuestras tierras kargas, y había viajado mucho, pero nunca había estado en Havnor. Ya era tiempo. Allí vi las torres blancas y hablé con grandes hombres, mercaderes y príncipes y señores de antiguos dominios. Les dije lo que tenía en mi poder. Les dije que si ellos querían yo mismo iría a buscar el resto del anillo a las Tumbas de Atuan, a fin de rehacer la Runa Perdida, la llave de la paz. Porque en el mundo necesitamos paz, desesperadamente. Me colmaron de alabanzas; y uno de ellos me dio dinero para que aprovisionara mi barco. Así que aprendí vuestra lengua y vine a Atuan. Calló, escrutando las sombras que tenía delante.

—Las gentes de nuestros pueblos, ¿no notaban que eres un occidental, por el color de tu piel, por tu lenguaje?

—Es fácil engañar a la gente —dijo él un tanto ensimismado— si conoces las triquiñuelas. Bastan unos cuantos cambios ilusorios y nadie que no sea otro Mago se dará cuenta. Y vosotros no tenéis hechiceros ni Magos, aquí, en los países kargos. Es muy extraño. Desterrasteis a todos vuestros hechiceros hace mucho tiempo, y prohibisteis el Arte de la Magia; y ahora apenas si creéis en ella.

—A mí me enseñaron a no creer. Es contrarió a las enseñanzas de los Sacerdotes-Reyes. Pero yo sé que sólo la hechicería pudo traerte a las Tumbas y permitirte entrar por la puerta roja.

—No sólo la hechicería, sino también los buenos consejos. Nosotros usamos la escritura más que vosotros, me parece. ¿Sabes leer?

—No. Es una de las artes negras.

Él asintió. —Pero es un arte útil. Un ladrón que en otra época falló en el intento dejó ciertas descripciones de las Tumbas de Atuan e instrucciones para entrar, si sabes valerte de alguno de los Grandes Sortilegios de Apertura. Todo esto estaba escrito en un libro que se conserva en el Tesoro de un príncipe de Havnor. Él me permitió leerlo. Así llegué hasta la gran caverna…

—La Cripta.

—El ladrón que describió la forma de entrar creía que el tesoro estaba allí, en la Cripta. Así que allí lo busqué, pero me parecía que tenía que estar mejor escondido, más adentro del Laberinto. Yo sabía cuál era la entrada del Laberinto, y hacia allí fui cuando te vi, con la intención de ocultarme y buscar lo que me interesaba. Fue un error, claro. Los Sin Nombre ya me habían atrapado y me confundieron. Desde entonces no he hecho más que debilitarme y entontecerme. No hay que someterse a ellos, hay que resistirse, mantenerse fuertes y firmes en todo momento. Eso lo aprendí hace mucho. Pero es difícil aquí, donde son tan poderosos. No son dioses, Tenar. Pero son más fuertes que cualquier hombre.

Los dos callaron durante un largo rato.

—¿Qué más has encontrado en los cofres del tesoro? —preguntó ella con voz sorda.

—Cosas de poco valor. Oro, joyas, coronas, espadas. Nada que ningún hombre vivo pueda reclamar… Dime, Tenar, ¿cómo te eligieron Sacerdotisa de las Tumbas?

—Cuando la Primera Sacerdotisa muere, recorren todo Atuan en busca de una niña que haya nacido esa misma noche. Y siempre encuentran alguna. Porque es la Sacerdotisa que ha renacido. Cuando la niña tiene cinco años, la traen aquí, al Lugar. Y cuando tiene seis, la ofrendan a los Tenebrosos y ellos le devoran el alma. Y por lo tanto les pertenece, como les ha pertenecido desde el comienzo de los tiempos. Y no tiene nombre.

—¿Tú crees eso?

—Lo he creído siempre.

—¿Lo crees ahora?

Ella no respondió.

Una vez más cayó sobre ellos un sombrío silencio. Mucho después ella dijo: —Hablame… hablame de los dragones del Poniente.

—Tenar, ¿qué vas a hacer? No podemos quedarnos aquí, contando cuentos hasta que la bujía se consuma y vuelvan las tinieblas.

—No sé qué hacer. Tengo miedo. —Sentada sobre el cofre de piedra, muy erecta, Arha se estrujaba las manos y hablaba en voz alta, como atormentada. Dijo:— Me da miedo la oscuridad.

Él respondió con dulzura: —Tienes que elegir. O me abandonas, cierras la puerta con cerrojo, vuelves a tus altares, me ofrendas a tus Amos, y vas a ver a la sacerdotisa Kossil y haces las paces con ella —y ése es el fin de la historia—, o bien abres la puerta y te vas de aquí, conmigo. Y dejas las Tumbas, dejas Aman, y te vienes conmigo allende los mares. Y éste es el comienzo de la historia. Serás Arha o serás Tenar. No puedes ser las dos al mismo tiempo.

La voz profunda era dulce y firme. Ella escrutó entre las sombras el rostro duro y marcado de cicatrices, pero en el que no había crueldad ni falsedad.

—Si abandono el servicio de los Tenebrosos, ellos me matarán. Si abandono este lugar, moriré.

—Tú no morirás. Arha morirá.

—Yo no…

—Para renacer hay que morir, Tenar. No es tan difícil como parece desde el otro lado.

—Ellos no nos dejarán salir. Jamás.

—Tal vez no. Sin embargo, vale la pena intentarlo. Tú conoces el terreno y yo tengo mis artes, y entre los dos…—No concluyó.

—Tenemos el Anillo de Erreth-Akbé.

—Sí, es cierto. Pero yo pensaba en otra cosa que hay entre nosotros. Llamémosle confianza… Es algo muy grande. Y aunque nosotros seamos débiles, teniendo eso somos fuertes, más fuertes que las Potestades de las Tinieblas. —Los ojos le brillaban, claros, en la cara estropeada.— ¡Escucha, Tenar! —dijo—. Yo vine aquí como un ladrón, un enemigo, armado contra ti; y tú fuiste misericordiosa y confiaste en mí. Y yo he confiado en ti desde que vi tu rostro por primera vez, apenas un instante, en la caverna de debajo de las Tumbas, tan hermoso en la oscuridad. Tú me has probado tu confianza. Yo no te he dado nada a cambio. Te daré lo que tengo que dar. Mi nombre verdadero es Ged. Y tú guardarás esto. —Se había levantado y le tendió medio aro de plata, perforado y grabado.— Que el anillo se recomponga —dijo.

Ella tomó el medio aro. Se quitó del cuello la cadena de plata donde estaba ensartada la otra mitad, y la desenganchó. Puso las dos mitades sobre la palma de la mano, juntando los bordes truncados, y el anillo parecía entero.

No alzó la cabeza.

—Iré contigo —dijo.

10. La cólera de las tinieblas

Cuando ella dijo esas palabras, el hombre llamado Ged le tocó la mano que sostenía el talismán roto. Ella alzó los ojos, sobresaltada, y vio el rostro de Ged, radiante de vida y de triunfo. Se sintió turbada y tuvo miedo.

—Tú nos has liberado a los dos —dijo el hombre—. Solo, nadie conquista la libertad. ¡Ven, no perdamos tiempo mientras aún lo tenemos! Muéstramelo otra vez; —Ella había cerrado los dedos; los abrió y los trozos de plata aparecieron en la palma, los bordes rotos tocándose.

Él no los tomó; les puso los dedos encima. Pronunció dos o tres palabras y un sudor repentino le bañó el rostro. Ella sintió un raro cosquilleo en la palma de la mano, como si un animalito que dormía allí se hubiese movido. Él suspiró, aliviado, y se enjugó la frente.

—Ya está —dijo, y tomando el Anillo de Erreth-Akbé lo pasó alrededor de los dedos de la mano derecha de la joven y lo empujó á lo largo de la palma,.hasta la muñeca—. ¡Ya está! —y lo contempló con satisfacción—. Justo para ti. Tiene que ser un brazalete de mujer o de niña.

—¿Resistirá? —murmuró ella, aprensiva, sintiendo el contacto frío y delicado del aro de plata en el brazo delgado.

—Resistirá. No podía imponer un mero sortilegio de remiendo sobre el Anillo de Erreth-Akbé, como la bruja de aldea que repara un caldero. He tenido que emplear un sortilegio de Forma, para que quede de una pieza. Ahora está intacto, como si nunca se hubiese roto. Tenar, tenemos que irnos. Yo llevaré el frasco y la bolsa. Ponte la capa. ¿Hay algo más?

Mientras ella tanteaba la cerradura, para abrir la puerta, él dijo: —Me gustaría tener mi vara —y ella respondió, siempre en un susurro —: Está detrás de la puerta. La he traído.

—¿Por qué la has traído? —preguntó él con curiosidad.

—Pensaba… guiarte hasta la puerta. Dejarte ir.

—Eso no hubiera sido posible. Tenías que retenerme como un esclavo, y ser tú misma una esclava; o dejarme libre e irte conmigo, libre tú también. Vamos, pequeña, ten valor y abre la puerta.

Tenar metió en la cerradura la llave en forma de dragón y abrió la puerta que daba al corredor bajo y negro… Salió del Tesoro de las Tumbas con el Anillo de Erreth-Akbé en la muñeca y el hombre la siguió.

Hubo una vibración sorda, no un verdadero ruido, en la roca de los muros, el suelo y la bóveda. Parecía un trueno remoto, como si algo inmenso se derrumbara en la lejanía.

El terror le erizó los cabellos, y sin detenerse a reflexionar, apagó de un soplo la vela de la linterna de estaño. Oyó al hombre que se movía detrás de ella y que le decía en voz baja, desde tan cerca que ella sentía la respiración de él en los cabellos: —Deja la linterna. Puedo hacer luz, si es necesario. ¿Qué hora es, afuera?

—Era muy pasada la medianoche cuando vine.

—Entonces tenemos que darnos prisa.

Pero no se movió. Ella comprendió que tenía que guiarlo. Sólo ella sabía cómo salir del Laberinto, y él esperaba para seguirla. Se puso rápidamente en marcha, aunque encorvada porque el túnel era muy bajo. De los cruces invisibles de los pasadizos llegaba un aire frío y penetrante, el olor rancio y sin vida de la inmensa oquedad que había debajo de ellos. Cuando el pasaje se hizo un poco más alto y ella pudo enderezarse, avanzó más despacio, contando los pasos a medida que se acercaban al pozo. Ágilmente, y atento a todos sus movimientos, él la seguía de cerca. Al fin ella se detuvo, y él también.

—Estamos en el pozo —susurró ella—. No encuentro la cornisa. Sí, aquí. Ten cuidado, me parece que las piedras se están desprendiendo… No, no, espera… están sueltas… —Retrocedió de un salto en el,momento en que las piedras cedían bajo sus pies. Él la tomó por el brazo y la sostuvo.— La cornisa no es segura, las piedras están desprendiéndose.

—Haré un poco de luz y les echaremos un vistazo. Quizá pueda repararlas con la palabra apropiada. Todo va bien, pequeña.

Qué curioso, pensó ella, que la llamase como siempre la había llamado Manan. Y en el momento que él encendía una luz muy tenue en el extremo de la vara, como la llama pálida con que arde la madera podrida, o como una estrella entre la niebla, y se adelantaba al estrecho reborde del abismo negro, ella alcanzó a ver un bulto en la oscuridad, más allá de él, y reconoció la silueta de Manan. Pero la voz se le quedó en la garganta, como estrangulada, y no pudo gritar.

Y cuando Manan extendía el brazo para empujarlo y lanzarlo al abismo, Ged alzó los ojos y lo vio, y con un grito de sorpresa o de rabia lo golpeó con la vara. Junto con el grito, la luz resplandeció, blanca e intolerable en la cara del eunuco. Manan levantó una de sus manazas para protegerse los ojos, manoteó desesperadamente para agarrarse de Ged, perdió pie, y cayó.

No gritó mientras caía. Ni el más leve sonido subió desde el abismo negro, ni el golpe del cuerpo contra el fondo, ni los estertores de la muerte. Peligrosamente pegados a la cornisa, de rodillas y como petrificados en el reborde, Ged y Tenar no se movieron: escuchaban y no oían nada.

La luz era un halo ceniciento, apenas visible.

—¡Ven! —dijo Ged, tendiéndole la mano; ella la tomó y con tres

audaces pasos él la llevó al otro lado de la cornisa. Apagó la luz. Ella se adelantó otra vez. Estaba muy aturdida y no pensaba en nada. Sólo al cabo de un rato se preguntó: *¿Es a la derecha, o a la izquierda?*

Se detuvo.

A pocos pasos detrás de ella, él dijo con dulzura:

—¿Qué pasa?

—Me he perdido. Haz luz.

—¿Te has perdido?

—He… he perdido la cuenta de los recodos.

—Yo los he contado —dijo él, acercándose—. Un recodo a la izquierda, después del pozo; luego a la derecha, y otra vez a la derecha.

—Entonces el próximo será de nuevo a la derecha —dijo ella automáticamente, pero no se movió—. Haz luz.

—La luz no nos mostrará el camino, Tenar.

—Nada lo mostrará. Lo hemos perdido. Estamos perdidos.

Un silencio de muerte se cerró sobre el susurro de Tenar, lo devoró.

En medio de la fría oscuridad ella sentía cerca el movimiento y el calor del hombre. Él le buscó a tientas la mano. —Continúa, Tenar —dijo—. A la derecha, el próximo recodo.

—Haz un poco de luz —suplicó ella—. Estos túneles son tan retorcidos…

—No puedo. No puedo malgastar mis fuerzas. Tenar, ellos están… Ellos saben que hemos salido del Tesoro. Saben que hemos cruzado el pozo. Y ahora nos buscan, buscan nuestra voluntad, nuestro espíritu. Para aniquilarlo, para devorarlo. Ésa es la llama que he de mantener encendida. Con todas mis fuerzas. He de resistirme a ese poder; contigo. Con tu ayuda. Tenemos que seguir.

—No hay forma de salir —dijo ella, pero dio un paso adelante. Luego otro, vacilando, como si bajo cada pisada se abriera el negro vano del abismo, el vacío subterráneo. Sintió el contacto cálido y firme de la mano del hombre. Avanzaron.

Al cabo de un tiempo, que les pareció interminable, llegaron al tramo de escalera. Antes no había parecido tan empinada; los peldaños eran poco más que muescas resbaladizas en la roca. Pero subieron, y continuaron un poco más de prisa, porque ella sabía que el pasaje curvo se alargaba un trecho sin recodos laterales después de la escalera. Mientras tocaba con los dedos la pared de la izquierda para guiarse, encontró un hueco, una abertura. —Por aquí —musitó; pero él vaciló, cómo si algo en los movimientos de ella le hiciera dudar.

—No —bisbiseó ella, confundida—; no es éste, es el recodo siguiente a la izquierda. No sé. No recuerdo. No hay modo de salir.

—Vamos hacia la Cámara Pintada —dijo la voz serena en la

oscuridad—. ¿Cuál es el camino?

—El recodo siguiente a la izquierda.

Tenar se adelantó. Recorrieron la larga curva, dejando atrás un pasadizo falso, hasta la bifurcación de la derecha que llevaba a la Cámara Pintada.

—Todo recto —susurró Tenar, y ahora se desenvolvía mejor en la gran maraña a oscuras, pues reconocía los pasadizos que desembocaban en la puerta de hierro, y cuyas vueltas y revueltas había contado centenares de veces; el extraño peso que le oprimía la cabeza no llegaba a confundirla, siempre y cuando no tratara de pensar. Pero cada vez se acercaba más a aquella cosa que pesaba sobre ella y la oprimía; y sentía las piernas tan cansadas y torpes que gimió una o dos veces mientras trataba de moverlas. Y junto a ella, el hombre respiraba profundamente y retenía el aliento, una y otra vez, como quien hace un esfuerzo titánico. De cuando en cuando su voz rompía el silencio, brusca o sosegada, con una frase o parte de una frase. Así llegaron por fin a la puerta de hierro; aterrorizada de pronto, ella alargó la mano. La puerta estaba abierta.

—¡De prisa! —dijo, y tiró de Ged haciéndolo pasar. Luego, ya al otro lado, se detuvo—. ¿Por qué estaba abierta? —preguntó.

—Porque tus Amos necesitan de tus manos para cerrarla. —Estamos llegando a… —Le falló la voz.

—Al centro de la oscuridad. Lo sé. Pero estamos fuera del Laberinto. ¿Qué salidas tiene la Cripta?

—Sólo una. La puerta por donde entraste no se abre desde dentro. Hay que atravesar la caverna y subir por los pasadizos hasta una puerta-trampa que da a una recámara del Trono. En el Palacio del Trono.

—Entonces tenemos que tomar ese camino.

—Pero ella está allí —murmuró la muchacha—. En la Cripta. En la caverna. Cavando en la fosa vacía. No puedo encontrarme otra vez con ella, ¡no puedo!

—Ya se habrá marchado.

—No puedo ir allí.

—Tenar, en este momento estoy sosteniendo el techo por encima de nuestras cabezas, impidiendo que los muros se cierren sobre nosotros, que el suelo se abra bajo nuestros pies. Lo he estado haciendo desde que pasamos el pozo, donde esperaba el sirviente. Si yo puedo contener el terremoto, ¿tienes tú miedo de enfrentarte conmigo a un ser humano? ¡Ten confianza en mí, como yo he confiado en ti! Ven conmigo ahora.

Avanzaron.

El túnel interminable se ensanchaba. Sintieron que entraban en un espacio más abierto, que la oscuridad se ahondaba. Estaban en la

gran caverna bajo las Piedras Sepulcrales.

Empezaron a circundarla, sin apartarse del muro de la derecha. Tenar sólo había avanzado unos pocos pasos, cuando se detuvo.

—¿Qué es eso? —susurró con una voz apenas perceptible. En la inmensa burbuja de aire negro e inerte había un ruido: una vibración o un temblor, un sonido que se oía en la sangre y se sentía en los huesos. Bajo los dedos de Tenar, los muros cincelados por el tiempo trepidaban, trepidaban.

—Adelante —dijo, seca y tensa, la voz del hombre—. De prisa, Tenar.

Ella avanzó tropezando mientras su mente clamaba a gritos, una mente tan a oscuras y tan sacudida como aquella bóveda subterránea: «¡Perdonadme, oh mis Amos, vosotros los Sin Nombre, los arcaicos, perdonadme, perdonadme!».

Ninguna respuesta. Jamás había habido una respuesta.

Llegaron al pasadizo bajo el Palacio, treparon por la escalera, hasta los últimos peldaños, con la puerta trampa sobre ellos. Estaba cerrada, como ella la dejaba siempre. Apretó el resorte que la abría. No se abrió.

—El resorte se ha roto —dijo—. Está trabado. El subió hasta el final y empujó la trampa con la espalda. No se movió.

—No —dijo—, tiene un peso encima que impide levantarla.

—¿Podrás abrirla?

—Tal vez. Creo que ella nos está esperando arriba. ¿Hay hombres con ella?

—Duby y Uahto, y quizás otros guardianes; los hombres no entran ahí…

—No puedo echar un sortilegio de apertura, inˆ-movilizar a los que acechan arriba y resistir la voluntad de las tinieblas, todo ai mismo tiempo —dijo la voz tranquila y reflexiva—. Así que tendremos que probar la otra puerta, la de las piedras, la que abrí para entrar. ¿Ella sabe que no se abre desde dentro?

—Lo sabe, sí. Hizo que yo lo intentara una vez.

—Entonces, quizá no la tenga en cuenta. ¡Vamos! ¡Vamos, Tenar!

Ella se había dejado caer sobre los peldaños de piedra, que zumbaban y se estremecían como si debajo de ellos, en los abismos, estuviera vibrando la cuerda de un enorme arco.

—¿Qué es… ese temblor?

—Ven —dijo él, con tanta decisión y seguridad que ella obedeció, y casi arrastrándose recorrió otra vez los pasadizos y escaleras hasta la temible caverna.

A la entrada cayó sobre ella un peso tan grande de odio ciego y extremo, como el peso de la Tierra misma, que ella se encogió de terror y sin darse cuenta gritó en voz alta: —¡Están aquí! ¡Están aquí!

—Pues que sepan que nosotros también estamos aquí —dijo el hombre, y su vara y sus manos irradiaron una luz blanquísima que se quebró, como las olas del mar que se quiebran al sol, contra los mil diamantes de los muros y la bóveda del techo: un esplendor luminoso por el que los dos echaron a correr, cruzando en línea recta la gran caverna, mientras sus propias sombras se precipitaban hacia las tracerías blancas, las grietas centelleantes y la fosa abierta y vacía. Y corrieron hacia la puerta baja, por el túnel, encorvados, ella adelante y él siguiéndola. Allí, en el túnel, las rocas retumbaban y se movían bajo sus pies. Pero la luz continuaba acompañándolos, deslumbradora. Y cuando ella vio delante la superficie inanimada de la roca, oyó por encima del trueno de la tierra la voz de él que pronunciaba una palabra, y cuando cayó de rodillas la vara golpeó por encima de ella la piedra roja de la puerta cerrada. La piedra se encendió con una luz blanca y estalló en pedazos.

Afuera estaba el cielo, palideciendo hacia el amanecer, con algunas estrellas blancas, altas y frías.

Tenar vio las estrellas y sintió la brisa en la cara, pero no se puso de pie. Estaba agazapada, sobre., las manos y las rodillas, entre la tierra y el cielo.

El hombre, una figura extraña y sombría en la media luz que precede a la aurora, se volvió y la tomó por el brazo para levantarla. Tenía la cara negra y retorcida como la de un demonio. Ella retrocedió espantada, chillando con una voz ronca que no era la suya, como si tuviese la lengua muerta dentro de la boca: —¡No! ¡No! No me toques… Déjame… ¡Vete! —Y se alejó de él, arrastrándose hacia la boca desmoronada y sin labios de las Tumbas.

Ged aflojó la mano que la sujetaba y dijo si alzar la voz: —Por el anillo de que eres portadora, te ordeno que vengas, Tenar.

Ella vio la luz de las estrellas en la plata del anillo que llevaba en el brazo. Con los ojos clavados en aquella luz, se levantó tambaleándose. Puso su mano en la del hombre y fue con él. No podía caminar de prisa. Bajaron la colina. Detrás de ellos, la boca negra de las rocas dejó escapar un larguísimo quejido, un gruñido de odio y de dolor. Unas piedras cayeron alrededor de ellos. El suelo temblaba continuamente. Se alejaron, ella con los ojos fijos en la luz de las estrellas que centelleaban en su muñeca.

Estaban en el valle sombrío al oeste del Lugar.

Ahora comenzaban a subir, y de pronto él le indicó que se volviera: —Mira…

Ella se volvió y miró. Estaban del otro lado del valle, a la altura de las Piedras Sepulcrales, los nueve grandes monolitos que se alzaban o yacían sobre la caverna de los diamantes y las tumbas. Las piedras que aún estaban en pie se balanceaban. Se sacudían y se inclinaban

lentamente como mástiles de navíos… Una de ellas pareció retorcerse y crecer, luego se estremeció de arriba abajo y cayó al suelo. Otra se derrumbó sobre los escombros de la primera. Más allá de las piedras, la cúpula baja del Palacio del Trono, negra contra la claridad dorada del levante, tembló un momento. Los muros se abombaron. La gran mole ruinosa de piedra y argamasa cambió de forma como barro en el agua, se hundió sobre sí misma, y con un gran estruendo y un súbito estallido de esquirlas y polvo, se inclinó hacia un costado y se desplomó. La tierra del valle onduló y trepidó; una especie de ola subió por la colina y una grieta enorme se abrió entre las Piedras Sepulcrales, y del hueco negro de allá abajo brotó una humareda de polvo gris. Las piedras que aún quedaban en pie cayeron dentro y desaparecieron. En seguida, con un estruendo que pareció reverberar en el mismo cielo, los bordes negros de la grieta volvieron a cerrarse, y las colinas temblaron todavía una vez, y se calmaron.

Ella apartó la mirada del horror del terremoto y la posó en el hombre que tenía al lado, cuya cara aún no había visto a la luz del sol.

—Tú lo has contenido —dijo, y su voz sonaba como el viento en los cañaverales después del atronador aullido y el lamento de la tierra —. Tú has contenido el terremoto, la cólera de la oscuridad.

—Tenemos que seguir —dijo él, volviendo la espalda al sol naciente y a las Tumbas en ruinas—. Estoy cansado, tengo frío… —Se tambaleaba al andar y ella lo tomó del brazo. Casi arrastrándose, agotados, reanudaron la marcha. Despacio, como dos arañas diminutas en una pared enorme, escalaron trabajosamente la inmensa ladera, hasta pisar el suelo seco de la cumbre, amarillento a la luz del nuevo día y rayado por las sombras largas y dispersas de la salvia. Ante ellos se alzaban las montañas de poniente, púrpuras abajo y doradas en las vertientes superiores. Los dos se detuvieron un momento; luego cruzaron la cresta de la colina, donde ya no podían verlos desde el Lugar de las Tumbas, y desaparecieron.

11. Las montañas de poniente

Tenar despertó debatiéndose entre pesadillas, tratando de escapar de unos parajes por donde había caminado durante tanto tiempo que la carne se le había desprendido y ella podía verse los dobles huesos blancos de los brazos, que brillaban débilmente en la oscuridad. Abrió los ojos a una luz dorada y aspiró el olor picante de la salvia. Un dulce bienestar fue colmándola poco a poco, hasta que al fin desbordó; se sentó en el suelo, estiró los brazos fuera de las negras mangas del manto y miró en torno con evidente complacencia.

Estaba anocheciendo. El sol se había puesto detrás de las montañas que asomaban altas y próximas en el oeste; pero el resplandor del crepúsculo inundaba la tierra y el cielo: un vasto y despejado cielo invernal, una vasta tierra árida y dorada, de montañas y valles anchos. El viento había amainado. Hacía frío y el silencio era total. Nada se movía. Las hojas de las matas de salvia cercanas estaban secas y grises; los tallos resecos de las minúsculas hierbas del desierto le pinchaban las manos. El inmenso y silencioso prodigio dé la luz ardía en cada rama y blanqueaba tallos y hojas, sobre las colinas, en el aire.

Miró a la izquierda y vio al hombre tendido en el suelo del desierto, envuelto en la capa, con un brazo bajo la cabeza, profundamente dormido. El rostro tenía una expresión seria, casi malhumorada; pero la mano izquierda yacía flojamente sobre la tierra, junto a un cardo pequeño que todavía conservaba el raído capuchón de pelusa gris y la diminuta coraza de púas y espinas. El hombre y el pequeño cardo del desierto; el cardo y el hombre dormido…

Un hombre cuyos poderes eran parecidos a los de las Antiguas Potestades de la Tierra, y no menos fuertes; un hombre que hablaba con los dragones y paraba los terremotos con una palabra. Y allí reposaba, dormido sobre la tierra, con un pequeño cardo junto a la mano. Qué extraño era todo. Vivir, estar en el mundo, era algo muchísimo más extraño que lo que ella soñara jamás. Los fulgores del cielo tocaron los cabellos polvorientos del hombre y por un instante doraron el cardo.

La luz se extinguía lentamente. Y el frío parecía más intenso minuto a minuto. Tenar sé levantó y empezó a juntar salvia seca, quebrando las ramas delgadas, pero recias y nudosas, como de roble. Se habían detenido allí a eso del mediodía, cuando hacía calor, y el cansancio les había impedido continuar. Un par de enebros achaparrados y la ladera occidental del cerro por la que acababan de descender eran abrigo suficiente; después de beber un poco de agua del frasco, se habían echado en el suelo a dormir.

Bajo los arbolitos había unas ramas más largas, y ella las recogió. Cavando un hoyo entre unas rocas que emergían de la tierra, preparó una hoguera y la encendió con su pedernal. La yesca de hojas y ramitas de salvia se encendió con rapidez. Las ramas secas se inflamaron en llamas encarnadas, perfumadas de resina. Ahora, todo parecía oscuro alrededor de la hoguera, y las estrellas asomaban otra vez en la vastedad del cielo. La crepitación y el chisporroteo de las llamas despertaron al hombre dormido. Se incorporó, se frotó la cara mugrienta con las manos, y al fin se levantó, entumecido, y se acercó al fuego.

—Me pregunto…—dijo con voz soñolienta.

—Lo sé, pero no aguantaremos aquí toda la noche sin un fuego. Hace demasiado frío. —Y al cabo de un momento, ella agregó: —A menos que tú conozcas alguna magia que nos mantenga calientes, o que oculte la luz…

El se sentó junto al fuego, los pies casi metidos en las llamas y abrazándose las rodillas. —¡Brr! —dijo—. El fuego es mucho mejor que la magia. He creado una pequeña ilusión a nuestro alrededor; si alguien viene por aquí le pareceremos palos y piedras. ¿Qué crees tú? ¿Nos estarán siguiendo?

—Lo temo, aunque no es probable. Nadie excepto Kossil sabía que tú estabas allí. Kossil y Manan. Y ellos han muerto. Seguramente ella estaba en el Palacio del Trono cuando se derrumbó. Esperándonos en la puerta-trampa. Y los otros, los demás, pensarán que yo estaba en el Palacio o en las Tumbas, y que me ha sepultado el terremoto.

—También ella se abrazó las rodillas, y se estremeció.— Espero que los otros edificios no se hayan derrumbado. No se veían bien desde la colina, con tanto polvo. No los templos y las casas, al menos, no la Casa Grande donde duermen las niñas…

—Yo diría que no. Sólo las Tumbas, que se devoraron a sí mismas. Vi el techo de oro de un templo cuando nos alejábamos; todavía estaba en pie. Y había gente al pie de la colina, gente corriendo.

—Qué dirán, qué pensarán… ¡Pobre Penta! Quizá tenga que convertirse en la Suma Sacerdotisa del Dios-Rey. Ella era quien siempre deseaba escapar. No yo. Quizás escape ahora. —Tenar sonrió. Tenía una alegría que ningún pensamiento ni ningún temor podía ensombrecer, la misma alegría confiada que había nacido dentro de ella al despertar a la luz dorada. Abrió la bolsa y sacó dos panecillos aplastados; le dio uno a Ged por encima del fuego y mordió el otro. El pan era duro, y agrio, y muy bueno para comer. Durante un rato los dos masticaron en silencio.

—¿A qué distancia estamos del mar?

—Dos días y dos noches tardé en venir. Tardaremos más en ir.

—Soy fuerte —dijo ella.

—Eres fuerte y valiente. Pero tu compañero está cansado —dijo él con una sonrisa—. Y no tenemos mucho pan.

—¿Encontraremos agua?

—Mañana en las montañas.

—¿Podrás encontrar comida para nosotros? —preguntó ella, con cierta timidez e indecisión.

—Para cazar hace falta tiempo, y armas.

—Quiero decir, ya sabes, con encantamientos.

—Puedo llamar a un conejo —dijo él, atizando el fuego con una retorcida vara de enebro—. Ahora mismo, todo alrededor, los conejos están saliendo de las madrigueras. Es la hora de los conejos, el anochecer. Si llamara a alguno por el nombre, acudiría… Pero ¿te gustaría atrapar, desollar y guisar un conejo al que has llamado así? Tal vez si estuvieras muriéndote de hambre. Pero sería un abuso de confianza, creo yo.

—Sí. Yo pensaba que quizá podrías…

—Hacer aparecer una cena —dijo él—. Oh, podría. Y en vajilla de oro, si quieres. Pero eso es ilusión, y cuando comes ilusiones acabas más hambriento que antes. Lo mismo sería que te comieras tus propias palabras. —Durante un instante ella vio brillar los dientes blancos de Ged a la luz de la hoguera.

—Tu magia es singular —dijo con cierta dignidad, de igual a igual, de Sacerdotisa a Mago—. Por lo que parece, sólo sirve para cosas grandes.

Él agregó un poco de leña al fuego y las llamas estallaron en chisporroteos y crepitaciones, un juego de artificios que olía a enebro.

—¿De veras puedes llamar a un conejo? —preguntó Tenar de pronto.

—¿Quieres que lo haga?

Ella asintió.

El se apartó del fuego y dijo con voz queda hacia la oscuridad inmensa y estrellada: —*Kebbo… O kebbo…*

Silencio. Ningún sonido. Ningún movimiento. Y de pronto, en el linde mismo de la parpadeante luz de las llamas, apareció un ojo, redondo como un guijarro de azabache, muy cerca del suelo. La curva de un lomo peludo; una oreja, larga, levantada, atenta.

Ged habló otra vez. La oreja tembló, y una segunda oreja emergió repentinamente de las sombras; luego, el animalito se volvió y Tenar lo vio entero un instante, el brinco corto, ágil y sigiloso con que regresó despreocupado a sus ocupaciones nocturnas.

—¡Ahí —dijo ella, recuperando el aliento—. Qué encanto. —Y preguntó en seguida: —¿No podría hacerlo yo?

—Pues…

—Es un secreto —dijo ella, seria otra vez.

—El *nombre* del conejo es un secreto. Al menos, no se ha de pronunciar a la ligera, sin una razón. Pero lo que no es un secreto, sino más bien un don, o un misterio, entiendes, es el poder de convocar a alguien.

—Oh —dijo ella—. Y eso es lo que tú tienes. ¡Ahora comprendo! —Había una pasión en la voz de Tenar que la burla presunta no lograba esconder. Él la miró y no respondió.

En realidad, todavía estaba agotado por la lucha con los Sin Nombre: había consumido todas sus energías en aquellos túneles que se sacudían. Y aunque había ganado, no le quedaban ánimos para celebrarlo. Pronto volvió a acurrucarse, lo más cerca posible del fuego, y se durmió.

Tenar se quedó alimentando el fuego y contemplando las constelaciones invernales que centelleaban de horizonte a horizonte hasta que se adormeció mareada por el esplendor y el silencio.

Los dos despertaron. La hoguera estaba apagada. Las estrellas que Tenar había contemplado brillaban lejos ahora, más allá de las montañas, y otras nuevas habían asomado por el este. Los había despertado el frío, el frío seco de la noche desértica, el viento como un cuchillo de hielo. Un celaje de nubes cubría el cielo por el sudoeste.

La leña casi se había acabado. —En marcha —dijo Ged—. No tardará en amanecer. —Le castañeteaban los dientes y a ella le costaba entender lo que él decía. Echaron a andar, subiendo por la larga ladera del oeste. Los matorrales y las rocas parecían negros a la luz de las estrellas, y era fácil caminar, como si fuera de día. Después de un primer rato de frío, entraron en calor; dejaron de encogerse y tiritar, y empezaron a moverse más fácilmente. Al amanecer estaban ya en la primera elevación de las montañas que hasta entonces habían amurallado la vida de Tenar.

Hicieron alto en un bosquecillo con árboles de hojas doradas v temblorosas que aún pendían de las ramas. Él le dijo que eran chopos; ella no conocía más árboles que el enebro, los álamos enfermizos que crecían junto a las fuentes del río y los cuarenta manzanos del huerto del Lugar. Un pajarito gorjeaba débilmente entre los chopos: dii-dii. Bajo los árboles corría un riachuelo, estrecho pero ruidoso, turbulento entre las rocas y cascadas, demasiado revuelto para helarse. Tenar casi tuvo miedo. Estaba acostumbrada al desierto donde las cosas son silenciosas y se mueven despacio: ríos perezosos, sombras de nubes, buitres volando en círculos.

Se repartieron un pedazo de pan y una última migaja de queso como desayuno, descansaron un poco y continuaron subiendo.

Al anochecer el cielo estaba encapotado, soplaba el viento, y el frío era glacial. Acamparon en el valle de otro río, en un paraje donde abundaba la madera, y esta vez se calentaron con un vivaz fuego de

leños.

Tenar era feliz. En el hueco de un tronco caído había encontrado el escondite de nueces de una ardilla: un par de libras de buenas nueces, de cáscara lisa, que Ged, desconociendo el nombre kargo, llamaba *ubir*. Ella las cascaba una por una sobre una piedra chata, y le pasaba al hombre una de cada dos.

—Ojalá pudiéramos quedarnos aquí —dijo, mirando hacia el valle, ventoso y ya casi oscuro, entre las colinas—. Me gusta este sitio.

—Es un buen sitio —convino él.

—Aquí nunca viene nadie.

—No muy a menudo… Yo nací en las montañas —dijo él—, en la Montaña de Gont. Pasaremos por allí, en camino hacia Havnor, si navegamos por la ruta del norte. Es hermosa en invierno, elevándose toda blanca del mar, como una ola muy alta. Mi aldea estaba a la orilla de un riachuelo como éste. ¿Dónde naciste tú, Tenar?

—En el norte de Atuan, en Entat, me parece. No lo recuerdo.

—¿Tan pequeña eras cuando te llevaron?

—Tenía cinco años. Recuerdo un hogar encendido y… y nada más. —El se frotó el mentón, en el que le había crecido una barba rala, pero que al menos estaba limpio; a pesar del frío, los dos sé habían bañado en los arroyos de la montaña. Se frotó el mentón con una expresión pensativa y severa. Ella lo observaba, y jamás hubiera podido decir lo que ocurría entonces dentro de ella, a la luz del fuego, en el anochecer de la montaña.

—¿Qué vas a hacer en Havnor? —dijo él, hablándole al fuego, no a ella—. En verdad… y más de lo que yo creía… has vuelto a nacer.

Ella asintió y esbozó una sonrisa. Se sentía recién nacida.

—Al menos tendrás que aprender el idioma.

—¿Tu idioma?

—Sí.

—Me gustaría.

—Bien, entonces… Esto es *kabat* —y echó una piedrecita al regazo de la túnica negra de Tenar.

—*Kabat*. ¿En la lengua dragontiana?

—No, no. ¡No se trata de que eches sortilegios, sino de que hables con otros hombres y mujeres!

—¿Pero cómo se dice guijarro en la lengua de los dragones?

—*Tolk* —dijo él—. Pero no voy a hacer de ti mi aprendiz de hechicero. Quiero enseñarte la lengua que se habla en el Archipiélago, en los Países del Interior. Yo tuve que aprender la tuya antes de venir aquí.

—La hablas de un modo raro.

—No lo dudo. Ahora, *arkemmi kabat* —y extendió las manos para que ella le diera el guijarro.

—¿Es necesario que vaya a Havnor?

—¿Adonde, si no, quisieras ir, Tenar?

Ella titubeaba.

—Havnor es una ciudad hermosa —dijo él—. Y tú le llevas el anillo, el signo de la paz, el tesoro perdido. Serás bien recibida, como una princesa. Te honrarán por el magnífico regalo que les llevas, y te darán la bienvenida, y tú te sentirás bienvenida. Es un pueblo noble y generoso el de esa ciudad. Te llamarán la Dama Blanca, por el color claro de tu piel, y te querrán aún más porque eres tan joven. Y porque eres hermosa. Tendrás cien vestidos como el que yo te mostré en una ilusión, pero serán reales. Encontrarás alabanzas, y gratitud, y amor. Tú, que no has conocido nada más que soledad, envidia y tinieblas.

—Estaba Manan —dijo ella, como defendiéndose, la boca un poco temblorosa—. El me quería y era bueno conmigo, siempre. Me cuidaba como mejor podía y yo lo maté; se cayó al pozo oscuro. No quiero ir a Havnor. No quiero ir. Quiero quedarme aquí.

—¿Aquí, en Atuan?

—En las montañas. Donde estamos ahora.

—Tenar —dijo Ged con una voz grave y tranquila—, en ese caso nos quedaremos. Aunque yo no tengo mi cuchillo, y si nieva, será duro. Pero mientras encontremos qué comer…

—No. Ya sé que no podemos quedarnos. Me estoy portando como una tonta —dijo Tenar, y esparciendo alrededor las cáscaras de nuez se levantó para agregar leña al fuego. Se quedó de pie, delgada y muy erguida, envuelta en la túnica y la capa negra, desgarradas y manchadas de tierra—. Todo lo que yo sé no me sirve ahora para nada —dijo—, y no he aprendido ninguna otra cosa. Trataré de aprender.

Ged desvió la mirada y se estremeció, como si hubiera sentido una punzada de dolor.

Al día siguiente cruzaron la cordillera leonada. En el paso soplaba un viento áspero, punzante y enceguecedor, que arrastraba nieve. Sólo después de descender un largo trecho por la vertiente del otro lado, fuera de la techumbre de nubes de nieve de los picos, vio Tenar la tierra que se extendía más allá de la muralla montañosa. Todo era verde: los pinos, las praderas, los campos sembrados y los barbechos. Hasta en lo más crudo del invierno, cuando los matorrales estaban desnudos, y en los bosques abundaban las ramas, era verde aquella tierra humilde y apacible. La contemplaron desde un elevado promontorio rocoso. Sin una palabra, Ged señaló el oeste, donde el sol declinaba tras unas nubes espumosas y turbias. El sol estaba cubierto, pero algo brillaba en el horizonte, algo casi tan rutilante como las paredes de cristal de la Cripta, una especie de animado resplandor al borde del mundo.

—-¿Qué es eso? —dijo ella; y él: —El mar.

Poco después, Tenar vio algo apenas menos maravilloso. Habían encontrado un camino y lo siguieron; y al caer la noche vieron una aldea: diez o doce casas a los lados del camino. Ella miró inquieta a Ged cuando advirtió que estaban llegando a un lugar habitado. Miró y no lo vio. A un lado, con las ropas de Ged, y su forma de andar, y sus zapatos, caminaba otro hombre, de tez blanca y sin barba. El la miró de soslayo. Tenía ojos azules. Le hizo un guiño.

—¿Los engañaré? —dijo—. ¿Qué te parecen tus ropas?

Ella se miró de arriba abajo. Iba vestida como una campesina: falda y jubón de color castaño oscuro, y un mantón de lana roja.

—Oh —dijo, deteniéndose de golpe—. ¿Eres… *eres* Ged? —En ese mismo momento lo vio con toda claridad; la cara oscura, cubierta de cicatrices que ella conocía, los ojos oscuros; y sin embargo quien marchaba junto a ella era el desconocido de piel lechosa.

—No pronuncies mi nombre verdadero delante de nadie. Tampoco yo diré el tuyo. Somos hermanos, y venimos de Tenacbah. Y creo que pediré algo para cenar, si veo una cara afable. —Le tomó la mano y entraron en la aldea.

Partieron a la mañana siguiente con el estómago lleno, después de haber dormido plácidamente en un henil.

—¿Mendigan a menudo los Magos? —preguntó Tenar, caminando entre unos prados verdes donde pastaban unas cabras y unas vacas pequeñas y moteadas.

—¿Por qué lo preguntas?

—Pareces acostumbrado a mendigar. En realidad lo hiciste bien.

—Pues sí. He mendigado toda mi vida, si lo miras de ese modo. Los hechiceros no poseen gran cosa, sabes. A decir verdad, sólo la vara y las ropas que llevan puestas, si son hechiceros errantes. La mayoría de la gente los recibe bien y les dan asilo y comida. Y ellos dan algo a cambio.

—¿Qué dan?

—Bueno, a esa mujer de la aldea, por ejemplo, le curé sus cabras.

—¿Qué enfermedad tenían?

—Las ubres infectadas, las dos. Yo de niño cuidaba cabras.

—¿Le dijiste que las habías curado?

—No. ¿Cómo hubiera podido? ¿Y por qué hubiera tenido que decírselo?

Después de un silencio ella comentó: —Ahora veo que tu magia no sólo sirve para cosas grandes.

—La hospitalidad —dijo él—, la bondad para con un forastero, son cosas grandes. Con dar las gracias basta, desde luego. Pero me apenaban las cabras.

Por la tarde llegaron a una gran ciudad. Estaba construida con ladrillos de arcilla y rodeada de murallas, al estilo kargo, con almenas

voladizas, torres de atalaya en las cuatro esquinas, y un portalón único. Allí, a la entrada, unos pastores apacentaban un gran rebaño de ovejas. Los techos de tejas rojas de por lo menos un centenar de casas asomaban por encima de los muros de ladrillo amarillento. Dos soldados con los cascos de penacho rojo de la guardia del Dios-Rey custodiaban la puerta. Tenar había visto hombres con cascos idénticos que llegaban al Lugar alrededor de una vez al año, escoltando ofrendas de esclavos o dinero para el templo del Dios-Rey. Cuando se lo contó a Ged, mientras pasaban frente a la muralla, él dijo: —Yo también los vi, de niño. Invadieron Gont. Entraron en mi aldea, a saquearla. Pero fueron rechazados. Y hubo una batalla cerca del Estuario del Ar, en la costa; murieron muchos hombres, centenares, dicen. Bueno, tal vez ahora que el anillo está entero y la Runa Perdida rehecha, no habrá más correrías y matanzas entre el Imperio Kargo y los Países del Interior.

—Sería disparatado que esas cosas continuasen —dijo Tenar—. ¿Que haría el Dios-Rey con tantos esclavos?

Ged pareció reflexionar un momento.

—¿Si los kargos conquistaran el Archipiélago, quieres decir?

Ella asintió.

—No creo que eso llegue a suceder.

—Pero mira cómo es de poderoso el Imperio. Mira esta gran ciudad, con murallas, y todos esos hombres. ¿Cómo podrían resistir vuestros países, si los atacaran?

—Ésta no es una ciudad muy grande —dijo él con cautela y dulzura—. También yo la hubiese encontrado enorme, si bajara por primera vez de mi montaña. Pero hay muchas, muchas ciudades en Terramar, y comparada con ellas, ésta no es más que un pueblo. Hay muchos, muchísimos países. Ya los verás, Tenar.

Ella no dijo nada. Avanzaba fatigada, con el rostro inexpresivo.

—Es maravilloso verlos: nuevas tierras que emergen del mar a medida que tu barco se va acercando. Tierras cultivadas y bosques, ciudades con puertos y palacios, mercados donde se vende todo cuanto hay en el mundo.

Ella asintió. Sabía que él trataba de darle ánimos, pero la alegría que ella había conocido había quedado atrás, en las montañas, en el valle del riachuelo a la luz del crepúsculo. Ahora había en ella un temor que no dejaba de crecer. Todo cuanto la esperaba era desconocido. Ella sólo había visto el desierto y las Tumbas. ¿Y de qué le servía? Conocía los meandros de un laberinto en ruinas, conocía las danzas que se bailaban ante un altar derruido. Nada sabía de bosques, ni de ciudades, ni del corazón de los hombres.

De repente dijo: —¿Te quedarás tú allí conmigo?

No lo miró. Él seguía con aquel disfraz ilusorio, era un campesino

kargo de tez blanca, y a ella no le gustaba verlo así. Pero su voz no había cambiado, era la misma que le había hablado en la oscuridad del Laberinto.

Él tardó en responder. —Tenar, yo voy a donde me mandan. Yo sigo mi destino. Hasta ahora, nunca me ha permitido permanecer mucho tiempo en ningún país. ¿Lo comprendes? Yo hago lo que he de hacer. Allí donde voy, tengo que ir solo. Mientras tú me necesites, estaré contigo en Havnor. Y si alguna vez vuelves a necesitarme, llámame. Acudiré. ¡Saldría de mi tumba si tú me llamaras, Tenar! Pero no puedo quedarme contigo.

Ella no replicó. Un poco después, él dijo: —No me necesitarás mucho tiempo allí. Serás feliz.

Ella inclinó la cabeza, asintiendo, en silencio.

Marcharon juntos hacia el mar.

12. La travesía

Ged había escondido la barca en una cueva, al pie de un gran acantilado rocoso que la gente del lugar llamaba Cabo Nube. Uno de los aldeanos les dio de cenar —un tazón de sopa de pescado—, y con las últimas luces de aquel día gris descendieron por los acantilados a la playa. La cueva era una grieta angosta que penetraba unos diez metros en la roca; el suelo arenoso era húmedo, pues se extendía justo por encima de la línea de la marea alta. La entrada se veía desde el mar y Ged dijo que no convenía encender un fuego, ya que despertaría la curiosidad de los pescadores nocturnos que rondaban la costa en sus pequeñas embarcaciones. Así pues, se echaron miserablemente sobre la arena, que tan suave parecía entre los dedos y era dura como la roca para el cuerpo cansado. Y Tenar escuchaba el mar, las olas que se estrellaban contra las rocas, retumbando y retirándose pocos metros más abajo de la boca de la cueva, y el fragor lejano en la larga playa del este. Una y otra y otra vez, siempre Tos mismos ruidos, y sin embargo nunca del todo iguales. Y nunca descansaba. En todas las costas de todas las tierras del mundo, el mar se encrespaba en aquellas olas turbulentas, y nunca paraba, y nunca estaba quieto. El desierto, y las montañas estaban quietos. No gritaban eternamente con esa voz grandiosa y monótona. El mar hablaba sin cesar, pero en una lengua extraña que ella no entendía.

A la primera luz gris, cuando la marea estaba baja, despertó de un sueño intranquilo y vio que el hechicero salía de la cueva. Lo vio andar descalzo y con la capa ceñida a la cintura, por las rocas cubiertas de musgo negro, como si buscara algo.

Regresó oscureciendo la cueva al entrar.

—Toma —dijo, tendiéndole un puñado de unas cosas horribles y húmedas, que parecían piedras de color púrpura con labios anaranjados.

—¿Qué son?

—Mejillones, sacados de las rocas. Y estas dos son ostras, mejores todavía. Mira… así. —Con la pequeña daga del llavero, que ella le había prestado en las montañas, Ged abrió un mejillón y se comió la pulpa naranja, con el agua de mar como condimento.

—¿Ni siquiera los cueces? ¡Te los comes vivos!

Se negó a mirarlo mientras él, abochornado pero decidido, seguía abriendo y comiendo los mariscos uno tras otro.

Cuando hubo terminado, fue hasta la barca, que estaba de proa al mar y levantada sobre la arena por varios troncos largos que él había traído de la playa. Tenar la había mirado la noche anterior, con desconfianza y sin comprender. Era mucho más grande de lo que se

había imaginado, tres veces más larga que ella. Llevaba todo un cargamento de objetos cuyo uso ella desconocía, y parecía peligrosa. A cada lado de la nariz (que era como él llamaba a la proa) había un ojo pintado; y mientras dormitaba, Tenar había tenido constantemente la impresión de que la barca la miraba con fijeza.

Ged rebuscó un momento dentro de la barca y sacó algo: un paquete de pan duro, envuelto con cuidado para mantenerlo seco. Le ofreció un trozo grande.

—No tengo hambre.

El le escudriñó el semblante hosco.

Dejó el pan a un lado, envolviéndolo como antes, y luego se sentó en la boca de la cueva. —Dentro de un par de horas la marea volverá a subir —dijo—. Entonces podremos irnos. Has pasado mala noche, ¿por qué no duermes ahora?

—No tengo sueño.

Él no respondió. Siguió sentado bajo el oscuro arco de rocas, con las piernas cruzadas; y ella lo veía desde la penumbra de la cueva, contra el fondo resplandeciente del mar, que subía y se movía detrás de él. Pero él no se movía. Estaba quieto como las rocas. La quietud parecía extenderse alrededor de él como los anillos concéntricos de una piedra arrojada al agua. El silencio en que estaba no era ya ausencia de palabras, sino algo en sí mismo, como el silencio del desierto.

Al cabo de un largo rato, Tenar se levantó y se acercó a la entrada de la cueva. Él no se movió. Ella le miró la cara. Parecía fundida en cobre, rígida; los ojos oscuros abiertos, pero bajos, y la boca serena.

Era tan inaccesible para ella como el mar.

¿Dónde estaba él ahora, por qué senda del espíritu transitaba? Ella jamás podría seguirlo.

Él la había instigado a que lo siguiera. La había llamado y ella había respondido acurrucándose cerca, como el conejito del desierto que había acudido a él desde la oscuridad. Pero ahora que él tenía el anillo, ahora que las Tumbas estaban destruidas y ella era una sacerdotisa perjura para toda la eternidad, ahora ya no la necesitaba, y se iría adonde ella no pudiera seguirlo. No se quedaría junto a ella. La había engañado y la abandonaría.

Se agachó, y con un movimiento rápido, le arrancó del cinto la pequeña daga de acero que ella misma le había dado. Él permaneció inmóvil, como una estatua.

La hoja de la daga medía unos diez centímetros y tenía un solo filo; era la miniatura de un cuchillo de sacrificio y parte de los atavíos de la Sacerdotisa de las Tumbas, junto con la argolla de las llaves, un cinturón de crin de caballo y otros objetos, algunos de los cuales no tenían uso conocido. Ella nunca había utilizado la daga; pero en una

de las danzas que interpretaba en la oscuridad de la luna tenía que lanzarla al aire y recogerla delante del Trono. Le gustaba esa danza, una danza salvaje, sin otra música que el tamborileo de sus propios pies. Al principio se cortaba los dedos, cuando la ensayaba, hasta que aprendió a recoger el cuchillo por el mango. La pequeña hoja era bastante afilada como para cortar un dedo hasta el hueso, o para seccionar las arterias de una garganta. Tenar todavía iba a servir a sus Amos, aunque ellos la hubieran traicionado y abandonado. Ellos la guiarían y moverían su mano en aquel tenebroso acto postrero. Y aceptarían el sacrificio.

Se volvió hacia el hombre, el cuchillo en la mano derecha detrás de la cadera. En ese momento él alzó la cara lentamente y la miró. Tenía el aspecto de alguien que regresa de muy lejos, que ha visto cosas terribles. En la cara sombría aunque tranquila, había dolor. Y mientras la miraba, y parecía verla cada vez con mayor claridad, también a él se le aclaró la cara. Al fin dijo: —Tenar —como si la saludase, y como si hubiera querido cerciorarse de que ella estaba allí, extendió la mano para tocar el brazalete de plata perforada y labrada que ella tenía en la muñeca. No prestó atención al cuchillo que ella empuñaba. Apartó la mirada hacia las olas, que ahora rompían contra las rocas de abajo y dijo con dificultad—: Es hora… Hora de que nos vayamos.

Al oír la voz de Ged la furia la abandonó. Sintió miedo.

—Los dejarás atrás, Tenar. Serás libre —dijo él y se levantó con un vigor súbito. Se estiró y volvió a ajustarse la capa a la cintura—. Échame una mano con la barca. Está apoyada en troncos, como en ruedas. Así, empuja… Otra vez. Ya, ya basta. Ahora prepárate a saltar cuando yo diga «salta». Este es un sitio un poco traicionero para embarcar. Otra vez. ¡Ya! ¡Arriba! —Y saltando a bordo detrás de ella la sostuvo en el momento en que perdía el equilibrio, la sentó en las tablas del fondo, y poniéndose a los remos, lanzó la embarcación por encima de las rocas, montada en el reflujo; y así, dejando atrás la punta del promontorio envuelto en olas rugientes y espumosas, se hicieron a la mar.

Cuando estuvieron lejos de los bajíos, Ged desarmó los remos y plantó el mástil. La barca le parecía a Tenar muy pequeña, ahora que ella estaba dentro y el mar alrededor.

Ged izó la vela. Todos los aparejos parecían muy usados y gastados, pero la vela, de un color rojo descolorido, había sido remendada con esmero y la barca estaba limpia y ordenada. Eran como el dueño: habían ido a sitios remotos, y no habían sido tratados con dulzura.

—Ahora —dijo él—, ahora estamos lejos, ahora estamos a salvo, ¡hemos escapado, Tenar! ¿No lo sientes?

Ella lo sentía. La mano tenebrosa que durante toda la vida le oprimiera el corazón, la había soltado ahora. Pero no sentía alegría, no como en las montañas. Metió la cabeza entre las manos y lloró, y las lágrimas saladas le mojaron la cara. Lloró por los años que había perdido esclavizada a un mal inútil. Lloraba de dolor, porque era libre.

Lo que estaba empezando a descubrir era el peso de la libertad. La libertad es una carga pesada, extraña y abrumadora para el espíritu que ha de llevarla. No es cómoda. No es un regalo que se recibe, sino una elección que se hace, y la elección puede ser difícil. El camino asciende hacia la luz; pero el viajero que soporta la carga acaso no llegue jamás a la meta.

Ged la dejó llorar, y no la consoló, y tampoco cuando ella dejó de llorar y se sentó y volvió los ojos hacia las costas bajas y azules de Atuan. El tenía el rostro serio y atento, como si estuviera solo; vigilando la vela y el timón, ágil y silencioso, mirando siempre hacia adelante.

Por la tarde, le señaló un punto a la derecha del sol, hacia el que ahora navegaban. —Eso es Ka-rego-At —dijo, y Tenar miró y vio a lo lejos los contornos de unas colinas que eran como nubes, la gran isla del Dios-Rey. Atuan había desaparecido detrás de ellos. Tenar sentía un gran peso en el corazón. El sol le golpeaba los ojos como un martillo de oro.

La cena consistió en pan seco y pescado ahumado seco, que a Tenar le pareció repugnante, y agua del barril de la barca, que Ged había llenado la víspera en un arroyo de Cabo Nube. Pronto la fría noche de invierno cayó sobre el mar. Al norte, en la lejanía, vieron durante un rato unos diminutos destellos de luz, los fuegos amarillentos de las aldeas costeras de Karego-At. Y cuando las luces se desvanecieron entre la bruma que se levantó del océano, quedaron solos en la noche sin estrellas, sobre las aguas profundas.

Tenar se había acurrucado en la popa; Ged estaba echado en la proa, con la barrica de agua por almohada. La barca avanzaba serenamente y la mar tendida le palmeaba los costados, aunque sólo soplaba una leve brisa del sur. Allí, lejos de las orillas rocosas, también el mar era silencioso; no se oía más que un débil susurro, cuando las aguas tocaban la barca.

—Si el viento viene del sur —dijo Tenar, susurrando porque el mar susurraba—, el barco va hacia el norte, ¿verdad?

—Sí, a menos que navegáramos de bolina. Pero he puesto en la vela viento de magia, para ir hacia el oeste. Mañana por la mañana habremos salido de las aguas kargas. Entonces navegaremos con el viento del mundo.

—¿La barca se gobierna sola?

—Sí —respondió Ged con gravedad—, si se le dan las

instrucciones adecuadas. No necesita muchas. Ha navegado por el mar abierto, más allá de la última isla del Confín del Levante; ha estado en Selidor, donde murió Erreth-Akbé, en el remoto Oeste. Es una barca sabia y astuta, mi Miralejos. Puedes confiar en ella.

Tendida en la embarcación que la magia guiaba por el mar inmenso, Tenar miraba la oscuridad. Toda su vida había escudriñado las tinieblas; pero ésta, la de esta noche en medio del mar, era una oscuridad más vasta. Una negrura sin fin. Allí no había techo. Se extendía más allá de las estrellas. Ningún poder terrenal la animaba. Era anterior a la luz y seguiría allí cuando ya no hubiera luz. Era anterior a la vida y seguiría allí después de la vida. Se extendía más allá del mal.

Habló en la oscuridad: —Aquella isla pequeña, donde te regalaron el talismán, ¿está en este mar?

—Sí —respondió la voz de él desde la oscuridad—. En alguna parte. Al sur, tal vez. No sé si volvería a encontrarla.

—Yo sé quién era ella, la vieja que te regaló el anillo.

—¿Lo sabes?

—Me contaron la historia. Es parte del saber de la Primera Sacerdotisa. Thar me la contó, la primera vez delante de Kossil, y luego a solas con más detenimiento. Fue la última vez que habló conmigo, antes de morir. Había en Hupun una casa noble que se opuso al ascenso de los Sumos Sacerdotes de Awabath. El fundador de la casa fue el Rey Thoreg; y entre los tesoros que dejó a sus descendientes estaba la mitad del anillo, que Erreth-Akbé le había regalado.

—Eso mismo es lo que se narra en la *Gesta de Erreth-Akbé*. Dice… traducido a tu lengua dice así: «Cuando el anillo se rompió, una mitad quedó en manos del Sumo Sacerdote Intathin, y la otra mitad en la mano del héroe. Y el Sumo Sacerdote envió la mitad que él tenía a los Sin Nombre, a los Arcanos de la Tierra, en Atuan, y allí quedó en la oscuridad, en los lugares perdidos. Pero Erreth-Akbé puso la otra mitad en manos de la doncella Tiarath, hija del rey sabio, diciendo: "Que permanezca a la luz en la dote de la doncella, y que permanezca en esta tierra hasta que las mitades se junten". Así habló el héroe antes de hacerse a la mar hacia el oeste.

—Entonces tiene que haber pasado de hija en hija a lo largo de los años en esa casa. No se perdió, como creía la gente de tu pueblo. Pero mientras los Sacerdotes Supremos se erigían en Sacerdotes-Reyes, y luego cuando éstos fundaron el Imperio y empezaron a hacerse llamar Dioses-Reyes, la casa de Thoreg se fue empobreciendo y debilitando. Y al fin, eso fue lo que me contó Thar, sólo quedaron dos de la estirpe de Thoreg, dos niños pequeños, un varón y una niña. El Dios-Rey de Awabath era en ese entonces el padre del que reina

ahora. Hizo que sacaran a los niños del palacio de Hupun. Según una profecía, un descendiente de Thoreg de Hupun destruiría el Imperio, y eso lo aterrorizaba. Ordenó que raptaran a los niños y los llevaran a una isla desierta, perdida en medio del mar, y que los abandonaran allí sin otra cosa que las ropas que vestían y unos pocos víveres. No se atrevió a matarlos estrangulándolos, ni con el puñal o el veneno, pues eran de sangre real, y el asesinato de reyes entraña una maldición, incluso para los dioses. Se llamaban Ensar y Anthil. Fue Anthil quien te regaló el anillo roto.

Ged calló un largo rato. —Así se cierra la historia —dijo al fin—, lo mismo que el anillo. Pero es una historia cruel, Tenar. Los niños, aquella isla, el anciano y la anciana que yo vi… Apenas si hablaban como seres humanos.

—Quisiera pedirte algo.

—Pide.

—No quiero ir a los Países del Interior, a Havnor. Mi sitio no está allí, en las grandes ciudades, entre desconocidos. No pertenezco a ningún país. He traicionado a mi pueblo. No tengo pueblo. He cometido un acto abominable. Déjame sola en una isla, como dejaron a los hijos del rey, en una isla solitaria donde no viva gente, donde no haya nadie. Déjame y lleva tú el anillo a Havnor. Es tuyo, no mío. No tiene nada que ver conmigo. Ni tampoco la gente de tu pueblo. ¡Déjame sola!

Lentamente, poco a poco, y sin embargo sobresaltándola, una luz asomó como una pequeña luna en la oscuridad de delante: la luz mágica que obedecía a la llamada de Ged. Flotaba en el extremo de la vara que él sostenía en alto, mirando a Tenar desde la proa. Iluminaba la parte baja de la vela, y las regalas, y la cara de él, con un resplandor plateado. Él la miraba a los ojos.

—¿Qué mal has hecho tú, Tenar?

—Ordené que encerraran a tres hombres en una cámara bajo el Trono y que los dejaran morir de hambre. Murieron de hambre y de sed. Murieron y están enterrados en la Cripta. Las Piedras Sepulcrales cayeron sobre sus tumbas. —Calló.

—¿Algo más?

—Manan.

—Esa muerte pesa sobre mi alma.

—No. Murió porque me quería y porque era fiel. El creía que estaba protegiéndome. El sostuvo la espada sobre mi cuello. Cuando yo era pequeña, era bueno conmigo. Cuando yo lloraba… —Se detuvo otra vez, porque no podía contener las lágrimas, y no quería volver a llorar. Tenía las manos crispadas sobre los pliegues negros de la túnica.— Yo nunca fui buena con él —dijo—. No quiero ir a Havnor. No iré contigo. Busca una isla a la que nunca vaya nadie, y llévame

allí, y déjame. El mal hay que expiarlo. Yo no soy libre.

La luz suave, agrisada por la bruma marina, centelleaba entre ellos.

—Escucha, Tenar. Óyeme bien. Tú eras el receptáculo del mal. Ahora el mal ha salido de ti. Ha muerto. Está enterrado en su propia tumba. Tú no estabas hecha para la crueldad y las tinieblas; estás hecha para la luz, así como una lámpara encendida guarda y da luz. Cuando la encontré, la lámpara estaba apagada; no la dejaré en una isla desierta como una cosa que se encuentra y se tira. Te llevaré a Havnor y diré a los príncipes de Terramar: «¡Mirad! En el lugar de las tinieblas he encontrado la luz, su espíritu. Gracias a ella, una antigua potestad del mal ha sido reducida a la nada. Gracias a ella, yo he salido de la tumba. Gracias a ella, lo que estaba roto está ahora entero, y allí donde hubo odio habrá paz».

—Yo no quiero —dijo Tenar, atormentada—. No puedo. ¡No es verdad!

—Y después de eso —prosiguió él con calma—, te llevaré lejos de los príncipes y de los ricos señores; porque es cierto que tu sitio no está entre ellos. Eres demasiado joven y demasiado sabia. Te llevaré a mi tierra, a Gont, donde nací, a mi antiguo maestro Ogion. Ahora es un hombre viejo, un gran Mago, un hombre pacífico. Lo llaman «el Silencioso». Vive en una casa pequeña en lo alto de los grandes acantilados de Re Albi, que dominan el mar. Tiene unas cuantas cabras y una huerta pequeña. En el otoño sale a vagabundear por toda la isla, solo, por los bosques, por las laderas de las montañas, cruzando los valles y los ríos. Yo viví con él allí, antaño, cuando era más joven que tú ahora. No me quedé mucho tiempo, no tuve el buen sentido de quedarme. Partí en busca del mal; y desde luego lo encontré… Pero tú vienes huyendo del mal; buscando la libertad; en busca de un poco de silencio, hasta que encuentres tu propio camino. Allí encontrarás bondad y silencio, Tenar. Allí la lámpara arderá al amparo del viento, un rato. ¿Quieres eso?

La bruma marina flotaba, gris, entre los dos rostros. La barca remontaba las largas olas. Alrededor se extendía la noche y debajo el mar.

—Sí —dijo ella con un profundo suspiro, y después de una larga pausa—: Ay, quisiera que fuera antes… que pudiéramos ir allí ahora.

—No tendrás que esperar mucho, pequeña.

—¿Irás tú alguna vez?

—Iré siempre que pueda. La luz se había apagado; todo estaba oscuro alrededor.

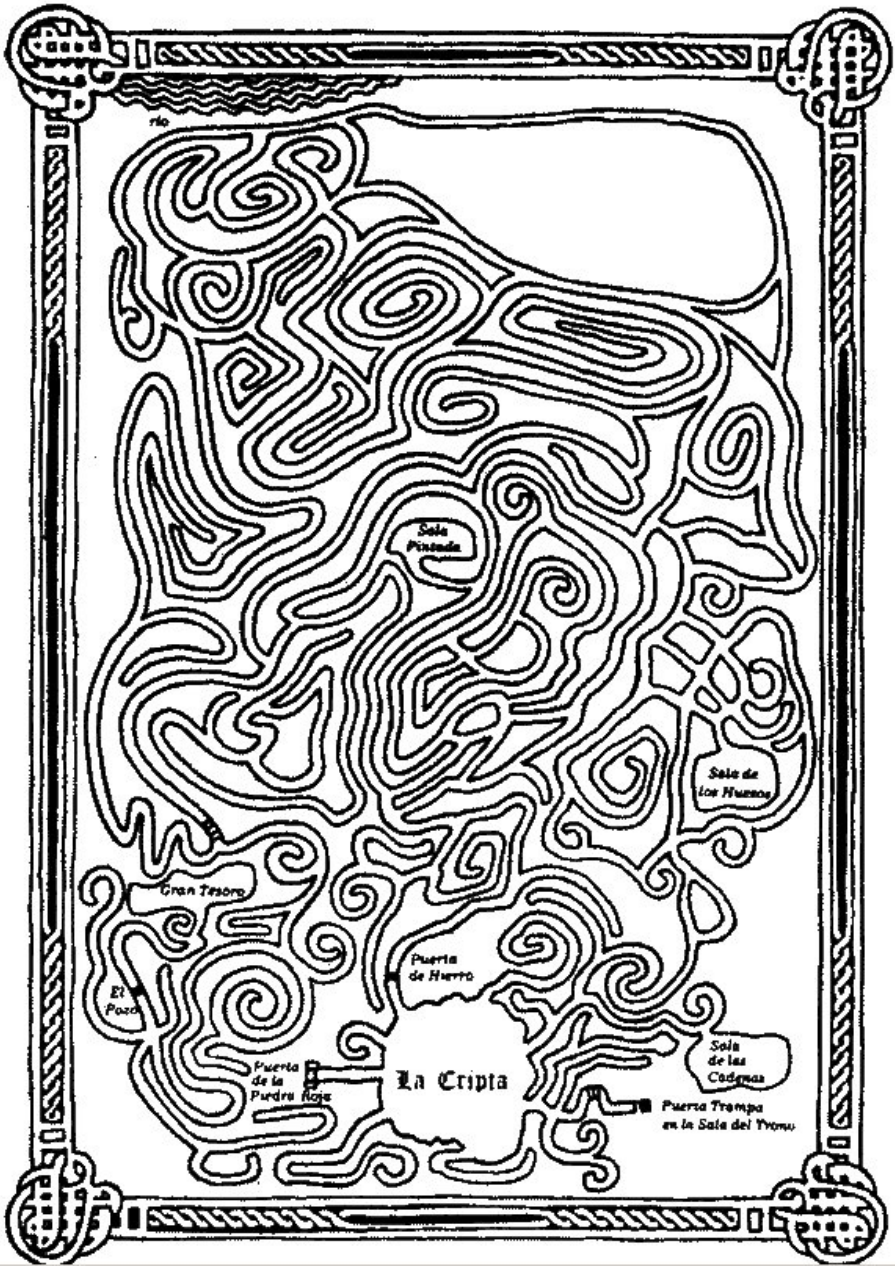
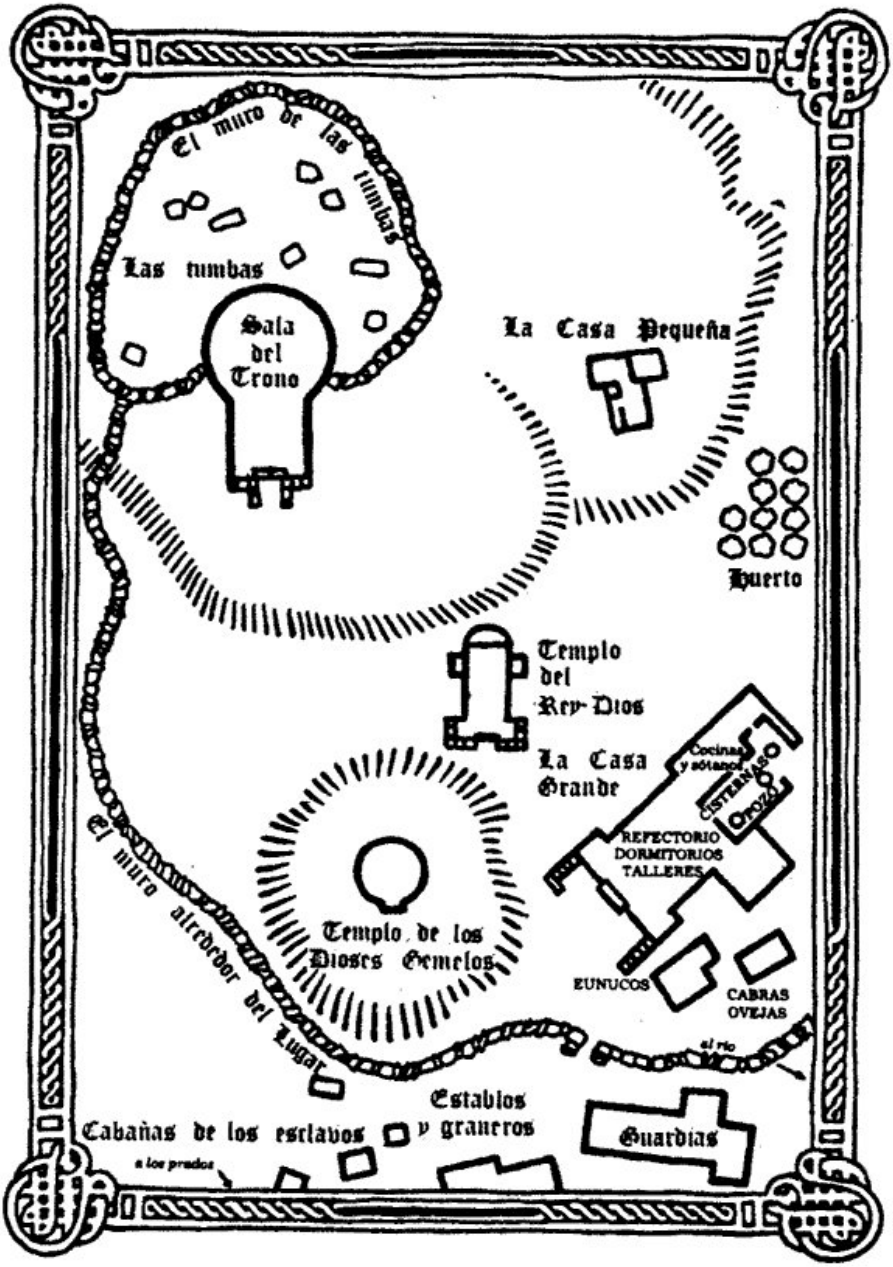
Después de las auroras y los crepúsculos, los días apacibles y los vientos glaciales de aquella travesía invernal, llegaron al Mar Interior. Navegaron por las rutas transitadas, entre grandes navíos, remontaron

el Estrecho de Ebavnor, y entraron en la bahía que está encerrada en el corazón de Havnor, y cruzaron la bahía hasta el Gran Puerto de Havnor. Vieron las torres blancas y la ciudad toda blanca y radiante bajo la nieve. Los techos de los puentes y los tejados rojos de las casas estaban cubiertos de nieve, y en las jarcias de los centenares de navíos allí atracados centelleaba el hielo bajo el sol del invierno. La noticia de su llegada los había precedido, porque la remendada vela roja de *Miralejos* era famosa en estos mares; en los muelles nevados había mucha gente, y los banderines multicolores restallaban al viento, vivo y frío, por encima de las cabezas.

Tenar iba sentada a popa, muy erguida, envuelta en los harapos de su capa negra. Miró un instante el anillo que llevaba en la muñeca, y luego la orilla, multitudinaria y multicolor, y los palacios y las altas torres. Levantó la mano derecha y la luz del sol resplandeció en la plata del anillo. Un coro de vítores subió débil y jubiloso en el viento, sobre las aguas inquietas. Ged arrimó la embarcación. Un centenar de brazos se adelantaron hacia la amarra que él lanzó al embarcadero. Ged saltó al muelle, se volvió y tendió la mano a Tenar.

—¡Ven! —le dijo, sonriente; y ella se levantó y fue. Con aire solemne, caminó de la mano de Ged por las blancas calles de Havnor, como una niña que regresa al hogar.

El Laberinto de las Tumbas de Atuan



El Lugar
de las Tumbas de Atuan